

SOBRE LAGARTIJAS Y MONSTRUOS

Carlos Díaz y Belén López



Sobre lagartijas y monstruos

Carlos Díaz y Belén López



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2019

ISBN: 978-84-1331-316-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Carlos Díaz y Belén López

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de los autores: Valentín Javier Rodríguez

Cubierta elaborada a partir de una idea original de Carlos Díaz y Belén López.

Silueta de la niña: ©depositphotos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Este libro está dedicado a quienes de niños sufrieron algún agravio o injusticia.

Todos los personajes, sucesos y lugares descritos en el relato son imaginarios. No obstante, y paradójicamente, lo que aquí se cuenta bien podría haber ocurrido o estar ocurriendo.

In memoriam M.C.F.

El Prólogo de Corso

Nunca estuvo en mi mente escribir sobre los acontecimientos del verano de 1980. De hecho, durante mucho tiempo, si alguien me lo hubiese planteado me habría parecido un despropósito. Entre otras cosas porque significaría romper promesas y desvelar secretos que juramos guardar. Aunque fuéramos unos niños entonces. Fue una conversación con Marcos, uno de nuestros amigos en Salera, la que me hizo cambiar de opinión. O más bien diría, la que nos hizo cambiar de opinión. A Pepa y a mí. Porque esta historia es más de ella que mía, por no decir que es fundamentalmente suya.

Una vez tomada la decisión, tocó refrescar recuerdos y hablar con el resto de la pandilla. Primero, con Marián, Carmen e Hidalgo, los únicos que siguen viviendo en Salera. Luego, con los demás. Salvo con José Manuel, que falleció hace tres años.

La conclusión a la que hemos llegado Pepa y yo es que los sucesos de 1980 nos marcaron a todos de una forma indeleble. Sin excepción. Unos fuimos conscientes de que esto sería así desde el principio. Otros tardaron más en darse cuenta. Aquel verano, cuando teníamos catorce años, vivimos los mejores días de nuestras vidas y, de algún modo, los más terribles. El mundo se abrió a nuestros ojos. Supimos de la amistad y del compañerismo, del amor y desamor, de la esperanza, de la confianza, de la aventura, del odio y del dolor, del miedo y de la muerte. La inmensa mayoría de nosotros por primera vez. Éramos once y esta es nuestra historia.

El Prólogo de Pepa

En buen lío me he metido. Lo sé. Me expongo. Pero ahora, con todo escrito, creo que hemos hecho lo correcto y merece la pena que la historia vea la luz. Durante los meses que estuvimos hablando con nuestros amigos, recuerdo cómo iba creciendo en mí una rabia que creía desaparecida mucho tiempo atrás. Hasta que un día, viendo las noticias en la televisión nacional, me di cuenta de que no sentía ira por lo que me había pasado, sino porque aquello seguía sucediendo en muchos lugares de nuestro país y a mucha gente. A muchos niños. Y todos parecíamos seguir ciegos. Igual que lo estaban los adultos cuatro décadas atrás.

El de 1980 fue un verano plagado de planes infantiles, juegos y tartas de tres gustos. Más tarde, el 30 de agosto, ocurrió la tragedia que asoló mi familia y todo se derrumbó. Vino el centro de acogida donde pasé los siguientes años con un sentimiento permanente de que mi vida estaba marcada para el fracaso. Me equivoqué. Contra mis propias previsiones, salí adelante. No voy a quitarme mérito alguno, pero sé que sin el apoyo de mi tía Hermelinda, de mi hermana Ana y de Corso no lo hubiera conseguido. Sí, Corso. Porque, aunque éramos unos críos, él me esperó. Recuerdo el día que cumplí los dieciocho y me parece estar viéndolo, plantado en el césped del jardín de entrada al centro de menores, con una cartulina donde había escrito «hoy es el día» y dibujado un corazón atravesado por una flecha. Y los aplausos de todas las muchachas de mi residencia. Y mis lágrimas. Y el hipo, pues yo soy mucho de hipar cuando lloro.

Básicamente, desde entonces, la vida ha sido amable conmigo, y en algunas ocasiones me ha tratado bien, muy bien. Lo suficiente como para atreverme a dar el paso y contarlo todo tal y como ocurrió, con la esperanza de que haciéndolo pueda despertar conciencias y evitar alguna tragedia.

1. Un cambio de aires

(Pepa)

Nací el 27 de enero de 1966, el día más frío del invierno más frío que se recordaba en Torrentera. Lo hice en casa, con mi madre sufriendo horrores y con mis abuelos y mi padre locos por conocer a su primera nieta y a su primera hija. Tuvieron que apañárselas solos, pues la nieve acumulada no había dejado llegar a la matrona que iba a venir desde Valdezora, la capital de la Meseta. Y es que en mi pueblo te congelabas en invierno y te asabas en verano. No había término medio. Ni más que esas dos estaciones.

Por aquel entonces, Torrentera no tendría más de trescientos habitantes, de los cuales cincuenta éramos niños. La gente se dedicaba a la agricultura. Extensos cultivos de secano: cebada, trigo, girasol y legumbres. Había además varias explotaciones de aves y cerdos. Papá era el dueño de la más grande, Porcinería La Cruzada, heredada de mis abuelos, que habían fallecido en un accidente de tráfico cuando yo tenía nueve meses. Pegados casa con casa vivían mis abuelos maternos, y con ellos mi tía Hermelinda, casada y con dos hijas, y mi tío Dimas, al que conocí justo antes de marcharnos.

No conservo demasiados recuerdos de los primeros años de mi infancia, supongo que eso será lo normal, pero sí tengo claro que me crie entre las risas y el calor de un hogar feliz.

Cuando cumplí once años, empecé a oír el nombre de Salera en las conversaciones de los adultos, cada vez con mayor frecuencia. Me acuerdo porque por mi cumpleaños mi padre me regaló un bañador de color rosa con estampados de estrellas y volantes en las caderas. Aquello me extrañó, pues no parecía un regalo muy propio de enero. «Un adelanto», me dijo, «para cuando vayamos a Salera». Lo interpreté como una promesa de excursión para el verano, aunque no sabía dónde estaba Salera exactamente. Términos como

«trasladarse a...» o «irse a vivir a...» llegaron unas semanas más tarde, durante una conversación que mis padres mantuvieron con Ana y conmigo para contarnos sus planes. Lo tenían todo organizado, pero abordaron el tema como si fuera muy importante que nosotras estuviésemos de acuerdo.

—Papá y yo hemos pensado que sería bonito y divertido vivir en un pueblo con playa y con mar, donde nieve menos y haga menos calor... Y nos gustaría saber qué os parece.

Estaba claro que habían negociado que ella llevaría la conversación, lo que a priori era acertado, pues él tenía un trato un poco seco con nosotras, no porque no nos quisiera sino porque era de pocas palabras y pocos gestos. Adusto, meseteño. Mi madre, por el contrario, era la dulzura personificada.

—¿Vivir, vivir? ¿Marchar de Torrentera? —pregunté angustiada.

—Eso es. Pero vendríamos mucho. En verano, en Navidad...

—Pero, ¿y la escuela?

—A donde queremos ir hay escuelas, no te preocupes.

—Sí, pero ¿mis amigas...?

—Allí harás nuevas amigas...

—¿Y los abuelos? ¿Y las primas?

—Vendrán a visitarnos cuantas veces quieran. Y nosotros a ellos.

—Ya, pero ¿y si no me gusta el sitio?

—El sitio te gusta, pues estuvimos un fin de semana cuando tenías seis años y dijiste que ojalá Torrentera fuera así. Se llama Salera.

Entonces caí en la cuenta. Así que aquel pueblo de la costa norte con barcos y un faro era la Salera de la que tanto hablaban.

—¡Ah! Pues ahora que lo pienso no me parece que fuera gran cosa —les solté, buscando con la mirada la ayuda de Ana, que andaba distraída jugando con su muñeca favorita.

—Pepa, cariño, no seas así —suspiró mamá.

—Y... mi opinión es importante —aventuré a decir.

—Muy importante —confirmó mi madre, condescendiente y sonriéndome, pensando que ya me tenía ganada.

—Lo es, Pepa —asintió mi padre a una mirada de mamá.

—Bien, pues entonces nos quedamos aquí.

Y sin mediar una palabra más me levanté y me fui a mi habitación.

No entraré en detalles sobre cómo plantearon mis padres la guerra del convencimiento, solo diré que vencí en todas las batallas, salvo en la última, y que aquello se plasmó en el mayor número de regalos chantaje que tuve en mi vida. Y eso fue por el deseo casi maniaco de mamá de que yo diera el visto bueno al asunto, cosa que en realidad no consiguió. Todo discurría en paralelo a un enfado creciente de mi padre según se acercaba la fecha del traslado, prevista para finales de junio, una vez acabadas las clases. «Ya basta de contemplar a la niña», se impacientó en una ocasión, «va a ser sí o sí y si necesitas que hable con ella me lo dices». Pero mi madre nunca dejó que lo hiciera. No quería comenzar aquella nueva etapa de su vida conmigo asustada y triste. Lo primero lo consiguió, lo segundo no, aunque la pena me acompañó solo unos días.

Mis padres habían decidido mover el negocio de cerdos por sentido empresarial. La mayor parte de las ventas las hacían en el norte y trasladar la porcinería aumentaría los beneficios. Al menos esa era la «versión oficial». Salera no fue su primera opción, pero cuando descubrieron la Finca, y por tan poco dinero, no lo dudaron. Resultó ser un reparto de herencia y quienes la vendían necesitaban liquidez. Aquello había ocurrido un año antes de que yo empezara a oír hablar del plan y ese tiempo lo habían dedicado a adaptar las instalaciones y remozar la casa donde viviríamos, el típico caserón antiguo con muros de piedra.

Llegamos a la Finca la tarde del 29 de junio de 1977. Y he de ser sincera: me encantó. Como ya era tarde, nos limitamos a tomar posesión de nuestra habitación. Un inmenso cuarto en la planta superior que Ana y yo íbamos a compartir los siguientes años y que hacía las veces de dormitorio, sala de juegos y lugar de estudio. Por la mañana mamá nos llevó a Salera dando un paseo, pues un camino agrícola conectaba la Finca con el pueblo en un recorrido a pie de veinte minutos, un trayecto que Ana y yo haríamos cientos de veces para ir a la escuela. Una vez allí entramos en la Casa de la Cultura. «Lo primero que vamos a hacer es sacarnos el carné de la biblioteca», me explicó mamá guiñándome un ojo, pues conocía mi pasión por la lectura, heredada de ella. Después visitamos la iglesia y tomamos la calle del Alba para bajar al puerto. Yo lo observaba todo con ojos inspectores, tratando de buscar defectos y fealdades al pueblo, pero no las encontré. A la hora de comer se nos unió papá. Fue un día muy feliz.

Aquel primer verano en Salera sirvió para adaptarme a la nueva vida en un

pueblo de costa, y trajo consigo algunas novedades inesperadas. La que más, cuando mis padres me regalaron cinco ocas para que las cuidase.

—Pero no sé cómo —alegué, preocupada por la responsabilidad.

—Es fácil —me tranquilizó mamá—. De niña tuve tres y no pasó nada. Solo tienes que soltarlas por la mañana, limpiar su recinto y volver a encerrarlas por la noche.

—¿Y no puedo renunciar?

—¿No decías que querías tener animales propios? —preguntó mi madre.

—Bueno, tengo a Roni —dije mirando a mi perro, un border collie de tres años, que se había echado a mis pies allí en la cocina de casa.

—Roni ya se cuida solito —rio papá—. Esto te ayudará a ser una niña más responsable.

—Si ya lo soy —protesté.

—Más aún, cariño —agregó mi madre, divertida.

Tras los temores iniciales, aquello de tener ocas a mi cargo se convirtió en una auténtica aventura que me proporcionó ratos inolvidables.

Antes de darme cuenta llegó septiembre y comencé sexto en el colegio Miguel de Cervantes de Salera. Estaba un poco intimidada por las dimensiones del centro y por tantos niños y maestros. Pero, salvo alguna que otra broma inicial por mi acento y mis expresiones meseteñas, enseguida me convertí en una más del aula.

Con la primera persona que hice amistad fue con Elvi. A mí me parecía una niña guapísima y ella me adoptó. Y es que Elvi, aunque tuviéramos la misma edad, era una madraza que acogía a las niñas nuevas y las protegía y mimaba, no dejando que nadie se metiera con ellas. Una suerte. Aquel año también adoptó a Carmen, que llegó a la escuela procedente de un pueblo cercano, Castrovás. Del amparo inicial pasamos a la amistad más incondicional. Antes de las Navidades de aquel año ya éramos inseparables y lo mismo yo dormía en su casa que ella en la mía. Nuestros padres se conocieron por nosotras y se cayeron realmente bien. En consecuencia, nos convertimos un poco en las hijas adoptivas del otro matrimonio.

Después de Año Nuevo entré en la pandilla de Elvi, Marián, Hidalgo y Corso, comenzando una historia de compañerismo genuino y sincero que se prolongó durante toda la adolescencia.

De los chicos fue Hidalgo, el hijo del farmacéutico, el primero que me hizo tilín. Voy a confesar el motivo: era guapo, muy guapo. Pero el que me acabó conquistando fue Corso, el chico del pupitre de atrás, reservado y amable. De todas formas, yo estaba tan a gusto en la pandilla y era tan feliz cultivando mi amistad con Elvi que no quería que nada ni nadie se pusiera de por medio. Transcurrieron casi dos años hasta que acepté hacerme su novia.

A sexto le siguió séptimo. Recuerdo que durante aquel curso no paraba de escuchar, casi compulsivamente, una canción de mi idolatrado Miguel Bosé que en un momento determinado decía: «Creo en ti, como creo en mi evolución». Al escucharla siempre pensaba en mis amigos y me imaginaba diciéndosela a cada uno. No recuerdo haber compartido este sentimiento con ellos, tal vez porque me parecía demasiado ñoño o quizás porque entre los chicos y las chicas de la pandilla había una sustancial disparidad de opiniones acerca del cantante.

Luego, en el verano entre séptimo y octavo, me puse enferma del corazón y tardé un tiempo en volver a ser la misma. Ocurrió mientras pasábamos el mes de julio en Torrentera, pero eso lo contaré un poco más adelante.

Octavo fue muy especial. Me estaba recuperando física y anímicamente de la enfermedad, aunque prácticamente no perdí clases. Allá por Semana Santa, Corso se atrevió a pedirme salir, si bien no quise contestarle, o le contesté que ya le contestaría, o algo así. Según se acercaba el final de las clases aumentaba la expectación. El siguiente curso comenzaríamos secundaria en el instituto y muchas cosas de las que hacíamos sonaban a despedida. ¡Adiós, profe! ¡Adiós, aula! ¡Adiós, gimnasio!

El último día nos dieron las notas. Me sentí un poco decepcionada: todo notables menos un bien en Matemáticas. Eso estaba muy por debajo de mi rendimiento de los años previos. Elvi trató de animarme, y vaya si lo consiguió.

—Pepa, eres un ejemplo para todos. Después de ponerte tan mala has sacado el curso adelante. Es algo que casi ninguno habría hecho.

Sabía que mentía a medias, pero daba tanto gusto sentirse reconfortada por ella que acepté de buen grado sus palabras.

—Vale, vale. No me quejaré de las notas.

—Así me gusta. Además, ahora toca divertirse. Sé que los chicos andan organizando algo, a ver qué nos cuentan esta tarde.

Me imaginé que igual querían hacer un guateque o algo parecido, pero lo

cierto es que nos sorprendieron con su propuesta. Si los varones de la pandilla querían demostrar que tenían valor, lo consiguieron. Pero buenas éramos nosotras para quedarnos como meras espectadoras.

2. La bahía se ilumina

Viernes, 13 de junio

(Corso)

—¡Corso, Corso!... ¿Estás seguro de que es por aquí?

De inmediato me giré hacia Marcos que venía sudoroso y resoplando tratando de seguir mis pasos. Carmen estaba aún más abajo, como a unos diez metros por detrás. Evidentemente yo iba demasiado deprisa.

—No tiene pérdida, hay varios caminos y todos llevan arriba —traté de tranquilizarlo improvisando una respuesta de la que estaba casi seguro.

Formábamos la expedición de tres valientes que, en nombre de los Once — así llamábamos a nuestra pandilla—, debían encender la mecha que inauguraría el verano de 1980 para los chicos y las chicas de Salera. Literalmente.

Al principio íbamos a ir Hidalgo, que había tenido la idea, Marcos, el mejor remero de todos, y yo, el único que había estado en el islote del Cormorán. Pero las chicas nos pusieron de vuelta y media cuando se lo contamos. Por supuesto, no nos atrevimos a objetar, ni mucho menos a tratar de hacerlas de menos hablando de los peligros de bajar el acantilado por la Escalera, remar más de un kilómetro cerca de los bajíos hasta el centro de la bahía, subir al islote y luego regresar. Así que Hidalgo cedió su puesto a Carmen, lo que, por otro lado, acabaría salvando el plan.

Miré hacia tierra firme tratando de localizar al resto de la pandilla. Prendí brevemente la linterna de petaca de mi hermano y la hice parpadear un par de veces. De inmediato ellos me respondieron encendiendo las suyas y lanzando gritos que llegaron entremezclados con la sirena de un carguero que entraba en el puerto de Villamarina, la ciudad que domina la bahía.

—Esos tontos van a descubrirnos —rezongó Carmen.

—Fui yo, lo hice para que vieran dónde estamos.

—Otro tonto.

—Vale, Carmen, no te lances.

—Vale, Corso, no me lanzo —me imitó con recochineo.

Ella era así, directa y peleona. Pero en aquello llevaba razón. Si nos pillaban, recibiríamos una buena regañina y ella, la hija del sargento de la Policía Municipal, la que más.

Al poco estábamos en lo más alto del islote, una pequeña superficie allanada donde se alza la torreta de la radiobaliza que señala la entrada a la bahía.

—Repasémoslo todo —propuse.

—Cuenta, venga —me azuzó Carmen—, pero no enciendas tu petaca.

—Saco... —comencé a recitar mientras sacaba de mi mochila un fardo de plástico negro—. Pirotecnia... —Marcos asintió y nos mostró los cohetes que traía envueltos en una bolsa para protegerlos del agua—. Bien. Cerillas...

Al decir esto noté como nuestro amigo entraba en pánico, convencido de que acababa de pifiarla.

—Se me olvidaron —apenas acertó a decir.

—Relájate, Marcos, desastre —lo tranquilizó Carmen sacando de su mochila, que tenía fama de ser mágica, un flammaire de gas.

—Genial, Carmen... —aplaudí y volví a centrarme en lo que nos traíamos entre manos—. A ver, los de COU tapan la luz y lanzan la bengala...

—Nosotros los cohetes... Marcos, ya has tirado alguno, ¿verdad? —le preguntó Carmen.

—Sí, el año pasado, en las fiestas de San Telmo, mi padre me dejó...

—Vale, vale, porque yo a eso no me arrimo ni por todo el oro del mundo.

—Después de lanzarlos, destapamos la luz y nos largamos a toda pastilla, esta vez con las linternas —le guiñé un ojo a Carmen, que sonrió—, con cuidado de no rompernos la crisma.

—Pues venga, chicos, ¿a qué esperamos? —nos animó ella.

Sin mediar palabra, y con el saco en la mano, me encaramé a la radiobaliza y, en un acto de pura inconsciencia infantil, tapé su luminaria, dejando sin señal visual la entrada a la bahía. Esta vez sí que pude oír los gritos de entusiasmo de la pandilla en el acantilado. De inmediato Marcos lanzó el primer cohete, pero estaba tan nervioso que le salió horizontal y se perdió, sin explotar, en dirección al mar.

—Tranquilos, tranquilos, se me escapó de la mano...

El segundo ascendió más de cien metros en vertical, emitiendo un silbido agudo, y estalló formando un racimo de luces plateadas que iluminaron brevemente el cielo. El eco del estruendo resonó al fondo de la bahía mientras nuestros amigos gritaban y hacían bailar sus linternas. Marcos lanzó los tres que le quedaban, cada vez con más habilidad y menos nervios.

—Ahora toca correr —les dije y destapé la baliza, con lo que todo volvió a quedar como antes.

Sin pensarlo dos veces, deshicimos lo andado a más velocidad de la que deberíamos hasta llegar al bote y Marcos y yo comenzamos a remar como locos en dirección a la cala de la Escalera. Allí, alguien —supuse que sería Hidalgo— mantenía una linterna encendida para que fuéramos lo más recto posible.

Acabábamos de hacer historia. Desde no se sabía cuándo, los chicos del último año de instituto celebraban el final de las clases lanzando una bengala nocturna en el islote del Cormorán. Siempre lo hacían después de pasar el examen de acceso a la universidad, sin día fijo para que no los pillaran. Y nos habíamos anticipado a ellos. Ni que decir tiene que acabaron dando con nosotros. Hubo consecuencias.

Sacamos la barca del agua y la arrastramos hasta el fondo de la cala, dejándola al lado de los otros botes comunales que utilizaban los pescadores para tareas menores. Tocaba subir la peligrosa Escalera, un sendero vertical formado por peldaños labrados en tierra y piedra que permitía salvar los cincuenta metros de desnivel del acantilado. Hidalgo le cogió la mochila a Carmen. Fue el único gesto de caballerosidad que nos permitió nuestra amiga que, en realidad, era bastante más ágil que nosotros y nos sacó una buena ventaja en el ascenso. Cuando llegamos arriba llovieron los abrazos, los choques de mano, los bailes y las risas. Teníamos la falsa sensación de que toda la bahía sabía de nuestra hazaña, aunque la realidad es que casi nadie se había enterado. Busqué con la vista a Pepa, pues no estaba esperándonos. Miré hacia las bicicletas y la vi, sentada en una roca, iluminando con su linterna algo que me pareció un libro. Aquello era una declaración de intenciones.

—¿Qué lees?

—Un libro —respondió distraída.

—Ya.

—Vale —concedió, levantando la vista y prestándome atención—. *Bajo las lilas*. No te gustaría.

—¿Y eso por qué?

—A mí tampoco me gusta, tenía que haberlo leído hace tiempo, demasiado infantil.

—Pues déjalo.

—Eso voy a hacer.

—¿Nos has visto?

—Sí. Menudos pesados estáis hechos, casi dos horas.

—Es que había que...

—Ya, ya, pero me aburría... y además no tenía ganas de conversación y chorradas.

—¿Entonces?

—Me he peleado con Elvi...

—¡Vaya!

—Por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

—Sí, le conté que iba a hacerme tu novia.

En aquel momento demudé la cara. No daba crédito a lo que oía. Debí palidecer y luego ponerme colorado y de nuevo palidecer. Le había pedido salir en Semana Santa y me había dicho que más adelante. Sin explicaciones de qué quería decir «más adelante», que, por lo visto, había que traducir como «hoy».

—¿Lo dices de verdad? —acerté a farfullar.

—Sí, si no, no estaría enfadada con Elvi.

—Ella no quiere, claro —se me escapó en voz alta.

—No es eso. Pendiente hoy de que te lo iba a contar se me olvidó un encargo que le había prometido. Son cosas de chicas —trató de aclararme Pepa—. Y ¿bien?

—Que estoy muy contento —y vaya que si lo estaba.

—Pero hay condiciones —dijo cerrando definitivamente el libro y poniéndose de pie.

—Las que quieras.

Entonces Pepa estiró su brazo hacia mí y me mostró la palma de su mano.

—Acércate y toca mi mano con tu pecho —obedecí—. Si no te doy permiso, esa es la distancia a la que te quiero tener.

—No entiendo —respondí, pensando en todas las veces en que había estado mucho más cerca de ella que aquella separación que ahora me imponía.

—Curso, tú estabas atento en clase de Literatura cuando explicaron lo que es una metáfora, ¿verdad? —me dijo sin bajar su brazo.

—Creo que sí.

—Pues eso. No quiero que te me acerques en plan de novio porque creas que puedes o que tienes derecho a algo.

—Pero Toni y Marián... —traté de defenderme pensando en la otra pareja de la pandilla.

—Esos dos son unos... —Pepa se paró, autocensurándose y tratando de buscar una palabra adecuada— sobones. No me sirven de ejemplo. Lo que te pido es respeto.

—Entendido.

—¿Entendido solo?

—Y de acuerdo.

De pronto nos vimos rodeados por el resto de amigos, que venían a recoger las bicicletas para poner pies en polvorosa. No podíamos descartar que aparecieran los municipales o la guardia de la bahía de un momento a otro.

—Curso, Pepa, hay que bajar para Salera —nos apremió José Manuel.

—Ya vamos... —le respondí.

—Chicos, chicas —interrumpió Pepa—, antes de marcharnos queremos deciros algo. Curso y yo nos hemos hecho novios...

Allí, medio a oscuras, traté de ver la expresión en las caras de nuestros amigos, pero nadie se inmutó.

—¡Ah! ¿Que aún no lo erais? —soltó Toni.

—Ya te digo —remachó Juan.

Todos rieron. Y yo zanjé el tema.

—Vale, vale, ya estáis informados. Y ahora para casa.

Las chicas se acercaron a Pepa y le dieron un abrazo. Carmen, Marián y Rosa. La última fue Elvi, que le dijo algo al oído a Pepa, lo que hizo que esta le estampara un beso en la mejilla. Sin duda, acababan de hacer las paces.

—¿No venís? —nos preguntó según se montaba en su BH.

Miré a Pepa, que hizo un ligero gesto de negación con la cabeza.

—No. Bajamos andando —le respondí.

—Vale. Os esperamos en el parque —aceptó Elvi, mientras se alejaba en compañía de Carmen. Las tres iban a pasar la noche juntas.

Ya solos, emprendimos el camino de regreso hacia Salera, de la que nos separaban unos tres kilómetros. Yo iba en una nube y me moría de ganas por cogerla de la mano, pero no me atreví. Traté de buscar motivos de conversación que no tuvieran que ver con nuestro recién estrenado noviazgo.

Aunque ahora, a mis cincuenta años, me parezca increíble que con catorce ya jugáramos a emparejarnos, en aquel momento resultaba lo más natural del mundo. Hablar de chicas y chicos. Quién te gustaba, por quién refrescabas. Pero en mi caso todo era muy inocente. Aún no sabía nada de la vida. Y en realidad, eso de ser novio de Pepa lo asociaba a un privilegio que me permitía disfrutar de más tiempo con ella. No había nada de físico, porque por entonces no veía una clara relación entre el amor y lo carnal, palabra que por otro lado desconocía sin duda. A lo más que alcanzaba mi imaginación era a conseguir algún que otro beso, a imitación de lo que veía hacer a Toni y Marián, porque los besos siempre me habían intrigado. Pero eso venía unido a la inquietud de sí, llegado el caso, sabría hacerlo bien.

—Pepa... ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Por qué esperaste a esta noche para decírmelo?

—Es fácil. Estaban los exámenes finales y sé que ibas a distraerte mucho. Y luego lo de los cohetes. No quería que lo hicieras para demostrarme nada.

—Bueno, en realidad lo hice para demostrarte algo.

—Déjame adivinar... Que eres un bobo que sube y baja la Escalera y que rema por toda la barra de los bajíos hasta el islote... ¿era eso?

—No.

—Pues ya sabes lo que opino de arriesgarse porque sí.

—Pero vosotras insististeis en que tenía que ir una chica...

—¡Ay, Corso! Dejémoslo, anda, que tienes mucho que aprender.

En su tono noté cierta, o mucha, ironía y estuve a punto de decirle alguna impertinencia, aunque sabía que ella llevaba algo de razón. Sus siguientes palabras lo calmaron todo.

—En todo caso, lo mejor ha sido que les hemos fastidiado el plan a los de COU.

—Se vengarán...

—No lo dudes.

En ese momento, a punto de entrar en el pueblo, vimos a dos guardias costeros que, linterna en mano, se aproximaban a la carrera.

—¡Alto ahí! —ordenó el más alto—. ¿Qué hacéis a estas horas por aquí, pareja?

—Ligando, don Guillermo —Pepa había reconocido a uno de ellos, compañero de partida de brisca de su padre.

—Ah, Pepa, eres tú —le respondió—. Un poco tarde, ¿no?

—Es que hoy acabamos las clases y estuvimos de fiesta. Este es Corso, el hijo de Anselmo y Juana.

—Sí, conozco a tus padres —confirmó el otro guardia, que vivía en un bloque por detrás de nuestro piso.

—¿Buscan algo? —preguntó Pepa con absoluto desparpajo.

—Los chavales del instituto, que ya la han armado otra vez —explicó el tal Guillermo—. Vosotros, ¿a qué curso vais?

—Terminamos octavo de básica.

—¿Y no habéis visto a nadie?

—Es que solo hemos subido un poco y ya regresamos.

—Bueno, venga, no os demoréis demasiado que son casi las doce.

Y dicho esto continuaron a buen paso rumbo a los acantilados. Cuando los perdimos de vista, Pepa me cogió de la mano y a renglón seguido me dio un beso en la mejilla.

—No te acostumbres, ¿eh? —advirtió.

Le sonreí sin acertar a articular una sola palabra. Un efecto secundario de mi relación con Pepa. Y así, sin soltarnos, seguimos hasta el parque donde nos esperaban las chicas.

Aquella noche del viernes 13 de junio de 1980 viví uno de los momentos más felices de mi vida. La proeza del islote del Cormorán fue comentada por mucho tiempo, aunque después de la que nos armaron los chicos de COU nadie más se atrevió a adelantarse a ellos. Los Once estábamos más unidos que nunca y nos imaginábamos un verano como ningún otro, a la espera de las nuevas e intensas experiencias que nos proporcionaría nuestro primer año de instituto. Pero, sobre todo, aquella noche la recordaré porque Pepa y yo empezamos a salir. Y porque me dio el primer beso. Mi primer beso. Inocente. En la mejilla. Casi el mejor de todos los que he recibido de ella a lo largo de estos años.

Cuando me acosté, aún con cosquillas en el estómago por lo vivido, y a

pesar de que faltaba una semana para el cambio de estación, sentí que el verano ya había comenzado. Apenas pude dormir.

3. «Objeto ¡secreto!»

Sábado, 14 de junio

(Pepa)

—Bueno, cuenta —me interrogó Carmen nada más verme llegar al parque—. ¿Le diste un beso?

—Sí y no —respondí, y, al comprobar que ponía cara de no entenderme, le aclaré la aparente contradicción—. Lo besé en la mejilla.

—No está mal... para empezar —rio.

Elvi me miraba en silencio con cara enigmática y lo único que se me ocurrió fue ir y abrazarla. Entonces ella soltó una sonora carcajada.

—¡Ay, Pepa, eres una teatrera! —me dijo dándome un beso en la frente, pues me sacaba como una cuarta de altura.

—Sí que lo soy.

Y así, las tres juntas, con la complicidad de las buenas amigas que se conocen bien, nos encaminamos a casa de Elvi.

—¿Qué tal, campeonas?

—Muy bien, don Javier —contestamos a la vez Carmen y yo.

Aquel «campeonas» era marca de la casa. Lo utilizaba el padre de Elvi siempre que se dirigía a nosotras, aunque la única que lo era por derecho propio, al menos en el sentido deportivo, era su hija. Quizás se refería a que éramos unas auténticas campeonas en los estudios —cierto— o como amigas —más cierto aún—.

—Bueno, yo ya me voy a acostar. No metáis mucho ruido que mamá está en el séptimo sueño.

La habitación era pequeñita y estaba decorada con pósteres y fotos de sus grupos favoritos (Génesis, Spandau Ballet, Eagles, Rolling, Tequila, Pecos,

Aute, Bowie, Bosé), una amalgama claramente influenciada por los gustos dispares de sus padres. El cuarto hacía las veces de dormitorio y lugar de estudio, con un pequeño escritorio pegado a la pared y una mullida y cálida alfombra de colores vivos entre la mesa y las dos camas.

Mientras nos poníamos el pijama, Elvi se acercó a la cocina y preparó una bandeja con tres vasos de leche, galletas y chocolate de varios tipos. Luego nos sentamos en la alfombra y comimos en silencio.

—La verdad es que tenía hambre —confesé.

—Y yo —asintió Elvi, aunque en realidad solo había probado una onza de chocolate de hacer La Fortuna, el negro a la taza que tanto le gustaba.

—Pues no os cuento yo, con tanto subir y bajar por el islote. Llevaba dos chokolatinas en mi *mochi* —aclaró Carmen—, pero Corso y Marcos se las zamparon a la vuelta, bueno, las repartimos entre los tres.

—¡Tramposa! —exclamé, y Carmen soltó una risita traviesa.

Volvimos a callarnos durante un buen rato.

—¿Empezamos? —propuso Elvi.

Carmen y yo asentimos con la cabeza. Habíamos quedado en jugar al «Objeto ¡secreto!». Y a mí se me había olvidado traer el mío. Motivo del enfado de Elvi. «Si echarse novio significa faltar a la palabra, vamos listas», me había espetado.

—Lo siento, se me pasó... —volví a disculparme con las dos.

—Que no, Pepa, que es una tontería, siento haberme cabreado esta tarde, pero es que tenía la cabeza con más cosas y lo pagué contigo —era evidente que Elvi lamentaba su reacción.

—¡Venga, abracito! —rio Carmen, haciéndonos gestos para que consumáramos las paces.

Las dos lo hicimos entre risas.

—Pues, ¡hala!, Carmen, empiezas tú. Enséñanos lo que has traído —la animó Elvi.

Carmen se levantó y sacó una carpeta de la bolsa de deporte donde guardaba las cosas que traía para pasar la noche. Se trataba de un álbum de hojas plastificadas de los que comprabas o te regalaban en la tienda de fotografía cuando revelabas un carrete.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Ahora lo explico, ¡impaciente!

—Fotos de cuando eras pequeña —presagió Elvi.

—Nooo.

—Fotos de tu familia —fue mi apuesta.

—Casi...

Y entonces nos enseñó la tapa delantera, que ella misma había personalizado con recortes y flores. Un cartel en el centro ponía: «Mis Vacas Campeonas». Elvi y yo nos miramos con cara de sorpresa.

—Mi objeto secreto es el álbum con fotos y noticias del periódico sobre los concursos en los que hemos ganado premios —explicó orgullosa.

—Los premios de la ganadería de tu madre —apunté, tratando de entender lo que nos iba a mostrar.

—No, los premios de mis vacas —aclaró Carmen, recolocándose bien las gafas en la nariz—. Mamá me regala una ternera cada cumpleaños. Y yo me ocupo de ellas todo lo que puedo. Darles de comer, cepillarlas, limpiar donde duermen...

—¡Vaya! —exclamó Elvi.

—¡Alucinante! —añadí.

Aquello sí que era responsabilizar a una persona de algo. Me reía yo del cuidado de mis ocas. Comenzamos a pasar páginas llenas de fotos Polaroid y noticias. «Esta es Tomasa, mi primera frisona»... «Mora»... «Galante»... «Tornela»... «Todas estas fueron antes de venir al cole a Salera...». Su cara de orgullo se complementaba a la perfección con la de admiración de Elvi y mía. De pronto nos detuvimos en un recorte de prensa. Además del texto, había una fotografía donde se veía a una niña posando junto a varias vacas y recogiendo un premio. La niña era Carmen. «Esto fue hace dos años en el Concurso Nacional de la Feria Agropecuaria. Gané el premio al mejor conjunto morfológico, se nota que mi madre me regala las mejores», añadió riendo. Usaba términos técnicos como si tal cosa. Yo estaba anonadada. No pude reprimirme y la abracé.

—Eres mi heroína —le dije mientras Elvi se unía en aquel nudo espontáneo.

—Exageradas —respondió ella con evidente satisfacción.

—Qué orgullosa estoy de ti, Carmencita. Pero, ¿cómo no nos lo contaste antes? —preguntó Elvi una vez deshecho el abrazo.

—La verdad es que tenía miedo de que la gente en la escuela se riera de mí y cosas así. No vosotras por supuesto —aclaró—. Pero, si os soy sincera,

siempre tengo la sensación de que los lunes llego a clase oliendo a vaca, a leche, a establo. No puedo quitarme eso de la cabeza.

—Pues hueles a cielo, tú siempre hueles a cielo —recalcó mamá Elvi.

—Sin duda —confirmé.

—Y estas fotos son de las últimas vacas, las de mis dos últimos cumpleaños.

Al verlas y ver el rótulo donde se indicaba el nombre, Elvi y yo prorrumpimos en risas y nos abrazamos otra vez a Carmen, llenándola de besos. Metimos tanto ruido que don Javier acabó asomando la cabeza, haciéndonos un gesto con la mano para que bajáramos la intensidad del alborozo. Por lo visto seguía levantado y velando por los sueños de doña Elena.

Elvita y Pepi se llamaban aquellas impresionantes frisonas que lucían en sus cuernos varias cintas con los colores de la bandera nacional y regional. Otras campeonas, como nosotras. Un auténtico regalo. Un homenaje a la amistad. Una declaración de amor de las buenas.

—No me extraña que quieras ser veterinaria —dije.

—Pero de animales grandes, ¿eh? Vacas, caballos, burritos... —advirtió Carmen.

—Camellos... —rio Elvi

—Elefantes... —rematé yo.

Las tres nos revolcamos en la alfombra durante un buen rato muertas de risa. Luego callamos. La habitación se llenó de un agradable silencio.

—Si de verdad te haces veterinaria, apuesto que mi padre estará interesado en ti —le aseguré pasado un rato.

—Hum, no sé, los cerdos son tan...

—¡Cerdos! —volvió a reír Elvi y las dos la secundamos.

—Pero a mis ocuelitas sí que las atenderás, ¿verdad?

—Eso ni lo dudes, Pepa. Aunque no me haga veterinaria... Incluso al gamberro de tu Rodolfo, y eso que todavía me escuece el picotazo que me dio el otro día en el culo.

Para seguirle la broma me abalancé sobre Carmen simulando que yo era el ganso y ella mi próxima víctima. «¡Ooc, ooc!», grazné mientras trataba de hacerle cosquillas. Más risas.

—¡Venga, venga, payasas! —nos reconvino Elvi—. Sigamos.

—Me toca... —intervine yo—. Como no he traído nada pensaba en contaros un secreto de los buenos.

—Valeee... —jalearon Elvi y Carmen a la vez.

—No conocí a mi tío Dimas, el hermano de mi madre, hasta hace tres años porque estuvo en la cárcel.

—¡No fastidies! —exclamó Carmen.

—¡Vaya! —añadió Elvi.

—Pues sí. Debió de ser algo muy gordo, porque cumplió quince años de condena. En casa nunca se habla del tema.

—No me extraña... ¿Y te tratas mucho con tu tío? —preguntó Elvi.

—La verdad es que no. Un poco, antes de venirnos para Salera y cuando vamos de vacaciones. Ahora hace tiempo que ni eso.

—Y... ¿no te asusta estar con él? —preguntó Carmen.

—No... —pero según decía esto un oscuro pensamiento cruzó por mi mente y mi cara se ensombreció—. Creo que no..., no sé...

—Muy buen secreto, Pepa —intervino Elvi con rapidez, pues no le había pasado desapercibido mi gesto—. Ahora me toca a mí.

Nos habíamos levantado de la alfombra y estábamos sentadas al borde de las camas. Elvi abrió el cajón superior de la mesilla de noche y sacó una pequeña caja de cartón de la que extrajo un collar de abalorios de colores.

—¡Precioso! —aseguré mientras nos lo íbamos probando.

—¿Quién te lo regaló? ¿Un novio secreto? —preguntó Carmen.

—Lo robé.

Las dos nos quedamos sin aliento, mirándola, como interrumpidas, congeladas en el tiempo. No se me fue el collar al suelo de milagro.

—¿Lo...? —murmuró Carmen incrédula.

—Sí.

—No puedo creer que... —esa era yo.

—Pues créetelo.

El semblante de Elvi era una mezcla de seriedad por lo que contaba y diversión por lo que veía en nuestras caras.

—Lo primero de todo es que no lo volveré a hacer. Pasó hace unos meses, en los Grandes Almacenes de Villamarina. Mientras mamá compraba un maquillaje comencé a dar vueltas por la sección de bisutería. De pronto vi el collar tirado en el suelo. Así que lo cogí, pero en vez de llamar a una dependienta, me lo metí en el bolsillo del peto. Un arrebató. Lo peor fue en el momento de salir de la tienda. Qué nervios. Casi me meo encima. Luego empezó a dolerme el estómago. Ni os cuento que mamá al verme la cara me

llevó a una cafetería y pidió una manzanilla pensando que andaba revuelta o que estaba a punto de ponerme mala. ¡Uf! Nunca más.

Nosotras ni respirábamos oyendo el relato.

—¿Y no pensaste en devolverlo?

—Mil veces, Carmencita, pero igual es peor.

—¿Y crees que vale mucho?

—No, seguro que no, son abalorios.

—Jolines, Elvi, —lamenté yo— eso no...

—Lo sé, fue un impulso. Supongo que todos cometemos alguna locura en la vida... Yo ya he cometido la mía —y se rio un poco.

—Menudo «Objeto ¡secreto!» el de esta noche —afirmó Carmen.

Elvi volvió a guardar el collar. Después la conversación derivó hacia cosas más cotidianas. En especial nos interesamos por cómo llevaba Carmen el tema de la regla, pues le había comenzado a bajar hacía tres meses. Pero nos tranquilizó: «Solo me preocupa que me venga cuando menos me lo espero, porque doler no me duele». Tratamos de instruirla en lo poco que sabíamos, aunque nos considerábamos unas expertas, y ella no perdió detalle. Luego, con el sueño acuciándonos cada vez más, nos acostamos y apagamos las luces. Elvi y yo en la misma cama, pues nos encantaba acurrucarnos juntas y contarnos confidencias cara a cara. Carmen se durmió enseguida.

—Esa ya está soñando con los angelitos —me susurró Elvi.

—O con sus vaquitas... —respondí entre risitas apagadas.

—Pepi.

—Y Elvita.

—Es genial. Qué suerte tenemos.

Callamos un rato. Hacía tiempo que me rondaba una idea en la cabeza y me moría de ganas de contársela a Elvi. Había estado a punto de hacerlo varias veces, pero al final siempre me echaba para atrás. Cogí aire y se lo solté:

—Elvi, ¿te parecería mal si no quisiera tener hijos?

Mi amiga y yo siempre hablábamos de cuando fuéramos madres y hacíamos planes imaginando a nuestras futuras familias viviendo una cerca de la otra. Ella, además, quería tener muchos niños, pero yo me conformaba con dos.

—¡Vaya, Pepa! Esto es nuevo... —entonces se calló y, como casi siempre, dio en la diana—. Se trata de tu madre. Sigue mal, ¿verdad?

—Sí. No levanta cabeza —no pude evitar que una lágrima se escurriera por mi mejilla—. Lo que más rabia me da es que papá no parece darse cuenta de

que le pasa algo...

—Tranquila —Elvi me besó en la frente—. Poco a poco...

—Y la peor parte se la lleva Anita. Yo por lo menos ya sé hacerme las cosas, pero la peque depende de mí para todo y eso me agobia mucho...

—¿Quieres que nos levantemos y lo hablamos? —me propuso Elvi—. Acabaremos despertando a Carmen.

—No, no. Mañana. Lo hablamos mañana.

Poco a poco noté cómo Elvi iba cambiando su ritmo respiratorio hasta quedarse dormida. Yo tardé más, bastante más, en hacerlo. En realidad, no pude conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Durante esa noche en vela traté de reordenar el pequeño caos en el que se había convertido nuestra vida en la Finca.

Una cosa estaba clara: aquella mamá feliz que había llegado a Salera tres años atrás, la que estaba encantada con su vida en el norte al lado de su esposo y sus hijas, era ahora un espectro de sí misma. No me costó identificar el momento en el que se había torcido todo: el verano anterior, justo después de mi enfermedad. Desde entonces yo había tenido que encargarme progresivamente de las cosas de mi hermana Ana. De que se bañara, de que se cambiara de muda, de peinarla, de que acabara la comida, de que hiciera sus deberes, de acostarla. Muy al principio pensé que mamá estaba delegando en mí aquellas tareas para ayudarme a madurar, para hacerme más responsable, pero pronto vi que algo no encajaba. No me supervisaba, y si yo dejaba algo por hacer, no me decía nada, no me reñía, por la simple razón de que no prestaba atención. De cara al exterior, incluso con papá, disimulaba a la perfección lo que le pasaba. La que parecía intuir que algo iba mal era doña Berta, la señora que ayudaba en la casa, pues sus tareas y sus horas se habían multiplicado en los últimos meses. Ahora, como adulta, me resulta fácil identificar con exactitud lo que le ocurría a mi madre: tenía una depresión. También la hubiera podido diagnosticar en un santiamén don Ernesto, nuestro médico de cabecera, o un psiquiatra —cualquier psiquiatra—, pero para eso hubiera tenido que pedir ayuda, cosa que no hizo.

Recuerdo que busqué una explicación a todo aquello. Anita estaba bien, los abuelos también, la porcinería funcionaba a pleno rendimiento, no había deudas, papá era un marido ejemplar. ¿Otra causa? Si la había, en aquel momento no supe identificarla. En consecuencia, aunque poco probable, decidí que el motivo de su tristeza era mi enfermedad y no pude evitar sentirme mal.

¡Qué lejos estaba de imaginar que, efectivamente, yo era la causa de aquello, pero no la culpable!

Como solución al análisis de situación que había hecho, me propuse cuidar de mi salud al máximo para que ella viera que no me iba a pasar nada, ser más obediente, estar mejor predispuesta para las tareas de casa y, sobre todo, quererla mucho más y demostrárselo cada día.

4. Punto de encuentro

Lunes, 23 de junio

(Corso)

Once y media, playa y baños. Así de simple podría resumirse el plan de las mañanas de aquel verano. Por supuesto, hacíamos más cosas, pero creo que es posible sintetizarlo de esa forma. O dicho de otro modo, despreocupación. Estábamos en la transición del colegio al instituto y todos parecían estar de acuerdo en que nos merecíamos un buen descanso. «Disfruta, que luego tendrás que estudiar mucho», me advertía mamá. «Aprovecha estas vacaciones, que después todo será diferente», insistía papá.

El punto de encuentro eran los bancos de piedra de la calle del Alba. Habíamos elegido aquella hora de la mañana porque resultaba imposible quedar antes. Unos por pereza, otros porque teníamos tareas que hacer. De hecho, yo solía levantarme temprano, sobre las ocho, pues era el chico de los carteles del Cine Ideal. Mi trabajo consistía en pegar en sitios estratégicos del pueblo los afiches de las películas que se iban a proyectar ese día. De mí dependía en gran parte la afluencia de gente al cine y me tomaba aquel trabajo en serio, muy en serio. Soy consciente de que para las personas madrugadoras yo formaba parte de la escena de la Salera veraniega: el muchacho cargado con una escalera de cuatro peldaños, un cubo con cola de empapelar y una buena provisión de carteles perfectamente enrollados. La recompensa merecía la pena. Además de un dinerillo que recibía cada fin de semana, podía ver todas las películas que se proyectaban, por lo que era la envidia de la chavalería de mi edad. En otras ocasiones la tarea que motivaba el madrugón tenía que ver con los planes de la pandilla. Por ejemplo, para ir a pescar por la tarde había que fabricar el enguade, el mejunje con el que incentivábamos a

los peces para que se acercaran a los anzuelos. Y en eso Juan y yo éramos los mejores, signo inequívoco de que llevábamos la pesca en la sangre. Pero especialmente porque no nos daba ningún asco andar con tripas y desechos de peces muertos. Cuanto más muertos mejor. Yo había aprendido de mi padre y Juan de su amigo Gelo, no de su padre, que se había ahogado faenando frente a la rasa del faro durante las galernas del invierno de 1972, cuando nuestro amigo tenía cinco años.

Tras estas tareas —carteles, enguade— y antes del plan de los bancos de piedra, regresaba a casa para cuidar de Gracia, mi hermana pequeña, mientras mamá salía a hacer los recados diarios. Mi padre era el patrón de la «Rosa de los Vientos» y en junio estaba en plena temporada del bonito, por lo que se pasaba casi todo el tiempo fuera, navegando, lo mismo que mi hermano Sergio que me sacaba cuatro años y había empezado a faenar con papá esa primavera. Siempre había pensado que mi destino era seguir los pasos de la familia, pero mis padres lo tenían claro: «Tú no eres tu hermano. Se te da bien estudiar y queremos un futuro diferente para ti».

Sí. Once y media, playa y baños.

Marcos era el primero en llegar. A veces hasta una hora antes. Se sentaba, libreta en mano, y dibujaba o tomaba notas. Él decía que se adelantaba para reservar los bancos, pero solíamos tomarle el pelo diciéndole que quería escaparse de los demonios de sus hermanas gemelas, que siempre estaban armándole trastadas. El último en aparecer era Hidalgo. Como desde su habitación podía ver los bancos, se demoraba día sí y día también para enfado permanente de Rosa, su hermana pequeña, puntual como el que más. De nada servía que de vez en cuando desistiéramos de esperarlo, pues nunca se enojaba si tenía que emprender solo el camino a la playa. Y además, para eso estaba yo, para hacer un último intento llamándolo al timbre de casa.

La pandilla no tenía unos líderes declarados, pero, sin duda, Hidalgo y Elvi lo eran. Iban, por así decirlo, un paso por delante de los demás. Sus opiniones pesaban mucho más que las de cualquier otro y ponían sosiego en la pandilla cuando hacía falta. Seguramente porque eran los más maduros y todos los veíamos como si, además de amigos, fueran nuestros hermanos mayores. Entre ellos mantenían una relación muy peculiar e intensa. A veces se los veía hablar un poco apartados del grupo, como un matrimonio que estuviera poniendo la casa en orden. Y seguramente eso hacían. No se trataba de una lucha de sexos, pero era evidente que Elvi defendía siempre las cosas de las chicas —su lugar

en la pandilla— ante Hidalgo, sabedora de la influencia que él ejercía sobre los chicos. Todo esto tenía como resultado que una buena parte de los conflictos se dirimía entre ellos sin llegar a nosotros. Algo que nunca les agradecemos lo suficiente, posiblemente porque no éramos conscientes de que aquello contribuía a que las cosas en el grupo funcionaran sin apenas problemas.

Entre Marcos «el madrugador» e Hidalgo «el tardón» íbamos llegando los demás. No todos. Al plan de los bancos de piedra era habitual que faltasen Carmen y José Manuel. Carmen porque, viviendo en Castrovás —al otro lado de la península—, dependía de que su padre la trajese, y en ese caso la dejaba directamente en la playa. Y José Manuel, el futbolista del grupo, porque solía tener entrenamiento. Los que siempre aparecían juntos eran Marián y Toni, la parejita de la pandilla. Habían comenzado a salir el verano anterior y todos pronosticamos que no durarían demasiado, pues Toni tenía fama de ligón, pero había pasado un año —por aquel entonces eso nos parecía muchísimo— y seguían tan colados el uno por el otro como el primer día. Marián vivía en mi mismo portal en Salera Nueva, éramos amigos desde parvulitos y yo la consideraba poco menos que una hermana. Los padres de Toni regentaban el bar del puerto y su guapísima hermana mayor había sido la reina de las fiestas dos años consecutivos, cosa sin precedentes en Salera y creo que en ningún sitio.

A Pepa le gustaba apuntarse al plan de los bancos de piedra, aunque, quedando la Finca cerca de la costa, lo más lógico era encontrarnos en la playa. Cuando venía hasta Salera lo hacía en bici y siempre se llevaba a Roni con ella. Su border collie era, sin duda, el miembro número doce de la pandilla. Aquel verano Pepa también comenzó a cargar con Anita en los planes de playa. Aunque muchos teníamos hermanos pequeños, a ninguno nos pareció mal lo que hacía. No necesitó hablarlo abiertamente con el grupo, pues todos, más o menos, intuíamos que en su casa estaba pasando algo y la única forma de contar con Pepa era aceptando que la pequeña participara en nuestros planes. Para llegar a Salera utilizaban el camino agrícola. Dejaban las bicicletas en el trastero de Elvi y desde allí continuaban a pie. En ocasiones coincidía con ellas en el semáforo de la carretera que separa Salera Nueva del casco antiguo. Al ver a Pepa me subía un cosquilleo desde los pies hasta la punta del pelo y la tripa se me llenaba de hormigas. Entonces iba y tocaba su codo con el mío, y le decía alguna cosa intrascendente.

Aquellas primeras semanas de vacaciones eran, en muchos sentidos, el mejor momento del verano. Los niños habíamos terminado las clases, pero los chavales del instituto, no. Los veraneantes no llegarían hasta julio. Los amigos que se fueran a ir de vacaciones, convertidos en veraneantes de otros lugares, no lo harían como pronto hasta el mes siguiente. En definitiva, sentíamos que Salera y sus arenales nos pertenecían.

El 23 de junio, diez días después de la hazaña del islote del Cormorán, fue muy especial. Teníamos plan completo: matinal de playa, tarde de pesca y, para rematarlo todo, las hogueras nocturnas, anticipando San Juan que se celebraba al día siguiente. Poco a poco fuimos llegando a los bancos de piedra. Yo me había adelantado a comprar unos anzuelos en la ferretería de don Claudio y esperaba ansioso ver bajar a Pepa por la calle del Alba. Me sentí un poco decepcionado al comprobar que Elvi venía sola. Me temí lo peor. Pepa llevaba toda la semana revuelta y apenas la había visto un par de veces.

—Me llamó por teléfono para decirme que se iban directamente a la playa
—me contó Elvi y respiré aliviado.

Una vez todos reunidos, salimos rumbo al arenal por el paseo marítimo. Según nos acercábamos, vi llegar a Roni a la carrera, señal de que Pepa y Anita ya nos esperaban.

5. Tarta María Luisa

Lunes, 23 de junio

(Pepa)

Supimos que se acercaban porque, de repente, Roni echó a correr en dirección a Salera. Siempre hacía lo mismo. Una vez reunidos, bajamos a la arena. Solíamos quedar cerca de la desembocadura del Arroyo, como a unos veinticinco metros del río. Allí, un par de afloramientos rocosos hacían que esa parte de la playa resultase poco atractiva para la gente. En consecuencia, y más en aquellas fechas, estábamos solos. Extendimos las toallas, dejamos las mochilas encima y nos quitamos la ropa, quedándonos en bañador. Salvo Rosa.

—Chicas, ¿os importa darme vuestra opinión? —dijo a media voz, mirando hacia donde estaban los varones del grupo—. Es que me he comprado algo...

La rodeamos haciendo una pantalla entre ella y los chicos que, en realidad, andaban a su aire dando patadas al balón.

—¡Vaya! —exclamamos todas.

Bajo su pichi azul y camiseta blanca, Rosa llevaba un hermoso bikini con estampados. Todas usábamos sistemáticamente bañador de una pieza —de hecho, Ana y yo estrenábamos uno nuevo ese día— y aquello era una auténtica novedad en la pandilla. ¡Parecía que la más pequeña del grupo era también la más atrevida! Rosa había empezado a desarrollar hacía un año y su cuerpo infantil se estaba transformando poco a poco en una bonita figura de adolescente, por lo que el bikini le quedaba estupendo.

—Estás preciosa —sentenció Elvi.

—Sin duda —corroboré yo.

—Lo compré ayer en las galerías del parque..., pero ya no estoy tan segura de que haya sido buena idea.

—Ha sido una idea magnífica —recalcó Marián.

—Estás muy guapa —le dijo Anita, sonriéndole con su rostro angelical.

—Gracias, tesoro —Rosa le acarició la mejilla—. Gracias, chicas. ¿Y ahora qué hacemos?

—Nada —Elvi parecía tenerlo claro—. Actúa como siempre. Si le das importancia, los chicos también se la darán.

—Uf, vaya corte, casi que vuelvo a casa y me pongo un bañador.

—Que no, Rosa, que nadie va a decir nada ni mirar lo que no debe —le aseguré—, si no, tendrán que vérselas con nosotras.

Un instante después vi cómo Elvi se iba hacia los chicos, que se arremolinaron en torno a ella. Nunca supe que les contó. Solo sé que aquel día ellos se comportaron como esperábamos.

Hacia la una, Juan comenzó a llamarnos. Toni y Marián se habían ido a dar un paseo por la orilla en dirección a San Telmo, y José Manuel y Corso se entretenían con Roni jugando a lanzarle un *frisbee*. Estaba claro que los chicos sabían de qué iba aquello, pues, como por arte de magia, la parejita apareció a paso ligero y Toni gesticuló pidiendo disculpas. Juan nos hizo sentar en las toallas y él se subió a una roca. Entonces, con toda la parafernalia del mundo, los chicos comenzaron a sacar cosas de sus mochilas. Hidalgo, una cinta blanca de tenista, que Juan se puso a modo de alzacuello. José Manuel, una bufanda del Salera CF, que Juan se colgó como si fuera una estola. Toni le pasó unas gafas de sol y el payaso de nuestro amigo se las colocó de inmediato. Marcos sacó un frasco de cristal lleno de agua y lo abrió, pero no se lo entregó a Juan, sino que lo levantó hasta ponerlo a su alcance. Por último, Corso le entregó ¡un sonajero! ¿De dónde demonios lo había sacado? ¿Quizás de cuando su hermana Gracia era pequeña...?

—¡De pie, hijos míos! —gritó Juan imitando la voz de don Amado.

Todos le hicimos caso entre risas y Roni respondió con un ladrido agudo y prolongado.

—¡Que esta agua bendita traída de la mismísima pila de nuestra santa iglesia parroquial, gracias Marcos, os bendiga, os proteja de los males del mar, de las aguadillas de José Manuel y de las asquerosas medusas...! —según decía esto

iba introduciendo el sonajero en el frasco de cristal para, a continuación, rociarnos con el agua a modo de hisopo litúrgico—. Tenéis que decir «amén».

—¡Amén! —tratamos de responderle.

—¡Y que la vida nos vaya bonita a todos y seamos felices el resto de nuestros días!

—¡Amén!

—¡Queda inaugurada la temporada de baños! —gritó Marcos.

Todos salieron en estampida hacia el agua, con Juan desprendiéndose de su vestuario según se acercaba a la orilla. Nosotras nos lo tomamos con más calma.

—¿De verdad nos vamos a bañar? —me preguntó Ana, que no se enteraba muy bien de lo que acababa de ocurrir.

—Sí, princesa —le respondí. Me apetecía muy poco, pero no quería dar la nota.

—Nuestro San Juan particular ya ha bendecido el mar, así que no hay problema —completó Elvi, siempre atenta a interactuar con mi hermana.

—Ah, vale, qué bien.

Y así, cogiendo a Ana de la mano, Elvi por un lado y yo por el otro, nos adentramos en el mar Septentrional, estrenando nuestros bañadores y experimentando esa sensación de agua fría marina que siempre me hacía replantearme si no merecía la pena darse la vuelta y regresar a las toallas. A pesar de todo, fue un baño divertido, especialmente para Ana, que había aprendido a nadar a finales del verano anterior y estaba ansiosa por comprobar si aún recordaba cómo flotar. Roni permaneció en la orilla, atento a nuestros movimientos hasta que estuvimos de regreso.

Fuimos retornando a las toallas poco a poco, al ritmo de cada uno, según nos íbamos saturando de agua y de salitre o, lo que es lo mismo, cuando el picor de ojos, el gusto salobre en la boca y el resquemor de nariz nos decían que ya nos habíamos bañado lo suficiente. Luego nos tumbamos en silencio, dejando que el sol cumpliera su función a conciencia.

Después llegó la hora de la comida. Solía ser algo ligero: pan de leche, jamón de York, queso, fruta, chocolate. Pero Marián nos tenía preparada una sorpresa.

—¡Tortilla de patata! —exclamó Marcos cuando ella abrió el táper.

—Con chorizo —completó la cocinera.

—Yo quiero, yo quiero... —todos queríamos.

Elvi, a la que le gustaba cocinar, estaba impresionada.

—¿Cómo has conseguido que esté tan jugosa? —le preguntó.

—Fácil. Consiste en no dejar que el huevo cuaje del todo por dentro — explicó Marián encantada del éxito.

—Eso no parece muy fácil.

—Pero lo es. Truco de mi madre. En el momento de poner en la sartén la mezcla de los huevos batidos, las patatas y el chorizo, se sube un poco más la temperatura del fuego y así la tortilla se hace más rápido por fuera.

—Clarísimo —le respondió Elvi.

—Pues yo no entendí nada, pero está de muerte —rio Marcos.

—Oye, no te metas con mi chica, que ella siempre se explica muy bien — bromeó Toni.

—No necesito que me defiendas, Toni —intervino Marián también divertida—. Como nunca has intentado hacer una tortilla, Marcos, entiendo que no sepas qué son unos huevos batidos...

Todos reímos.

—Ahí me has dado —respondió él, dispuesto a servirse el último trozo que quedaba en la fiambra—. ¿Puedo?

—Claro, ese pedazo lleva tu nombre —aseguró Marián.

Yo observaba a Ana que, discretamente, le iba dando su comida a Roni, al que todo le venía bien. El perro estaba echado a su espalda y ella se había tumbado contra él usándolo de almohada. Menuda pareja.

—Chicas, ¿qué vais a hacer de tarde? —preguntó Corso.

—Marián va a enseñarnos a hacer una tarta —explicó Elvi.

—Quiero probarla —pidió Marcos.

—Por la noche, cuando vayamos a la hoguera —prometió Marián.

—Yo no puedo ir. Después del plan de cocina me vuelvo a la Finca —les expliqué haciendo un gesto con la cabeza hacia Ana.

—Te acompaño —me propuso Corso.

—Vale.

Mientras ellos organizaban su plan de pesca, nosotras ya estábamos recogiendo las cosas.

—Bueno, pescadores, a las nueve en el parque —se despidió Elvi en nombre de todas y las cinco nos dirigimos a Salera Nueva a paso tranquilo.

La cocina de la casa de Elvi era de ensueño. La habían reformado hacía un año añadiéndole una isla central, algo que yo nunca había visto, y una torre para los electrodomésticos al lado de la nevera, que incluía un espectacular horno y el primer microondas que conocí. La madre de Elvi cocinaba de maravilla y mi amiga le seguía los pasos de cerca. Pero nunca había hecho la tarta de tres sabores que Marián nos había preparado en su último cumpleaños.

—Nos hemos deshecho de los chicos sin el menor miramiento —rio Rosa.

—Es lo mejor —justificó Marián—. Son unos petardos. Están mejor pescando.

Ana me hizo un gesto con la mano para que me agachara. Quería decirme algo al oído. «¿Qué es “son unos petardos”?». «Marián quiso decir que les apetecería venir, pero luego se aburrirían y querrían irse». «¿No que explotan?». «No», le respondí riendo y dándole un beso en la frente. «Vale». Eso significaba que entendía la extraña comparación de nuestra amiga.

—Esta receta se llama «tarta María Luisa» porque la inventó una señora llamada María Luisa García; mi madre tiene sus libros.

—Pues tengo que pedirle los títulos para encargarlos —comentó Elvi.

—¿Tarda mucho en hacerse? —Anita no quería irse sin probarla.

—Dos horas —le explicó Marián, y como vio que aquello no le decía mucho, reorganizó su respuesta—. No te preocupes que nos la comemos para merendar.

—¡Ñam! —Ana se pasó la lengua por los labios como si hubiera probado ya un trozo del delicioso pastel.

Todas nos reímos. Roni respondió a nuestra bulla con unos breves ladridos. Luego volvió a meter su cabeza entre las patas y siguió dormitando.

Alrededor de las seis, y tras desmoldarla, dimos cuenta de la mitad de la tarta. El resto quedaba para Marcos y compañía. «El secreto de la preparación permanece a salvo entre las chicas», comentábamos entre risas mientras disfrutábamos de aquel sabor transversal a galleta, frutos secos, leche condensada, limón y merengue.

Puntual como siempre, Corso nos esperaba abajo.

—¿Qué tal la pesca? —le pregunté nada más verlo.

—Nos hemos reído un montón. ¿Qué tienes ahí, princesa? —añadió dirigiéndose a Ana, que llevaba en la mano una bolsa de plástico con un táper dentro.

—Un trozo de tarta para mamá y papá.

—O para ti —rio él.

—Si ellos no lo quieren... —respondió Ana echando unas risitas cómplices.

Nos tomamos el paseo hasta la Finca con calma. Había quedado con mamá en regresar sobre las ocho, así que íbamos bien de tiempo.

De siempre he sostenido que la felicidad existe, que se puede experimentar, que se puede vivir, aunque no voy a negar que en algunas ocasiones, dependiendo de cómo me haya ido la vida —a veces realmente mal—, la felicidad se me haya antojado una entelequia, un invento. No sé. El caso es que no me importa mostrarme contradictoria en el asunto porque creo que la felicidad está sobrevalorada. No me convence ninguna de las definiciones que conozco y seguramente haya muchas más que ignoro. Por eso prefiero la mía. Total, donde hay mil, ¿qué importa otra? Además, no pienso llegar a ningún sitio con ella, pues está hecha a mi medida y solo sirve para explicarme a mí misma. O quizás esto sea la clave, que cada uno debería construir su propia definición de felicidad y usarla como termómetro en su vida, sin querer compararse con la felicidad de otros, solo consigo mismo.

Bueno, ahí va. Para mí la felicidad es una circunstancia interior. Y ya está. «Una circunstancia» que llega, pasa, vuelve a llegar, vuelve a pasar. Fugaz, transitoria en todo caso. «Interior», pues es un sentimiento, una sensación que te inunda por dentro. No voy a negar que si uno vive de forma seguida muchos momentos fugaces de felicidad, llegue a creer que está en un *continuum* dichoso. A mí, en todo caso, raramente me ha ocurrido.

Lo que puedo asegurar es que si he de escoger un momento fugaz de felicidad en mi vida, elijo aquel paseo por el camino agrícola de los sembrados. Rumbo a casa, con el cielo límpido de nubes y el sol a nuestra espalda acariciándonos aún con sus rayos templados. Cogida de la mano de Corso, con Ana a nuestro lado, hablando los tres de cosas intrascendentes, muertos de risa. Y con Roni correteando infatigable adelante y atrás, haciendo el camino una y otra vez. Cierro los ojos y sigo viendo la escena. Corso, Roni, Ana y yo. Me siento afortunada por haberla vivido. Y, ¡qué cosas tiene la vida!, un poco más feliz ahora mismo por el simple hecho de evocarla.

6. Tarde de pesca y noche de San Juan

Lunes, 23 de junio

(Corso)

—¿Y esa lata? —preguntó Hidalgo cuando los chicos volvimos a reunirnos en los bancos de piedra a eso de las cuatro de la tarde.

—Nos la prestó Gelo. Es de las que usan para el enguade en la ferretería de don Claudio —explicó Juan—. Tenemos que devolverla mañana.

—Falta José Manuel —comenté.

—Entrenaba por la tarde —nos recordó Toni.

—¿Vamos? —propuso Marcos, ansioso por empezar.

Y sin más, nos dirigimos al puerto provistos de cañas, enguade y cebo. Decidimos probar suerte en los roquedales que quedaban detrás de los muelles en dirección a los acantilados del faro.

La faena comenzó bien. Marcos, para no variar, se apuntó a la tarea de enguadar el campo de pesca. Ya lo tenía muy aprendido: al principio media docena de cazos del mejunje bien esparcidos y después, cada diez minutos, un par de cazos más, o antes si se atisbaba un banco de peces. De un pequeño salto cruzó a una peña próxima a la nuestra, un buen lugar desde el que realizar su trabajo.

—Listo para cuando digáis —anunció.

Los demás engancharon al esmerillón terminal del sedal varias brazoladas de diferentes longitudes, tal que el que menos colgó media docena de anzuelos en su aparejo. Yo tuve que empatar primero un par de anzuelos, así que, cuando quise lanzar la caña, Hidalgo ya había sacado la primera maragota. Una hora después el recuento no podía ser más increíble. Dos chopas, tres cabrillas, dos maragotas, una roballiza y cinco doncellas. Nunca habíamos

capturado tanto y tan variado en una misma tarde de pesca. Y lo mejor es que todos habíamos sacado algo del agua.

Juan estaba exultante y no paraba de saltar entre donde nos encontrábamos y las rocas cercanas. Como lo conocíamos rematadamente bien, es decir, que ya daba por amortizada la tarea y quería pasar a otra cosa, propuse una sesión de chistes y adivinanzas.

—Vale, vale, empiezo yo —se apuntó de inmediato—. ¿Cómo se llama la mujer más delgada del mundo?

—Ni idea. Ni idea.

—«Nadia Paloskova» —se rio Juan y al ver que alguno no lo captaba lo repitió más despacio—. Nadia-nada y ¡palo-escoba! Pero si es muy bueno, ¡sosos!

—Ahora yo —intervino Marcos—, ¿y el oficio más feliz del mundo?

—Payaso —respondió Juan, acaparando el juego.

—Nooo. El barrendero, porque se pasa todo el día barriendo, «va-riendo, va-riendo» —explicó Marcos encantado—. Venga, ahora tú, Corso.

—Va uno y pregunta: «¿Y cómo se llama tu hijo?». «Bienvenido», le responde. A lo que el primero replica: «¡Anda como mi felpudo!».

Hidalgo se sonrió porque él tenía uno así en la puerta de su casa.

—Qué malo, Corso —se burló Juan, ansioso por meter baza de nuevo—. Y el ministro de energía de Japón, ¿cómo se llama?

A Juan le encantaban ese tipo de chistes y no paraba de repetirlos. Los cuatro respondimos a la vez:

—¡Usekeroseno! —y nos reímos.

—Vaya listillos —respondió sacándonos la lengua.

—«Cariño, dime una palabra con AMOR» —intervino Toni, poniendo voz de chica para, a continuación, responder con timbre de machote conductor de camión—. «Vale, cielo, AMORTiguador».

Todos nos reímos a carcajada limpia.

—Muy bueno, me lo apunto —aplaudió Juan—. Venga, Hidalgo...

—No sé ningún chiste.

—Mentiroso.

Miré a Hidalgo y le hice un gesto para que entrase en el juego.

—Bien, vale... Ahí va. Era una mujer tan fea, tan fea, tan fea que tuvo un accidente de coche... y quedó mejor.

Las risas debían oírse desde el otro lado de Salera, más bien, digo, desde el

otro lado de la bahía. Tardamos un buen rato en recuperarnos. No hay mejor medicina que la risa.

—Hidalgo, la que estaba guapísima hoy era tu hermana —soltó Juan, metiendo la pata.

—Sí que lo estaba —respondió él sin darle más importancia al asunto.

—Oye, habíamos quedado que de las chicas de la pandilla no hablaríamos nunca, como si fueran hermanas —protestó Toni.

—Sí, ya veo que Marián es como una hermana para ti —se mofó Marcos, besándose a sí mismo la mano y soltando un sonoro «mua».

—Bueno, ya me entendéis.

—Que sí, Toni, que tienes razón —respondió Marcos ya en serio.

—Lo siento, no quería ofender y menos a Rosa —se disculpó Juan.

—No te preocupes, Juan, borrón y cuenta nueva —lo tranquilizó Hidalgo.

A mí siempre me admiraba la mano izquierda que tenía Hidalgo con Juan y sus pensamientos acelerados. Estaba claro que le tenía un cariño especial, mezcla de amistad, de pena por su orfandad y de ganas de protegerlo de sí mismo y de su carácter aventado. Volvimos a pasar un rato en silencio y sacamos otro par de cabrillas y un pancho.

—Estoy haciendo una lista con los nombres de los peces —anunció Marcos.

—No te entiendo —le respondió Toni.

—Empecé el verano pasado. Voy a los pescadores de fuera, a los turistas y les pregunto que cómo llaman ellos a tal o cual pez en el pueblo de donde vienen y escribo en una libreta los nombres que me dicen.

—Qué interesante —aquello acababa de captar la atención de Hidalgo.

—Además, así voy viendo cuál es el que más pesca la gente.

—¿Y cuál es? —pregunté.

—No sé.

—¿No te acuerdas?

—Sí que me acuerdo. El nombre que más repiten es el «no sé».

—Capullo.

—Tú más —replicó muerto de risa.

—Bueno, ¿y a qué conclusiones has llegado? —nos cortó Hidalgo.

—Ahora os digo... me traje la libreta por si había algún veraneante por aquí —respondió Marcos, dejando por un momento la lata del enguade sobre la roca—. A ver si conocéis los nombres. Por ejemplo, a la maragota la llaman durdo, pinto y mandiata.

—Pero ¿quién la llama así? ¿De dónde? —insistió Hidalgo.

—¡Mierda!, eso no lo anoté —se lamentó Marcos.

—¡Alguien tiene tarea nueva para este verano! —provocó Juan.

—Es que lo interesante sería también eso, Marcos —explicó Hidalgo.

—No lo dudes... en estos meses lo resuelvo. ¿Sigo?

—Venga —lo animé.

Roballiza, róballo y lubina. Doncella, budión y julia. Mujil, lisa y muil. Cabra, cabrilla y serriano. Tal era la emoción que experimentaba Marcos compartiendo sus hallazgos que dio un traspié y estuvo a punto de caerse al mar. Y entonces sucedió. Con su pierna golpeó la lata del enguade y esta se precipitó al agua. Todos la vimos flotar aliviados y sonreímos. Sería fácil recuperarla. Pero el suave oleaje de la tarde rompiendo contra las rocas comenzó a verter agua a través de la boca del envase hasta llenarlo, haciendo que se hundiera al fondo.

—Don Claudio nos va a matar —se lamentó Hidalgo.

No dio tiempo para decir más. Muy propio de él, y en un acto puramente instintivo, Juan se quitó la camiseta y los playeros. Todos al observarlo comenzamos a gritarle: «¡Nooo!, ¡nooo!». Pero era como si no nos oyera. En un santiamén se tiró de cabeza con la habilidad que solo tiene un niño de pueblo marinero, es decir, sin apenas desplazar agua, como si el Principio de Arquímedes fuera pura mentira. En diez segundos estaba otra vez en la superficie con la lata en la mano. Solo había un problema. Se había lanzado al campo de pesca y eso significaba más de veinte anzuelos y su correspondiente sedal.

—¡No te muevas! —ordenó Hidalgo—. Y los demás recoged el hilo con suavidad, a ver si no se ha enganchado.

Pero lo había hecho. Al menos tenía clavados cuatro anzuelos. Marcos y yo retiramos las cañas que no estaban implicadas y, una vez despejado relativamente todo, Toni se lanzó al agua con mi navaja suiza en la mano. Habilidadosamente nadó en torno a Juan e incluso buceó y fue cortando el sedal lo más al ras posible sin tirar de los anzuelos. Luego ayudó a Juan a llegar a la orilla.

—¡Menudo pescado hemos capturado! —se burló Hidalgo.

Todos nos reímos. Juan fue el último en hacerlo y el primero en parar, pues tenía un anzuelo dolorosamente clavado en la mejilla por el que sangraba en

abundancia.

—Pareces un *ecce homo* —rio Marcos.

—Marcos, te voy a matar —gruñó Juan.

—Pero si fue un accidente...

—Marcos tiene razón —salí a mediar sin darles tiempo a más discusión—. Él la cagó, pero solo a ti se te ocurre lanzarte en medio de las cañas.

—Vale, vale —aceptó Juan—. Venga, a ver qué hacemos, que duele un montón.

—De entrada, estate quieto —lo riñó Hidalgo, que ya había conseguido quitarle tres anzuelos.

—Manos de farmacéutico —rio Marcos.

—Marcos, deja de hacer chistes o te vas al agua a por la lata —lo amenazó Hidalgo.

—Ya no hace falta —replicó Marcos, apuntando con la cabeza en dirección a la orilla.

Toni estaba de regreso de rescatar la lata de don Claudio.

—Ya que estaba mojado... —se explicó.

—Hay que ir al consultorio. El anzuelo de la cara te ha traspasado la mejilla y tendrá que vértelo don Severo —dijo Hidalgo.

—¿Y si probamos a tirar?

—Imposible, parece mentira, Juan —lo reñí—. Hay que cortar la cabeza y sacar el anzuelo hacia atrás.

—Vale, vale, es que estoy un poco nervioso.

—Menos mal que no andábamos al bonito, que menudos anzuelos... —comenzó a decir Marcos, pero se cortó al ver mi mirada seria.

—Marcos, para —le pedí.

—Lo siento.

Cuando Marcos se ponía nervioso solo era capaz de relajarse diciendo bobadas a destiempo, que él interpretaba como chistes y que, fríamente, tenían su gracia. Pero en aquel momento no estábamos para bromas.

—Bueno, chicos, recojamos —ordenó Hidalgo—. El día de pesca se ha terminado.

—¿Te llevo a caballito? —preguntó Marcos.

—Pues va a ser que sí —aceptó Juan—. Pero te advierto que peso.

—Sí, la mitad que yo.

Una vez solucionado todo, y tras despedirme de mis amigos, me fui al portal de Elvi a esperar que bajaran Pepa, Ana y Roni para tomar juntos el camino agrícola rumbo a la Finca.

Luego llegó la noche y con ella el momento de encender las hogueras.

En el pueblo hacían tres. En la capilla de San Juan, camino del faro, en la playa, cerca de donde habíamos estado aquella mañana, y en la explanada del puerto. Cada año elegíamos una a donde ir y ese nos tocaba la capilla. Íbamos a estar todos menos Pepa. Hasta Carmen se uniría al grupo, pues a sus padres les encantaba el ambiente de Salera en aquella noche.

Todo estudiante de secundaria conoce el concepto de piedra clave. Aquella situada en el centro de un arco de media punta, imprescindible para mantener la forma del arco y que no se desmorone. Todo estudiante de Arquitectura sabe que eso es mentira, pues si quitases otra piedra del arco, este también se caería irremediablemente. Así éramos los Once. Posiblemente, Hidalgo y Elvi hicieran de aparente piedra clave de nuestro arco, pero la ausencia de cualquiera de nosotros hacía que la pandilla fuera menos pandilla. Lo habíamos sentido por la mañana en la playa cuando nos faltó Carmen, por la tarde pescando sin José Manuel y en la hoguera porque Pepa no estaría. Al fin y al cabo esto es, o eso creo yo, la auténtica amistad grupal. Imposible no añorar a los ausentes en aquella noche tan especial. Aunque fuéramos a verlos al día siguiente.

Seguramente, la tradición del fuego en mi tierra —asociada a San Juan— hunda sus raíces en ritos paganos solsticiales muy primitivos relacionados con los procesos de transformación, de cambio, de purificación. Tan antiguos que los salerinos los llevábamos grabados en los genes. Y nos echábamos a la calle. Y prendíamos hogueras. Y danzábamos a su alrededor cogidos de la mano. Todo en una ceremonia que en 1980 aún mantenía su esencia, sin jaranas ni carpas para prolongar juerga alguna que desvirtuara lo vivido. Luego, según el fuego se iba consumiendo, volvíamos a casa a paso tranquilo, sin prisas. Aunque en aquel momento no pensara en esas cosas, ahora me gusta imaginarme que, después de la ancestral manifestación colectiva, y tras regresar al hogar con el espíritu purificado, los niños dormirían plácidamente en sus camas, las parejas harían el amor con delicadeza y los ancianos, abrazados, se dirían cosas dulces al oído. A la mañana siguiente el cura bendeciría las aguas de la bahía intentando protegernos a todos de las amenazas del mar. Y el pueblo, mi pueblo, se enfrentaría al cotidiano y duro

día a día con ánimos renovados y persuadido de su capacidad para construir un futuro mejor.

7. Un corazón un poco roto

Jueves, 3 de julio

(Pepa)

Estuve muerta diez minutos. Bueno, sé que eso no es del todo exacto porque si se está muerto se está, y punto, pero es una expresión que utilicé tantas veces en mi vida —y era tan fácil de entender por todos— que puede servir para comenzar a explicar lo que me pasó. Había ocurrido en el verano del año anterior, 1979, en concreto el 3 de julio, cuando estábamos pasando las vacaciones en Torrentera. Y, por una coincidencia, justo un año después teníamos cita de revisión en el Hospital General de Villamarina.

Salimos temprano de la Finca —mamá, papá y yo—, como a las ocho de la mañana. Anita se quedó en casa al cuidado de doña Berta.

—Pepa, no tardes —me despidió la pequeña sentada en su cama.

—¿No estarás preocupada, eh, princesa?

—Un poco —susurró.

Aquellas confesiones de amor de mi hermana me conmovían hasta los tuétanos porque entendía a las claras que también sufría. Así que traté de mostrarme lo más animada posible, a pesar de mis propios miedos.

—¡Si estoy bien! —le dije—. ¿No me ves todos los días jugando, saltando y corriendo? Voy a estar en casa para la hora de comer.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Yo también vivía con angustia cada visita al hospital. Me resultaba imposible evitar que el pulso y la respiración se acelerasen según me acercaba a Villamarina. Y eso que era la paciente mimada del Servicio de Cardiología. Todos me conocían. Auxiliares, enfermeras, residentes,

especialistas. «Hola, Pepa». «¿Qué tal, María José?». «¿Todo bien, guapa?». Aquella familiaridad me hacía sentir la mar de bien, pero en nada reducía mi ansiedad ni el deseo de que todo acabase de una vez para regresar a casa. Quienes me caían genial eran el doctor Granda y la enfermera Andrea. Entre revisión y revisión ella nos llamaba por teléfono para saber si había novedades y les hacía a mis padres varias preguntas que tenía claramente protocolizadas. Luego, si yo andaba por casa, pedía que me pusiera y me soltaba un par de bromas. El doctor Granda tendría como unos cuarenta y cinco años, es decir, en aquel momento me parecía muy mayor y siempre era amable y chistoso conmigo. Lo mejor de todo era cuando se dirigía a mí al final de cada consulta y me decía: «Pepa, todo está bien. Nos vemos dentro de tres meses». Aquellas palabras también eran un alivio para mis padres y yo las interpretaba como una verdad absoluta. Una garantía de que durante ese tiempo no me iba a pasar nada malo.

La visita fue más bien anodina. Andrea me hizo un electrocardiograma, me tomó la tensión y me preguntó por las medicinas que tomaba. Después llegó el turno del doctor Granda.

—¿Qué? ¿Exploramos esa patata? —se refería a mi corazón, una broma que manteníamos los dos, pues, cuando lo conocí, yo misma le había dicho que el mío era «como una patata pocha».

—Vale —asentí.

—¡Hum...! ¡Hum...! ¡Hum...! —iba diciendo mientras me auscultaba.

Cuando terminó se colgó el fonendoscopio del cuello y se me quedó mirando en silencio.

—¿Todo bien, doctor? —preguntó mi madre, inquieta.

—Sí, sin duda —el doctor Granda miró a mis padres durante un instante y los tranquilizó—. Todo perfecto.

—Qué alivio —susurró mamá.

—Pepa, creo que hay algo que no me estás contando —me dijo con la máxima seriedad—, porque, si no, no se explica que estés tan bien y en vez de patata haya un corazón fuerte y alegre...

—No sé... —le respondí, insegura de a qué se refería.

—A ver, déjame ver... —y diciendo esto volvió a auscultarme. Observé que miraba con complicidad a Andrea—. Vaya, vaya... sí, sí, eso es...

Enamorada... Eso es lo que oigo... Pero no acierto a entender el nombre que me susurra...

Me puse colorada y, tonta de mí, lo solté casi sin darme cuenta.

—Corso —mi voz sonó como un suspiro.

—¡Eso! ¡Corso! Pues tendrá que ser muy bueno para merecerse a una chica como tú. Ya quisiera yo...

Vi cómo mis padres se sonreían y se cogían de la mano. El doctor Granda acababa de rematar un trabajo fantástico. Podría haber sido serio y estirado, pero aquella empatía me hacía más bien que todos los diltiazemes, aldactones y adiros del mundo.

Tras salir del hospital nos fuimos a tomar un pastel y un refresco a una confitería. Luego, de regreso a casa, contenta por cómo había salido todo, me quedé adormilada en el asiento de atrás, pero me desperté sobresaltada cuando apenas quedaban un par de kilómetros para llegar. Acababa de tener un sueño muy extraño en el que yo miraba al fondo de un pozo desde donde ascendía la voz de una niña pequeña que parecía estar jugando. Una voz que de pronto se transformaba en el ladrido lastimero de un perro. Una pesadilla sin sentido que me negué a procesar por incoherente, pero que me dejó con muy mal cuerpo durante un buen rato.

Anita nos esperaba a la puerta de la Finca, así que papá detuvo el coche y ella se subió atrás conmigo, abrazándome y llenándome de besos. Debía de llevar allí toda la mañana. Después de comer, le dije a mamá que quería acostarme. «Lógico, cariño, ha sido un día muy largo». Pero no me dormí. No conseguí hacerlo. En parte turbada por aquel mal sueño. Para intentar quitármelo de la cabeza me puse a recordar lo que sabía de mi enfermedad y las circunstancias del día en que me puse mala.

Los médicos dijeron que había sufrido un infarto múltiple. Tuve la fortuna de llegar al hospital con vida, pero una vez allí, en un box de urgencias, mi agotado corazón decidió dejar de latir. Durante diez minutos trataron de reanimarme y la suerte, supongo que la pericia de quienes me atendieron también tuvo que ver, pero especialmente la suerte, hizo que mi corazón volviera a bombear. Estuve ingresada seis días en cuidados intensivos y otros nueve en una planta de Cardiología. Y me hicieron todo tipo de pruebas, tratando de encontrar algo que justificase lo que me había pasado, con resultados negativos. Nada que explicase por qué había tenido un infarto múltiple, es decir, por qué en varios puntos mi corazón había dejado de

oxigenarse y había muerto. Tras muchos debates, dimes y diretes, idas y vueltas, me diagnosticaron una enfermedad que se llama angina de Prinzmetal, en la que las arterias coronarias que nutren y oxigenan el corazón hacen espasmos funcionales, vasoespasmo lo llaman, sin motivo aparente. Se trataba de algo muy raro, excepcional en niños. De hecho, muchos negaban y aún niegan que eso pueda ocurrir a esa edad. La explicación que dieron los cardiólogos de Valdezora —los del norte tampoco la contradijeron— es que, como ya era una adolescente en pleno desarrollo, podría tener un comportamiento cardíaco más de adulto que infantil. Y ante la falta de alternativas diagnósticas me quedé con esa etiqueta para tranquilidad de los médicos —que les gusta mucho eso de tenerlo todo atado y bien atado— y para sosiego de mis padres, que necesitaban una explicación a la que aferrarse.

La cuestión pendiente era averiguar la causa de los vasoespasmos. Por más que investigaron —que si habría tomado accidentalmente alguna medicina que estuviera a mi alcance, que si estrés, blablablá— no hubo forma de establecer el desencadenante, quedando sin respuesta lo más importante de mi caso: conocer el motivo para evitar que se repitiese. También el doctor Granda trató de encontrar algo que justificase aquello. Sus preguntas se orientaron a reconstruir lo que había sucedido el día que me había puesto mala y se interesó por la posibilidad de una intoxicación con productos veterinarios, pero mi padre le comentó que ya no teníamos cerdos en Torrentera y que ni siquiera conservábamos las naves, pues las había vendido unos meses antes. De mí no pudo sacar nada, pues aquello estaba borrado de mi memoria. El doctor Granda me explicó que el dolor por un infarto era tan grande que muchas veces el cerebro se negaba a revivir la situación. La que recordaba mejor lo sucedido era mi madre...

En este punto de mis reflexiones no pude evitar sobresaltarme y experimenté de nuevo la desagradable sensación que había vivido mientras dormitaba en el coche de regreso a casa. Aquel día en blanco me intrigaba. Necesitaba reconstruir lo sucedido hacía un año, aunque fuera con los recuerdos prestados de mamá, convencida de que, a fuerza de darle vueltas, sería capaz de recuperar los míos. Traté de reproducir su relato intentando poner algo de distancia emocional e inicialmente lo conseguí.

Era nuestro tercer día en Torrentera. Papá seguía en Salera ultimando cosas de la porcinería, aunque tenía pensado reunirse con nosotras esa misma tarde. Mamá, Anita y yo nos habíamos quedado en casa de mis abuelos, pues la nuestra la habían alquilado durante todo el verano a un matrimonio de Valdezora. Mi madre estaba en la cocina preparando el desayuno y llevaba un rato oyendo ruidos en el fondo del pasillo donde teníamos las habitaciones. De pronto escuchó un grito y salió corriendo hacia allí. Cuando llegó al cuarto de baño me encontró tirada en el suelo, inconsciente, y a mi tío Dimas, que estaba tratando de reanimarme. «No respira», le había dicho él, mientras alternaba el masaje cardíaco con el boca a boca. Recuerdo que el doctor Granda comentó algo así como que quien me había salvado la vida de verdad había sido mi tío, y que sin él habría muerto allí mismo. En un determinado momento parece que volví a respirar y todo se sucedió muy deprisa. Mamá acertó a llamar por teléfono a la ambulancia y luego a mi padre. Después, ya en urgencias, entré en parada cardiorrespiratoria y mi vida estuvo pendiente de un hilo.

En ese punto de mis pensamientos me di cuenta de que mi corazón latía a mil por hora y que respiraba muy agitada. Traté de poner la mente en blanco y calmarme, cosa que conseguí a duras penas gracias a los ejercicios de relajación que me había enseñado Andrea. Aunque aquellos eran los recuerdos de mamá, me resultaba imposible evitar convertirlos en míos y en consecuencia, según me adentraba en ellos, la ansiedad y el vértigo por lo sucedido me vencían. Ya más tranquila decidí bajar y buscar a Anita para dar un paseo por la Finca. No tenía ganas de ir hasta Salera ni de hablar con Elvi ni con Corso. Solo quería estar en casa y abrazar mucho a mi princesa. Pensar en el infarto parecía haberme hecho más mal que bien, pero no había sido yo la que lo había provocado, sino aquella pesadilla en el automóvil que me había impulsado a recapitular. Aquel 3 de julio de 1980 se convirtió, sin esperarlo, en un día importante en mi vida, pues marcó un antes y un después. No por la visita al hospital, que había sido bastante aburrida, salvo porque el doctor Granda me sonsacó de mala manera acerca de mis amores por Corso, sino porque mi cabeza ya no dejó de bullir y me marqué un objetivo: saber todo sobre las circunstancias que habían rodeado mi infarto. Y no cejé en el empeño hasta averiguarlo.

Y ¿cómo afrontaron los demás —la familia, el colegio, los amigos— mi enfermedad? Como pudieron. Miedo, luto, adaptación. En esto todos fuimos

unos supervivientes tratando de superar esas etapas por las que pasamos los humanos cuando alguien al que se quiere experimenta un suceso extraordinario, como era mi grave enfermedad. Mis padres fueron un apoyo fundamental. No obstante, algunas cosas cambiaron. Buscaban que yo estuviera acompañada en todo momento. Si tenían que ausentarse, siempre venía doña Berta a cuidarnos. Por eso veían tan bien que Corso se hubiera convertido en mi «novio», pues no me dejaba ni a sol ni a sombra. Llevaban peor mis noches en casa de Elvi y tuve que emplearme a fondo para que siguieran dándome permiso. Las que se redujeron llamativamente fueron las estancias en Torrentera. En Navidad y en Semana Santa estuvimos los días imprescindibles, no fuimos a las fiestas de la Virgen del Consuelo en mayo y aquel verano nos quedábamos en Salera.

El colegio adoptó una actitud protectora. Don Ernesto hizo un informe que me eximió de la gimnasia y mi sensación era que todos los maestros, con tacto y disimulo, tenían siempre un ojo puesto en mí.

Al principio, mis amigos no sabían muy bien cómo actuar. Excepto Elvi, que en aquello parecía más meseteña que yo, franca, directa, sin ambages, marcándome de cerca, preguntándome si me había tomado la medicación, si tenía dolores o lo que se terciara. Pero todos acabaron asumiendo que lo mejor era tratarme normal. Hasta Juan se hizo una colección de chistes sobre gente con infartos que me contaba en cuanto descubría uno nuevo, a pesar de que todos lo reñían por eso. Los Once aprendieron maniobras básicas de reanimación, a cómo tumbarme en el suelo en la posición de seguridad, a que no me tragara la lengua y a ponerme la nitro en la boca.

Aquel primer año de enfermedad fui la persona más cuidada de Salera, no me cabe duda, y aprendí a convivir con el miedo de que pudiera volver a pasarme. Todos aprendimos a hacerlo.

8. El cerdito nadador

Viernes, 11 de julio

(Corso)

Nos habíamos visto en los bancos de piedra como era habitual. Las chicas llegaron cargadas con todos los pertrechos de una mañana de playa, pero nosotros habíamos decidido no acompañarlas. Preferíamos bajar al puerto a ver a los feriantes que estaban montando las atracciones para la Semana Grande que comenzaba en un par de días. Los varones de la pandilla éramos así. Enseguida nos cansábamos de todo y, sin que hubiese pasado un mes desde la conquista del islote del Cormorán, ya estábamos un poco aburridos del plan matinal.

—Nosotros nos vamos al muelle a pasar la mañana —les dije.

—¿A pescar? —preguntó Rosa, por educación.

—No, a contar gaviotas —le espetó Hidalgo.

—Imbécil —contraatacó Rosa haciéndole muecas con la cara—, no estaba hablando contigo.

—Ah ¿no? Entonces ¿con quién?

Aquello parecía la continuación de una pelea entre hermanos que venía desde casa.

—Que reine la paz entre la gente menuda —medió Elvi con una de sus frases preferidas—. Vale, chicos, entonces, ¿quedamos a las cuatro para ir a ver a Pepa?

Todos asentimos. Pepa llevaba varios días mala de la tripa y sin aparecer por el pueblo. Tras despedirnos de las chicas, bajamos al puerto, pero había muy poco movimiento, así que decidimos quitarnos las camisetas y tumbarnos en el espaldón del muelle norte a tomar el sol. Me quedé adormilado hasta que

noté que alguien me hacía sombra. Ni siquiera miré. Supuse que sería alguno de los corpulentos de la pandilla.

—Marcos, José Manuel, apartad...

—Te equivocas —me corrigió una voz que reconocí de inmediato.

¡Nacho Cascabeles!, el gigantón de COU que nos la tenía jurada desde lo del islote y nuestros fuegos artificiales. Abrí los ojos. Se había situado con una pierna a cada lado de mi cintura imposibilitando mis movimientos. Miré alrededor y vi que Hidalgo, Juan, José Manuel, Toni y Marcos estaban igual, controlados por chicos de la pandilla de Nacho. No había otra opción que hacerse el loco.

—Hola, Nacho, ¿qué tal?

—Hola, Corso, tú me dirás...

—Ya ves, aquí pasando la mañana al sol y supervisando a los feriantes —le respondí poniendo una mano en la frente para verlo mejor y tratando de mostrarme tranquilo. Ya me veía en el agua o algo peor.

—¡Qué cabronazos!

—No te entiendo.

—Lo sabemos todo, Corso. Tardamos, pero ahora ya sabemos que cruzasteis tú, Marcos y esa chiquita de Castrovás.

—Carmen —se le escapó a Marcos, que definitivamente acababa de delatar nuestra hazaña.

—Carmen, sí, Carmen, la hija del sargento —entonces Nacho puso un pie sobre mi pecho, sin apenas hacer presión.

—No te pases, Nacho —le recomendó José Manuel tumbado y relajado.

—Vale, vale —aceptó Cascabeles retirando el pie. Sin duda José Manuel y su uno ochenta de altura les infundían respeto—. Esto tenéis que pagarlo. Lo sabéis. Toda la vida esperando a estar en COU para armarla y unos niñatos de mierda vais y nos fastidiáis el plan.

—Pero vosotros también fuisteis al islote —alegué.

—Sí, pero no es lo mismo. Y llevamos un mes pensando qué hacer con vosotros.

—Pero, ¿cómo lo supisteis?

—¿En Salera? ¿Bromeas? Más pronto o más tarde estas cosas se saben.

—Y ¿qué queréis?

—El día de la fiesta de la Virgen. Aquí en el muelle a las siete de la mañana. Vosotros seis. A las chicas las dejamos en paz. Pero no se os ocurra faltar a ninguno.

—¿Y el plan?

—Lo sabréis ese día. O venís o pasaréis el peor verano de vuestras vidas. ¿Está claro?

Miré a mis amigos y respondí por todos.

—Cristalino.

—Chicos, nos vamos, decid adiós a estos payasos.

Lo tenían ensayado porque al unísono recibimos un puntapié. Luego los vimos alejarse camino de la explanada.

—Menuda la que nos van a armar —presintió Marcos.

—Lo esperábamos, ¿no? —aseveró Hidalgo—. Como somos unos bocazas seguro que hemos acabado diciéndolo por todos los sitios.

—Yo no —se defendió Toni.

—Vale, Toni, tú no, los demás sí —Hidalgo no quería peleas adicionales.

—A mí se me escapó una vez en el Hogar del Pensionista —confesó Juan sin los reparos que mostrábamos los demás.

—Tranquilos, seguro que será divertido —trató de animarnos José Manuel—. Estoy convencido de que nos darán un buen chapuzón y listo.

—Eso espero —respondí.

Volvimos a tumbarnos otro rato, pero la excitación por el momento vivido pudo rápido con Juan. Al final todos nos levantamos y, en silencio, salimos del puerto y nos adentramos en el pueblo. Luego, cada uno se marchó a su casa a comer.

Sobre las cuatro nos reunimos con las chicas y fuimos a ver a Pepa. Al llegar tuvimos la sorpresa de que Carmen también había ido a visitarla. Nos las encontramos en bañador, en la parte posterior de la casa. Hubo besos y abrazos y al poco estábamos todos en traje de baño y participando en varias conversaciones a la vez. Yo al lado de Pepa.

—¿Ya estás bien?

—Sí, pero un poco floja. Ando rara todo el verano, pero esta vez fue una diarrea que me pegó Anita.

—¿Y ella?

—La muy bruja está como unas castañuelas desde hace varios días. Papá tuvo que hincharle la piscina porque no paraba de marear con eso de ir a

bañarse —entonces Pepa se dirigió a la pandilla—. Chicos, chicas, no deis muchas voces que mamá está descansando.

Todos se callaron y hubo varias peticiones de excusas. Pepa se rio.

—Tampoco se trata de que no habléis, pero controlad el volumen.

—José Manuel, ¿vas a participar en la cucaña de este año? —preguntó Carmen.

—Supongo que sí.

—El año pasado estuviste cerca de conseguirlo.

—Creo que estuve más cerca de romperme un par de costillas que del ramo

—José Manuel se rio—. Tuve un moratón tres semanas.

Para participar en la cucaña había que ser muy valiente. Yo nunca me atreví. Nuestros fijos eran José Manuel y Juan, cómo no. El palo engrasado, como de unos diez metros de largo, se colocaba horizontalmente suspendido sobre la pleamar en el muelle sur y los participantes iban intentando por turnos alcanzar el extremo final donde se había enganchado una rama de laurel. El ganador recibía un trofeo, algo de dinero y el reconocimiento de todos por su habilidad. Nuestros amigos nunca habían ganado. Solían hacerlo chavales mayores, ya experimentados.

—Este año igual me lo pienso yo —anticipó Toni.

—Oye, tú no te rompas la crisma, que tienes que durarme un montón —rio Marián burlona, dándole un codazo.

—Yo voy a intentar coger el lechón —anunció Hidalgo, que era el mejor nadador de todos.

—No fastidies —Marcos se le quedó mirando, incrédulo.

—He ensayado con una boya de corcho cubierta de grasa y creo que ya sé el truco.

La caza del lechón llevaba tres años haciéndose, desde que el padre de Pepa había llegado a Salera, pues era él quien lo donaba. Antes solo se soltaban patos. Los nadadores se tiraban desde una barca y nadaban en pos de los pobres y asustados animales. Para complicar las cosas, el cerdito se embadurnaba de grasa. Una salvajada hoy en día. Ganaba el que conseguía volver con el animal vivo hasta la barca, aunque el premio en realidad consistía en la crianza y engorde del cerdo durante siete meses en la porcinería. Luego era sacrificado y la carne se entregaba al ganador.

—Los mayores te van a machacar nadando —advirtió Toni.

—Ya, pero lo importante no es llegar al cerdo, ni cogerlo, sino mantenerlo agarrado —le rebatió Hidalgo sonriente, como si hubiera descubierto el secreto para hacerlo.

—¿Sabéis lo que os digo? —nos espetó Elvi a todos—, que estáis chiflados. A los chicos os ponen delante la palabra «competición» y os apuntáis de cabeza.

—Eso pienso yo —apoyó Rosa.

—Y yo, y yo, yo también —las cinco estaban de acuerdo.

Pasamos un rato en silencio. Roni deambulaba cuan alma en pena entre nosotros, buscando caricias que todos le dábamos pero que no parecían bastarle.

—Pepa, ¿cuántos cerdos hay en la granja? —se interesó Juan tumbado sobre la hierba.

—No sé. Unos cinco mil.

—¡Qué bestialidad! —dijo José Manuel.

—Qué *cerdalidad*, querrás decir —corrigió Marcos.

—¿Y lechones como el que regala tu padre para la carrera? —Juan seguía a lo suyo sin prestar atención al chiste de Marcos. Estaba maquinando algo en su locomotora cerebral.

—Ni idea... ¿varios cientos?

—¿A dónde quieres ir a parar, Juan? —le pregunté.

—¿Tú crees que si falta uno lo notará? —insistió, ajeno a mi pregunta.

—Por supuesto. Si no él, los capataces —le respondió Pepa—. ¿Por?

—Estaba pensando en coger uno prestado y que ensayáramos en la playa, ¿verdad, Hidalgo?

—No estaría mal, pero parece difícil...

—Venga, Pepa, luego lo devolveríamos —apoyé yo.

Pepa me miró e hizo un mohín con la cara, negando con la cabeza.

—No sé. Puedo meterme en un lío de los gordos.

—¿Y si tú no te enteras? —insinuó Juan.

—Eso. Os digo dónde están, cuál podéis coger y resulta que no me entero. Porque supongo que no sabríais elegir uno, ¿verdad?

—Pues no, la verdad... —respondió Hidalgo—. Pero si le pasara algo, lo pagaría...

—¿Y por qué no te lo compras directamente? —le increpó su hermana, que definitivamente le tenía la guerra declarada.

—Ya estás tú. Pues porque así el ensayo puede salirme gratis. Y, además, ¿qué hago luego con un cerdo pequeño, eh?

—De mascota... —rio Carmen.

Volvió el silencio al grupo, solo interrumpido por el chapoteo de Ana en la piscina y las carreras y los jadeos de Roni a nuestro alrededor. Pasamos así quince o veinte minutos.

—¿Este podría valer? —preguntó Juan.

Todos levantamos la cabeza. Atónitos comprobamos que traía en sus brazos un cerdo. Un hermoso ejemplar de raza landrace, blanco y sonrosadito que iría camino de los dos meses. El infeliz apenas se movía.

—¡Cerdito! —gritó Ana saliendo del agua y corriendo a acariciarlo.

—¿Bromeas? —dijo Pepa.

—Así no tendrás la culpa. Acabo de tomarlo prestado yo —se justificó Juan.

—Mi padre me va a matar, devuélvelo ya —lo riñó.

—Juan, obedece —le ordené, aliándome con Pepa, que se había puesto lívida.

—Juan, ¿no oyes a Pepa y a Corso? —le gritó Elvi.

Pero él ya estaba escabulléndose por el sendero rumbo a las bicicletas. Hidalgo se levantó de un salto.

—Venga, será divertido. En una hora estamos de vuelta —y se fue detrás de Juan que ya sujetaba al asustado lechón en la cesta de su bici.

Salimos detrás de los fugitivos en nuestras bicicletas, llevando a Pepa, Ana y Carmen de paquetes. Ana con José Manuel, pues era de quien más se fiaba Pepa. Llegamos al paseo de la playa justo para ver a Juan e Hidalgo subirse, ante la mirada atónita de los bañistas, a uno de los botes de uso común. Como a unos cien metros de la orilla Juan soltó al animal que, asustadísimo, gruñendo y chillando, comenzó a darle a las patas alejándose cada vez más. Hidalgo le dio un poco de margen y luego se lanzó a por él.

—Pepa, ¿el cerdito sabe nadar? —preguntó Ana.

—Sí, princesa. Aprenden al instante.

—Pero se va.

—Sí, lo sé.

Al poco Hidalgo y el lechón no eran más que un punto en medio del mar. Luego, los perdimos de vista.

—Anita, no puedes contar lo del cerdito ni a papá ni a mamá.

—Nada, Pepa.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Pues ¡hala! Baja con Elvi y Marián a la arena, que Corso y yo nos quedamos aquí cuidando de las bicis y de Roni.

—Vale.

—Cuando vuelvan voy a matarlos —estalló Pepa, una vez que Anita se alejó lo suficiente y no podía oírnos.

—Se lo merecen... —traté de calmarla—. Aunque no negarás que un poco divertido sí que es.

—Sí... si yo no fuera Pepa ni mi padre el dueño de ese cerdo.

—Lo siento. Tienes razón. Mira, parece que regresan.

Poco a poco el puntito que era Hidalgo fue agrandándose. Luego lo vimos subir en el bote y remar mano a mano con Juan hasta llegar a la orilla. Ni rastro del pobre animal. Pepa ya no pudo más y comenzó a llorar. Todos fueron reuniéndose con nosotros en el paseo marítimo. Juan e Hidalgo detrás. Las chicas trataban de consolar a Pepa. Elvi la abrazó y yo subí a Anita a mis brazos.

—Pepa, lo siento, pero no pude alcanzarlo..., y de pronto llegó una merlucera, se cruzó entre el lechón y yo..., y ya no lo volví a ver —explicó Hidalgo con la voz entrecortada, aún fatigado del nado y del remo.

—Hidalgo, lo que has hecho no tiene nombre —lo riñó Elvi, interponiéndose entre él y Pepa, dejando a las claras que iba a ser su interlocutora.

—Pero no creí...

—Tú, el que debería dar más ejemplo, vas y te comportas como el más niño. Ni... Ni... Ni Roni haría una estupidez semejante —continuó Elvi.

Todos asistíamos en silencio a la discusión de los padres de la pandilla. Nunca había ocurrido algo así. Al menos no delante de nosotros.

—Fue Juan...

—¿En serio? ¿Vas a echarle la culpa a Juan? ¡Qué decepción!

Entonces vimos cómo las lágrimas acudían a los ojos de nuestro amigo. Fue la primera vez que lo vi llorar. Mientras, Juan, exhausto, se mantenía agachado con las manos apoyadas en las rodillas tratando de recuperar el aliento.

—Pepa, lo siento, de verdad —continuó Hidalgo—. Hablaré con tu padre y se lo pagaré.

—No, no... —acertó a decir Pepa.

—Pepa tiene razón —intervine—. Si su padre se lo toma a mal, la que va a sufrir las consecuencias será ella. No la dejarán ir al pueblo...

—Ni quedarse en mi casa —añadió Elvi furiosa.

Mientras discutíamos, Juan se acercó a Pepa y le estampó un beso en la mejilla.

—Pepa, perdóname, soy un tonto, un idiota, pero, por favor, no sigas llorando.

Ella lo retuvo cogiéndole la mano y, con la voz aún entrecortada, lo liberó de la agonía que estaba viviendo nuestro loco amigo.

—No pasa nada, Juan. Eres el mejor de todos nosotros con diferencia, impulsivo, pero el mejor —luego se dirigió al grupo—. Esto nunca ha ocurrido. No voy a decirlo en casa y vosotros no vais a pedir disculpas, ¿entendido?

Todos asentimos. La decisión estaba tomada.

Siempre recordaré la tarde en la que perdimos al cerdito nadador porque aprendimos unas cuantas lecciones. Aquellas lágrimas, cual fertilizante, ayudaron a Hidalgo a crecer como persona. Juan se propuso controlar mejor sus impulsos. Y la lección más importante: la máxima de que antes de hacer cualquier cosa debíamos sopesar el daño que se podía infligir a un amigo.

Al final, ni el padre de Pepa ni sus capataces descubrieron que faltaba una cría de cerdo, o al menos no lo hicieron ni ese día ni los siguientes. Lo que no contamos a las chicas, porque juramos mantenerlo en secreto, es que aquella tarde, y hasta que se hizo bien de noche, salimos con dos botes a buscar al cerdito en un intento desesperado por reparar el daño hecho, sin resultado. Supusimos que se habría ahogado y que reposaría en el fondo de la bahía.

Pepa, muy disgustada, decidió no bajar al pueblo los días siguientes. Yo sabía que la vería en la procesión marinera el día de la Virgen, pues mis padres habían invitado a los suyos a que nos acompañaran en la «Rosa de los Vientos». Lo que no sabíamos ninguno era en las circunstancias que iba a producirse aquel reencuentro.

9. Fiestas

Miércoles, 16 de julio

(Pepa)

La noche del 15 al 16 de julio dormí fatal. Llevaba cinco días sin volver al pueblo, desde la tarde en que Hidalgo y Juan perdieron el lechón. Y aunque hablaba a diario con Elvi por teléfono, no había vuelto a contactar con Corso. Sabía que él preguntaba a Elvi todos los días por mí, pero no se había atrevido a llamarme. Y no me extrañaba, pues me había despedido de todos con un «no quiero saber nada de nadie hasta que se me pase el cabreo». El caso es que al día siguiente de aquel asunto ya no estaba enfadada, si acaso solo con Hidalgo, pero perdonarlos tan rápido me pareció una mala estrategia. Era consciente de que estaba haciendo pagar a justos por pecadores y lo más contradictorio e inesperado era que castigándolos así, con mi silencio, a quien más mortificaba era a mí misma. Un lío, vamos. Lo cierto es que echaba de menos a la pandilla y debía arreglar aquello de inmediato. «Tengo que hacer las paces con todos hoy mismo», me dije al despertar y mi rostro se iluminó.

Esa mañana asistiríamos a los actos de celebración de la patrona de Salera, Nuestra Señora de la Bahía. Iba a ser mi primera procesión desde el mar, pues el padre de Corso había invitado a mi familia y todos estábamos ilusionados con la novedad. Con Anita me había echado unas cuantas risas la tarde anterior, cuando la pillé probándose sus antiguos manguitos hinchables. «Por si acaso». «Que no, cielo, que nunca se ha hundido un barco durante la procesión». «No sé, no sé». «Fíate de mí, ¿vale?». Aún no estaba segura de haberla convencido.

Me incorporé en la cama y comprobé que Ana seguía durmiendo. Sin sueño, me dediqué a una de mis aficiones preferidas: hacer listas mentales. En esa

ocasión la de las tareas de aquella mañana. Una retahíla que se fue llenando demasiado rápido para mi gusto, pero no quedaba otra. Abrir a las ocas. Comprobar que Roni tenía agua y galletas. Levantar y vestir a Ana. Desayunar. Felicitar a Carmen. Saludar especialmente a Corso. Hacer las paces con los Once. Muchas cosas como para no sentir un nudo en la tripa. Finalizada la lista, di un repaso visual a la habitación hasta que mis ojos se posaron en mi proyecto de jersey de lana a medio hacer, que me estaba supervisando Berta. Esos días de agonía adolescente había tratado de distraerme tejiendo, pues, cosa rara en mí, había perdido las ganas de leer. Quizás era que no me sentía con fuerzas para vivir las tragedias de nuevas heroínas —bastante tenía con las mías— y tricotar era una alternativa perfecta. «Vuelta del derecho, vuelta del revés, vuelta del derecho, vuelta del revés...». No tardé en convencerme de que no volvería a dormirme y opté por levantarme a desayunar.

Bajé las escaleras absorta en mis pensamientos y ajena a los sonidos de la casa, pero a mitad del tramo comencé a oír voces que venían de la cocina. Por el tono estaba claro que mis padres discutían. Continué hasta el pasillo tratando de no meter ruido y me senté en una de las sillas que flanqueaban el antiguo reloj de pie, sin atreverme a entrar. No me gustaba nada oírlos pelearse. Algo que, por otro lado, era poco frecuente.

—No lo entiendo, Jacinta.

—Pues es muy fácil. No quiero que venga a Salera.

—Sabes que siempre fui muy crítico con lo que hizo, pero creo que ya pagó suficiente castigo como para que lo excluyas.

—Él sabe de sobra que no lo quiero en mi vida, que no lo quiero aquí. Si no, ¿por qué te llamó a ti y no a mí?

—De acuerdo, pero ¿qué quieres? Me cuesta ser desagradable con él. Si me dice que viene a vernos no voy a decirle que eso tiene que hablarlo contigo, parecería que no tengo criterio propio.

—Es un manipulador —afirmó mi madre.

—No lo sé. Como siempre te niegas a hablar de lo que pasó entre vosotros dos, me encuentro desarmado —se quejó papá.

—Pues no estaría nada mal que ante la duda defendieras a tu mujer.

—¿Defenderte? Tú te bastas y te sobras para eso. Además, siempre me diste a entender que son cosillas de hermanos y creí que después de lo de Pepa lo que fuera que os hubiera pasado estaría olvidado.

—¿Lo de Pepa? —mi madre puso el grito en el cielo.

—Ya oíste al doctor Granda, si está viva es gracias a Dimas.

—El doctor Granda no sabe ni media, no conoce a mi hermano.

Se hizo el silencio y oí cómo mi madre comenzaba a llorar.

—Éramos felices... —susurró.

—Y lo podemos seguir siendo —mi padre había bajado el tono y tuve la sensación, aunque no los veía, de que la había abrazado—. Pepa está bien y no tiene por qué volver a enfermar.

—Tú no lo entiendes...

—¿De verdad no vas a intentar hacer las paces con él?

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Mi madre guardó silencio de nuevo y luego pareció dar con una respuesta que acabaría por convencer a mi padre.

—Imagínate que viene, que alguien lo reconoce y que empieza a extenderse el rumor de que el cuñado del dueño de la porcinería estuvo en la cárcel quince años por agredir a su novia, ¿tú no crees que eso afectaría al negocio?

—Jacinta, ¿de verdad crees que me voy a tragar que esto lo haces por la empresa?

—Olvídate de por qué lo hago, ¿estás dispuesto a arriesgarte?

—Vale, pero lo llamas tú y se lo dices.

—En cuanto volvamos de la procesión.

Esperé un rato a que retornaran los sonidos habituales de la cocina: movimiento de platos, la cafetera exprés subiendo, un par de bromas entre ellos. Solo en ese momento me decidí a entrar.

Acababa de descubrir algo realmente inquietante. ¡Dimas había estado en la cárcel por agredir a su novia! Por supuesto que sabía a la perfección lo de la duración de su condena, pero nunca se me había ocurrido preguntar el motivo. Tal vez a eso contribuía el hermetismo con el que se trataba el tema en casa, que no propiciaba indagar en el asunto. Y, por si esto fuera poco, resultaba que mamá evitaba a su hermano, no quería tratos con él. ¿Acaso habernos ido de Torrentera podría tener que ver con la llegada de Dimas al pueblo? Se me antojó absurdo. El caso es que yo no guardaba una mala impresión de él. Durante los meses que coincidimos, antes de irnos a vivir a Salera, me había parecido una persona bastante normal.

Tras la conversación de mis padres un extraño sentimiento se apoderó de mí. Y a pesar de lo que había dicho papá hacía unos minutos y de lo que nos había

contado el doctor Granda días atrás, no pude por menos que estar de acuerdo con mamá: mi tío, lejos. Quizás fuera el haberme encontrado de sopetón con la causa de su condena o, tal vez, el simple deseo de solidarizarme con mi madre que lo estaba pasando mal y que de seguro agradecería mi apoyo, aunque nunca me lo hubiese pedido. Pero mostrarme de acuerdo con mamá se transformó de forma inmediata en angustia, porque casi todos —mamá no— trataban a Dimas como un héroe por haberme reanimado, y en cambio yo se lo pagaba con desprecio. En medio de aquel torbellino mental traté de imaginar la causa por la que mi madre no lo quería en Salera. Enseguida pensé que entre los dos habría deudas pendientes de antes de la cárcel. «Hermanos mal avenidos», como se solía decir. Si fuera así, era evidente que ella no lo había perdonado. Y lo que les hubiera pasado tenía que ser muy gordo. Tanto que ni siquiera haberme salvado la vida daba como para alcanzar la absolución. Con estos pensamientos encajando en mi cabeza se me fue parte de la mañana. Luego, todos juntos, como una familia feliz, cogimos el 1500 y salimos rumbo a Salera.

Llegamos a la explanada del puerto justo para el comienzo de la misa de campaña. La Virgen, traída en procesión desde la iglesia, había bajado por la calle del Alba hasta el muelle escoltada por ocho infantes de Marina vestidos de gala, venidos de la Comandancia Marítima de Villamarina. El sol lucía espléndido, sin nubes en el horizonte, y hacía calor. Había muchísima gente congregada, pero nosotros teníamos la instrucción del padre de Corso de bordear el gentío e irnos directamente al barco.

—Cuánto nos alegra que hayáis podido venir. Y a nosotros estar —se saludaron los mayores.

También lo hicieron Gracia, la hermana pequeña de Corso, y Anita. Eran amigas y se idolatraban. De la misma edad, compartían pupitre en segundo de básica. No les correspondía por apellido, pero la maestra había tenido que dejarlas por imposible. Gracia se rio mucho al ver los manguitos de nadar de Ana, y enseguida quiso probárselos, acordando llevar uno cada una. Pero yo a quien trataba de localizar era a Corso. Lo echaba de menos, lo quería a mi lado, lo necesitaba. Pero ni rastro.

—Ese tonto anda desaparecido —me explicó Juana, la madre de Corso, dándose cuenta de mi inquietud al no verlo—. Salió temprano y dijo que iba a pescar con los amigos para estar aquí antes de la misa, pero ya ves.

A mí me extrañaba mucho que aquel día tan señalado, y sabiendo que nos

íbamos a reencontrar, hiciera planes de pesca. Y ni se me ocurría que fuera una venganza por haber estado cinco días sin hablarle. Él no era así.

—Corso le está haciendo mucho bien a nuestra Pepa —soltó mi madre de improviso.

—¡Mamá, que estoy aquí! Ni que fuera invisible —protesté.

—No te enfades, Pepa —medió Juana—. La verdad es que no hay conversación donde no te mencione. Que si Pepa esto, que si Pepa lo otro.

Las dos se rieron y yo me puse roja bermellón a juego con el casco del barco. Justo en ese momento se oyó por la megafonía la bendición de don Amado finiquitando la misa. Después la Virgen fue subida a «La Baluarte», la bonitera que encabezaría la comitiva de barcos. Y comenzó la procesión por el mar. Seguía preocupada por Corso y me daba rabia no estar compartiendo con él aquel momento. Tampoco me había encontrado con nadie más de la pandilla, pero en aquella locura de gente no me extrañaba en absoluto. Fue a la altura del islote del Cormorán cuando los vimos. El primero en avistarlos fue Sergio, el hermano de Corso, que entró a la carrera en la cabina de mando. De inmediato, don Anselmo se puso a observar el islote con sus prismáticos y luego, riéndose, se los pasó a papá. Intrigada traté por todos los medios de discernir qué era lo que les hacía tanta gracia. Cuando lo descubrí, nuestro barco ya era un puro revuelo, mezcla de incredulidad y risas.

Como a medio camino entre la orilla del islote y la cima había cinco chicos desnudos como Dios los trajo al mundo, cada uno con una letra o número de gran tamaño escrito en su espalda. «COU 80» rezaba el texto. Primero pensé que los chavales del último curso de instituto habían hecho eso para reivindicarse. Pero de inmediato me di cuenta de que se trataba de nuestros chicos y que aquella era la venganza de Nacho Cascabeles contra nuestra pandilla. Algo me había contado Elvi de que los había amenazado, ¿pero quién podía imaginarse eso? Y allí estaban Corso, Marcos, Toni, Hidalgo y José Manuel mirando hacia la cima y, por tanto, dándonos el culo. Unos culos blancos y resplandecientes que contrastaban con el tono moreno tizón del resto de la piel, típico de los chavales de un pueblo marinero. Todos menos uno. Toni estaba moreno de arriba abajo. Lo siento, no pude dejar de fijarme en él ni de preguntarme de qué forma habría conseguido aquel bronceado integral. Luego supimos que habían aceptado pasar aquella vergüenza para evitar que Nacho y los suyos se metieran con las chicas. Una fanfarronada más de aquel matón de COU, pues en realidad nunca se hubiera atrevido con nosotras.

Antes de que me diera cuenta, las dos patrulleras de la guardia costera que escoltaban la procesión se acercaron al islote. Varios agentes bajaron a tierra, cubrieron a los chicos con unas mantas y se los llevaron a las lanchas. Y entonces, del otro lado del islote, apareció Juan a la carrera. Más tarde supimos que en su espalda lucía un apóstrofo que completaba la frase «COU'80». Su aparición coincidió con el momento en el que la «Rosa de los Vientos» estaba más cerca, así que pude verlo muy bien. Iba con un calcetín puesto —Juan siempre usaba calcetines fuera invierno o verano— y otro colgado de la boca, y en sus brazos acarreaba un hermoso y sonrosado lechón. El cerdito perdido que había conseguido nadar más de tres kilómetros entre la playa y el islote y había sobrevivido allí cinco días.

El padre de Corso hizo virar el barco y lo puso al ralentí para recogerlos. Enseguida perdimos el sitio en el orden de la procesión, que continuó como si tal cosa, salvo por las sirenas, los cláxones y las bocinas que hacían sonar algunos al pasar a nuestro lado en homenaje a los chicos. Al subir a cubierta, los pasajeros de nuestro barco empezaron a aplaudirlos muertos de risa, ajenos a las circunstancias en las que se había producido todo aquello y creyendo que se trataba de una trastada directamente perpetrada por nuestra pandilla.

Nos reunimos todos delante de la cabina y mi padre y el de Corso salieron a recibirlos. Yo, que ya había explicado a nuestras madres lo que pasaba, fui dándoles un beso en la mejilla a todos y cada uno de ellos. «Bravo, chicos». Acabé con Juan, que no soltaba el cerdito y que, por lo tanto, estaba bien flanqueado por Anita y por Gracia que solo pensaban en tocarlo.

—Juan, ¿y ese cerdo? —preguntó mi padre divertido—. No sabía que en el islote los hubiera.

—Ahora se lo explico, don Jorge. Ver al gorrino aparecer a la carrera ha sido una de las mayores alegrías de mi vida —respondió Juan eufórico—. Me temo que es suyo.

—¿Mío? —mi padre me echó una mirada cómplice, pues yo le había contado hacía dos días lo ocurrido. Para mi sorpresa estuvo diez minutos riéndose.

—Sí, señor.

—Pues creo que ha nacido una relación de amistad inesperada, así que es un regalo para ti. Supongo que lo querrás...

Todos nos reímos.

Cuando la excitación dejó paso a la calma, y ya de regreso a Salera, fui al

rescate de Corso, que estaba contando con pelos y señales todo lo ocurrido a su hermano y a su padre.

—¿Qué tal estás?

—Con un poco de corte. Ahora todo el mundo conoce nuestros culos — respondió riéndose. Yo también lo hice.

—Esta vez Nacho Cascabeles la ha armado buena.

—Sí que es cierto, una venganza de las que duelen de verdad.

En el muelle nos esperaban las chicas de la pandilla y todos fueron abrazándose y haciendo chistes. José Manuel había tenido el detalle de coger un rato el cerdo de Juan, que nos llevaríamos a la granja para criarlo. «Cuida bien de Judini», le había dicho. Por lo visto ya tenía hasta nombre, mala cosa con vistas a lo que debería ocurrir pasados unos meses.

Yo me demoré con Corso en la cubierta, pero enseguida comprendí que Juan quería decirme algo, pues estaba haciéndose el remolón a nuestro alrededor.

—Anda, Corso, baja y espérame.

—Vale, venga, no tardéis.

Luego me giré hacia Juan y me lo llevé al banco donde había estado con mi madre y con Juana. Allí sentados me dijo unas palabras de lo más enigmáticas:

—Mira, Pepa, yo la cuidaré.

Y abrió el calcetín que llevaba sin poner, enseñándome su contenido. Al fondo había una pequeña lagartija que no dejaba de moverse. No tenía cola, aunque más exacto sería decir que estaba creciéndole el esbozo de una nueva. Miré a Juan a los ojos sin comprender. Y él se explicó:

—Es como tú y como yo, una superviviente.

Creí que se refería a mi suerte por haber superado un infarto, pero me equivocaba.

10. Para siempre

Sábado, 26 de julio

(Corso)

Gracia había cumplido años la semana anterior y mamá le organizó una fiesta para las pocas amiguitas del cole que seguían en el pueblo. Pero aún quedaba otra celebración, la más importante, la de la familia, que se pospuso para aquel sábado porque papá y Sergio seguían embarcados en la costera del bonito. No obstante, Gracia se empeñó en reinvitar a Anita, su alma gemela. En casa estuvimos de acuerdo y los padres de Pepa no pusieron ningún impedimento. Que viniese Anita era sinónimo de hacerlo Pepa, así que, en consecuencia, las dos se quedaron en Salera a pasar la noche previa. Ana con Gracia en nuestro piso, compartiendo habitación, cama, risas y sueños; Pepa en casa de Elvi, me imagino que haciendo algo no muy distinto a las pequeñas. Como las velas no se soplarían hasta la merienda, pedí permiso a mamá para que me dejara la mañana libre y así salir a pasear con Pepa. Aquella mañana me di prisa para colocar los carteles del cine y a eso de las ocho ya estaba esperándola en el portal de Elvi.

—¿Dispuesta a pedalear un poco?

—Lo que haga falta —me respondió con una sonrisa.

Estaba guapísima. Bueno, a mí siempre me había parecido guapísima, pero aquella mañana lo estaba especialmente. Se había recogido el pelo como a ella le gustaba: en una cola de caballo alta, dejando un pequeño flequillo recto como dos dedos por encima de las cejas. Iba con un vaquero corto, más bien a medio muslo, una camiseta verde y sandalias de tiras de cuero. Debajo llevaba el bañador. Su uniforme oficial del verano.

Salimos andando, conduciendo las bicicletas por los manillares, en dirección a la carretera circular.

—¿Qué tal se ha portado Anita?

—Fenomenal. Es curioso, cuando se junta con Gracia las dos se meten en su mundo y es como si no existieran, a sus cosas, a sus juegos...

—Eso está bien. ¿Y a dónde vamos?

—Mi idea es subir hasta el faro y recorrer la pista de tierra del Cordal. Luego regresamos a comer. Mamá nos espera a las dos con sus tacos de bonito con jamón recién hechos.

—¡Qué rico! —paladeó.

—Pepa...

—Sí...

—¿Tú crees que Elvi ya me ha perdonado?

—¿Perdonado el qué?

—Que salgamos juntos.

—Eso nunca —rio, pero enseguida trató de tranquilizarme al ver que me ponía pálido—. ¡Ay, Corso, no se te puede contar nada! Pues claro que lo ha hecho. Bueno, en realidad, ella lo que temía es que te pusieras en medio de nuestra amistad, pero, como este verano estamos más juntas que nunca, ha quedado todo arreglado.

—Menos mal...

—¿Cómo?

—¡Pepa, que estas cosas no sé explicarlas bien! Que también es mi amiga, que no quiero que ella me vea como un estorbo, que sé lo que influye en ti...

—Oye, oye, que ya soy mayorcita...

—Sí, catorce años como yo.

Los dos nos reímos.

—Todo en orden, ¿vale? —me aseguró.

—Vale.

Ya subidos en las bicicletas, pedaleamos hasta el faro, donde nos detuvimos para pasear un rato al borde del acantilado, parándonos aquí y allá, sin objetivo fijo. En un momento determinado Pepa me cogió de la mano, entrelazándome los dedos.

—Corso, estas últimas semanas he estado un poco rara.

—No me digas —respondí con ironía.

—Hablo en serio —me cortó con su tono de chica del interior, sin el menor

resquicio para la duda. No bromeaba.

—Lo siento.

—Está bien.

—¿Entonces?

—Pasan cosas extrañas en casa.

—Me he dado cuenta.

—¡Imposible! —se paró mirándome sorprendida.

—Bueno, solo sé que cargas con Anita a todas partes, eso es fácil de observar.

—El problema es mamá. Está triste, no se interesa por casi nada. Aunque de cara al exterior aún disimula. No sé qué pasará cuando deje de importarle lo que piensen los demás.

—¿Y no ha ido al médico?

—No, que yo sepa. A mí esas cosas no me las cuentan. Y papá no me parece que esté muy al tanto de sus penas.

—¿Tú crees que se quieren?

—¡Por supuesto! Pero ella también finge con él todo lo que puede... Bueno, hasta una conversación que les oí el día de la Virgen. Ahí mamá se echó a llorar. Supongo que en parte es culpa mía. Por ponerme enferma. Se angustió tanto y pasó tanto miedo que ahora no levanta cabeza.

—Vaya..., pero ahora estás bien. Habría más razones para alegrarse.

—Eso creía yo.

Poco a poco íbamos acercándonos a donde habíamos dejado las bicis tiradas de cualquier manera.

—Voy a contarte una cosa que no sabe casi nadie. Bueno, se lo dije a Elvi y Carmen y ahora no sé si hice bien, pues mi madre no quiere que se sepa.

—¡Venga, que me tienes en ascuas!

Entonces me relató la conversación que había oído a sus padres sobre su tío Dimas.

—Por lo visto, su plan era acompañar a mi tía y mis primas, que vienen a visitarnos en un par de semanas —continuó Pepa.

—¡No sabía que venían tus primas! —no pude disimular mi alegría. Ángela, de la misma edad que nosotros, me caía muy bien.

—Oye, a ver si me voy a poner celosa —comentó Pepa con un tono de falso enfado.

Y entonces dije algo que ella me ha recordado muchas veces a lo largo de estos años. El caso es que no sé de dónde lo saqué. Pura inspiración.

—Pepa, podrá haber chicas más listas, más guapas, más simpáticas o más divertidas que tú, pero no conozco a ninguna ni creo que llegue a conocerla.

—¡Vaya! —rio ella, encantada sin duda por mi arrebató—. Sí que te has puesto serio y todo, bobo.

Y sin previo aviso me besó en los labios. Fue menos de un segundo, pero mi cuerpo se electrizó y experimenté una sensación única, irrepetible.

—El primero —añadió sonriente.

—Pepa, te quiero. Como nunca he querido a nadie —mi voz temblaba ostensiblemente.

—Corso, no digas esas cosas que me las voy a creer.

Y sin más, echó a correr, se subió en su GAC y se adentró en la pista forestal del Cordal en dirección a los repetidores de televisión. Tardé unos segundos en reaccionar, aún suspendido en aquel instante mágico. Luego la seguí, pedaleando con todas mis fuerzas hasta alcanzarla. Quería llevarla a un sitio especial en el que sabía que Pepa no había estado nunca: el túmulo del Cordal, desde donde se disfrutaba de las vistas más espléndidas de la bahía.

—Es aquí —anuncié, bajándome de la bici.

Nos encontrábamos justo por encima de Salera. Había mucho movimiento en la ensenada con barcos de todo tipo circulando en un aparente caos. La carretera litoral que venía de Villamarina se iba llenando paulatinamente de vehículos rumbo a las playas. En Salera, setenta metros por debajo de nosotros, era fácil percibir el bullir de gente yendo y viniendo afanándose en las compras y tareas propias de la mañana de un sábado. Nos sentamos a observar la escena en una gran roca plana que afloraba en el terreno. Nada se interponía entre nosotros y aquella visión. Pasamos un largo rato en silencio. Después Pepa apoyó su cabeza en mi hombro y yo cerré los ojos disfrutando del momento.

—¿Lo decías en serio? —me preguntó.

—Completamente en serio.

—Yo también te quiero.

No me moví. Por un instante no lo hice. Y saboreé aquellas deliciosas palabras. Luego giré la cabeza y deposité un suave beso en su frente. Ella cerró los ojos.

—Pepa, quiero que lo nuestro sea para siempre.

—Supongo que todo el mundo quiere eso.

—Supongo...

—Quizás no lo intenten lo suficiente.

—Nosotros lo haremos.

Nuevo silencio. Miré la hora. Ya eran las doce y tocaba regresar.

—Tenemos que irnos —dije levantándome. A pesar de ofrecerle mi mano ella seguía sentada en la roca dándole vueltas a algo—. Pepa, ¿qué? ¿Nos vamos?

—¿Puedes volver a sentarte un momento? —me pidió.

—Por supuesto.

Cuando lo hice, ella se giró hasta quedar enfrente de mí.

—Tengo un mal presentimiento.

Lo dijo en un tono tan seguro y sincero que sentí un escalofrío recorriéndome espalda y brazos.

—¿Por tu madre?

—No. Es más general..., como si algo malo fuera a pasar en Salera..., pero que tiene que ver con nosotros.

—¿Con nosotros?

—Sí, con todos nosotros, nuestras familias, la pandilla...

Guardamos silencio por un momento. Su cabeza bullía, sin duda. Yo no sabía qué decir.

—Corso, ¿por qué crees que Juan se comparó a sí mismo con una lagartija? —me preguntó sin mencionar que también la había incluido a ella en el símil.

—¡Ah!, eso es fácil. Bueno, fácil y difícil. Pero ¿cuándo te dijo eso?

—El día de la procesión.

—Vaya...

—¿Entonces? —me apremió.

—Hace como un mes... hablamos de la capacidad de las lagartijas para que les vuelva a crecer la cola si la pierden.

—Pero eso ya lo estudiamos en Ciencias, si se la cortas, les vuelve a crecer...

—Pero lo que leímos en la biblioteca fue más sorprendente —respondí tratando de buscar las palabras que mejor resumieran nuestro hallazgo—. Resulta que en la mayoría de las ocasiones son las propias lagartijas las que se automutilan dejando la cola tras de sí para distraer a sus atacantes y así salvarse.

—¿Y eso qué tiene que ver con Juan?

—Supongo que se refiere a todo a lo que ha tenido que renunciar, dejar atrás, para sobrellevar la muerte de su padre. La cantidad de veces que ha tenido que disimular su tristeza, adornándola con sus bromas y locuras.

—Es que también me dijo que yo era una lagartija con cola nueva —me confesó al fin.

—Supongo que porque sobreviviste al infarto... —le propuse como explicación.

Guardamos silencio un buen rato y entonces Pepa pareció encajar una pieza suelta, como esas de los puzles que te vuelven loco cuando ya llevas quinientas colocadas.

—No, no es eso. Sobrevivir al infarto representa la cola nueva que me ha salido. Por lo que me cuentas creo que Juan se refería a que yo me amputé algo para protegerme, para sobrellevarlo.

—¿Como olvidar lo que te pasó?

Solté aquella idea al viento sin atisbar ni por asomo las consecuencias. Pepa me miró sorprendida y su rostro se iluminó.

—¡Eso es! Pero que he olvidado lo que me pasó es un asunto sabido —su cara se ensombreció de nuevo—. Creo que lo que Juan trató de decirme es que lo hice a propósito para salvarme de algo. Que corté la cola de mis recuerdos a sabiendas, para sobrevivir, porque lo que me pasó era demasiado...

—¿Duro para soportarlo?

—Algo así.

—Y ¿de dónde iba a sacar Juan una información que ni tú recuerdas y que ocurrió estando en Torrentera?

—Está claro que tengo que hablar con él.

Guardamos silencio un instante.

—Pepa... —le dije casi en un susurro—. Y si lo olvidaste a propósito, ¿no sería mejor dejarlo estar?

—Es que creo que todo esto tiene que ver con ese mal presentimiento que tengo.

—De acuerdo. Tratemos de averiguarlo todo. Y primero hablemos con Juan, pero ahora toca volver a casa.

—Vale —aceptó levantándose de un salto.

Su boca, sus ojos, toda su cara sonreía, como si se hubiera relajado de pronto tras haberse liberado de una pesada carga que llevase días soportando.

—Me alegra que me vayas a ayudar en esto —me dijo.

—Y a mí que me dejes.

11. Gelo

Miércoles, 30 de julio

(Pepa)

Le había dado muchas vueltas a cómo abordar la conversación con Juan, y al final decidí pedir ayuda a Elvi y Carmen. La pandilla había organizado una excursión para merendar en la Campa del Juramento, una hermosa pradería a las afueras de Salera con mesas de madera y barbacoas, y creí que sería el momento perfecto para interrogar a nuestro amigo. Le pedí a Corso que entretuviera a los demás chicos y propuse a Marián y Rosa que dieran un paseo con Anita hasta la Fuente Encantada, un manantial perenne que brota del corazón del Cordal donde se declaran todos los enamorados. No nos costó demasiado convencer a Juan para que se viniera con nosotras a una de las mesas. Se sentó flanqueado por Elvi y Carmen. Yo enfrente de él con Roni a nuestros pies.

—¿Qué me contáis, chicas? —saludó con su característico tono jovial.

—Juan, queríamos hablar contigo —le expliqué.

Nuestro amigo mudó su semblante por un gesto más serio, como si comprendiese que íbamos a tener una conversación importante.

—Por supuesto. ¿Nosotros cuatro?

—Sí, solo nosotros.

—Vale —asintió un poco nervioso.

Elvi lo cogió por el hombro afectuosamente.

—Relájate Juan, sabes que te queremos.

Siempre la palabra justa en el momento adecuado. Así era ella.

—Y yo a vosotras —respondió él forzando una sonrisa—. ¿He hecho algo mal? ¿Algo que os haya molestado?

—No, ¡por Dios! Es una conversación de amigos —lo tranquilicé.
—¡Vaya! Creí que iba a llevarme una bronca —respiró aliviado.
—Igual metí la pata —comencé—, pero les conté a Elvi y Carmen lo que me dijiste el otro día en el barco cuando os rescatamos del islote.
Juan se quedó pensativo, aunque intuí que sabía a qué me refería.
—Las lagartijas... —lo acució Carmen, que se cortó de continuar a una mirada mía.
—Ah, sí...
—Por cierto, ¿cómo está nuestra amiga? —me interesé tratando de aliviar la tensión—. Dijiste que la ibas a cuidar...
—La devolví.
—¿La devolviste?
—Sí. Se la enseñé al día siguiente a Gelo y me aseguró que si no la devolvía se moriría de pena.
—¿De pena?
—Sí, bueno, me riñó porque no hay que sacar animales del islote, que para eso es una reserva natural, así que al día siguiente cogí uno de los botes en la cala de los bajíos y la devolví. Salió por patas en cuanto la solté, je, je... Me acompañó Marcos.
—Bien hecho, Juan —aplaudí Carmen y le dio un beso en la mejilla.
—Lo que me dejó intrigada —continué— fue lo que dijiste sobre que tú y yo éramos como ella, unos supervivientes.
—También cosa de Gelo... aunque yo, por supuesto, estoy de acuerdo. Me regañó por habértelo contado.
—Veo que lo hablas todo con Gelo —apuntó Elvi.
—Sí, lo hablo casi todo con él, somos muy buenos amigos.
—Lo sé, pero lo que me dijiste... me dejó preocupada.
—Lo siento. Era la emoción del momento. Gelo me había comentado algo hacía unos días y pensé: «Entonces Pepa y yo nos parecemos...» —no podía hablar más atropellado y acelerado—. Y como había visto con Corso lo de las lagartijas, no sé si él te lo ha dicho...
—Sí, lo hizo.
—Pues se me juntaron todos los pensamientos en la cabeza, luego vi la lagartija en el islote, la cogí y te solté aquello. Todo en uno.
—Tranquilo, Juan, nos estás ayudando mucho —intervino Elvi.
—Sí, sí, vale. Me lo estáis haciendo pasar fatal —confesó el pobre

intentando esbozar una sonrisa.

Por enésima vez miró hacia donde estaban jugando los chicos como si deseara que alguno viniese a rescatarlo de aquel trance. Me apetecía achucharlo y darle mimos para calmarlo. Y dejarlo entre mis brazos para que me susurrara aquel secreto que parecía arderle por dentro. Pero no lo hice. En cambio, fui directa, porque a mí todo aquello también me quemaba.

—¿Y qué es lo que te contó Gelo?

—Que conocía a tu tío Dimas y sus fechorías. Usó esa palabra, «fechorías». Y que tú habías tenido mucha suerte. Me comentó que tu tío estuvo en la cárcel por un delito, pero que las cosas que hizo eran muchas más y que en realidad había pagado por muy poco.

—Ya, pero lo de la cárcel lo sabemos todas —adujo Elvi apuntándonos con la mirada.

Yo no acertaba a articular palabra. Claramente influenciada por la conversación de mis padres, tonta de mí, creí que el problema era que, si lo sabían Gelo y Juan, probablemente, más personas en Salera estuvieran al corriente y en nada podría saberlo todo el pueblo.

—Sigue... —le insistió Carmen al ver que yo no reaccionaba—. ¿Por qué tuvo suerte Pepa?

—Supongo que conocéis la historia de Gelo... —hizo una pausa como si aquello fuera territorio sagrado.

Las tres asentimos y a mi mente afloró el relato que me habían contado a dúo Juan y Corso.

Gelo era el único hijo de una maestra muy querida en Salera que lo había tenido siendo ya cuarentona, cuando en su casa creían que ya no se oirían ni el llanto ni las risas de un bebé. Él siempre quiso navegar y estudió en la Escuela de Marina Mercante de Villamarina. Con apenas treinta años, era segundo a los mandos de un petrolero en una próspera empresa nacional. Y el orgullo de su anciana madre, ya viuda. «En nada lo harán capitán». Pero la buena suerte lo abandonó. Durante una galerna a la entrada de una de las rías gallegas, y con el capitán borracho como una cuba, asumió el riesgo de entrar a puerto, la única opción para salvar a los doce tripulantes. Pero el mar pudo con él y el barco encalló contra los acantilados. Todos sobrevivieron, pero aquello no contó para nada. En un juicio injusto fue condenado a seis años de cárcel y a la pérdida de por vida de la licencia para navegar. Para rematarlo, su madre falleció mientras él estaba en prisión y Gelo enloqueció. No recuerdo el

diagnóstico, pero se convirtió en una persona huraña, descuidada, introvertida y de pocas o nulas palabras. Cuando lo excarcelaron tardó en volver a Salera. Luego, un buen día, regresó y se instaló en la pequeña casa familiar. Era fácil encontrárselo por la calle deambulando sin rumbo fijo, enfundado en unas botas de cuero de media caña, un grueso y raído abrigo de lana gris que le quedaba grande —y eso que él también lo era— y arrastrando una bolsa de plástico donde llevaba sus cosas. Muchos le ofrecieron trabajo, pero aquello exigía cambios que él no se sentía capaz de afrontar. Así que se dedicaba a hacer pequeños recados, a preparar el enguade para la ferretería de don Claudio y poco más. Con los años los motivos de su desgracia se fueron olvidando y de él solo quedó la imagen de vagabundo desaliñado, capaz de infundir miedo a los niños. La amistad de Gelo con Juan tenía que ver con la madre de nuestro amigo, Marga, que había cuidado de la de Gelo durante los últimos meses de vida, que la anciana había pasado encamada. Marga sentía un gran afecto por Gelo, así que todas las semanas le preparaba unos táperes con comida que Juan le llevaba. Y así nació su relación. Recuerdo una campaña que Juan emprendió el otoño siguiente a mi llegada a Salera llenando todo el pueblo con carteles que ponían: «Gelo no es el hombre del saco. Para más información hablar con Juan, el hijo de Cintón». Aquello levantó tal corriente de simpatía que aún se recordaba en el pueblo. Con cosas así no era de extrañar que valorásemos tanto ser amigos de Juan, pues era la lealtad personificada. No obstante, el pasado de Gelo, su tragedia y su enfermedad mental siempre me sobrecogían un poco. No es que dudase de lo que Juan contaba sobre su bondad y sus buenas intenciones, pero me costaría trabajo ser amiga suya. Algo, primitivo y básico, me decía que era mejor estar alejada de él. Absorta en esos pensamientos tardé en darme cuenta de que Elvi se dirigía a mí.

—Pepa, ¿estás bien?

Entonces volví al mundo real, en el que los cuatro seguíamos sentados alrededor de una mesa en la Campa del Juramento.

—Sí, sí, lo estoy... perdonad.

—Bueno —retomó la palabra Juan—, Gelo me contó que cuando estuvo en la cárcel la única persona que lo apoyó allí dentro fue un tal Saturno, un preso que, pasados unos años, volvió a reincidir. En cuanto Gelo se enteró, hizo el petate y se fue a visitarlo al Penal. Durante la conversación que mantuvieron, Saturno le habló de que en una ocasión había compartido celda con un tipo que

ahora tenía familia en Salera. «En tu pueblo», le dijo. «Se llama Dimas y está en la calle desde hace tres o cuatro años. Vino a verme hará un par de meses»...

—Mi tío —interrumpí a media voz.

—Sí, tu tío. Gelo le respondió que no le ponía cara. Entonces Saturno le contó que había fanfarroneado sobre su cuñado y su hermana y la pasta que debían de tener con la granja que se habían montado en el norte. Y que tenían dos hijas, la mayor muy guapa. Gelo ya no tuvo dudas. El tal Dimas hablaba de tus padres y de vosotras, de Anita y de ti. Entonces, intrigado, le pidió más detalles...

Juan se quedó callado e hizo un mohín como dudando.

—¿Qué pasa, Juan? —preguntó Elvi—. Ibas muy bien.

—Es que todo esto me lo dijo Gelo en confianza...

—Ya, pero hablamos de la familia de Pepa —argumentó Elvi convincente.

—Tienes razón —aceptó Juan—. Vale. Sigo. Su amigo presidiario describió a Dimas como un auténtico bravucón que a la mínima se lucía de su capacidad para llevarse al huerto a cualquier hembra que se le cruzase en el camino. Dijo «huerto» y «hembra», no me lo invento. Un asco. «Y si se ponen tontas, una patada en el pecho y las dejo tranquilitas»...

—Qué cabronazo.

—Un mal tipo.

Mis amigas no se ahorraban calificativos. El estómago me dio una fuerte punzada, y luego otra y otra, y sentí que me faltaba el aire.

—Sin duda —confirmó Juan—. Y hay más...

—Basta, basta, no sigas —susurré tratando de sobreponerme y con la intención de cortar aquella conversación—. No puede ser verdad. No quiero que sea verdad y no quiero saber más.

Me tapé la cara con las dos manos y comencé a llorar. Elvi y Carmen se levantaron y, rodeando la mesa, me abrazaron. Luego lo hizo Juan, haciendo piña. ¿Era esto lo que sabía mamá y no le había contado ni siquiera a papá? ¿Acaso temía por nosotras o por ella misma?

—Tranquila, Pepa —me consoló Elvi.

—Ánimo, cariño —añadió Carmen.

—Lo siento, no quería hacerte sentir mal... —se disculpó Juan.

—Juan, no eres el culpable de que su tío sea una mala bestia —razonó Elvi.

—No, no es tu culpa —le aseguré—. La verdad estaba ahí. Solo era cuestión de saberla o no. Tengo que pensar en todo esto... Gracias por la confianza, pero si no vuelvo a preguntarte más sobre el asunto, tienes que prometerme que tú tampoco me dirás nada.

—Duele, ¿verdad? —me respondió él, con su habitual espontaneidad.

—Mucho.

—De todos modos, estáis protegidas.

—No te entiendo —soltó Carmen.

—No sé si os habréis dado cuenta, pero desde hace años Gelo vela por los niños del pueblo.

—Como un protector —simplificó Elvi, a la que no se le había escapado que Gelo siempre estaba pendiente de los más pequeños.

—Eso es.

—Sacó a Inés Muñiz de la carretera el día que se cayó de la bici —recordó Carmen.

—Y llevó a urgencias a Manu, el hermano de Purificación, cuando se rompió el tobillo en el pedrero... —añadí.

—Lo que os digo.

—Sí, pero en Salera hay muchos niños y muchas mujeres —apuntó Elvi.

—Ahora tiene un ayudante —adujo Juan, ufano.

—¿Tú? ¿El que se clavó media docena de anzuelos hace cuatro días? —rio Carmen.

—¡Qué graciosa, Carmen! Fue un impulso.

—Era broma, Juanito.

—La cosa es más sencilla...

—¿Cómo que más sencilla? —preguntó Elvi.

—Sí. Hay muchos a quienes proteger en Salera. Pero el plan de Gelo parte de que solo hay un peligro que vigilar. Si es que le da por venir...

—¿Sabes lo que te digo, Juan? —Le cortó Elvi—. Con todos mis respetos por Gelo y el cariño que te tengo a ti, creo que estáis un poco tarados. Para eso está la Policía y se supone que ese tipo estuvo en la cárcel y pagó sus delitos, por muchas cosas que le contasen a Gelo.

De improvviso, los chicos de la pandilla aparecieron a la carrera con ganas de merendar y al poco lo hicieron Marián y Rosa con la pequeña Ana.

Aquella conversación con Juan me había dejado algo claro: mamá tenía razón queriendo a Dimas lejos de Salera, lejos de nosotras. Y eso alivió mis

remordimientos por no querer saber nada de quien, a juicio de muchos, me había salvado la vida en el suelo de aquel cuarto de baño en Torrentera.

12. Noche en la playa del Galeón

Sábado, 16 de agosto

(Corso)

La primera quincena de agosto fue de las que marcan época. No hubo tiempo para el aburrimiento y los planes se sucedieron uno tras otro dejando recuerdos que aún hoy en día siguen frescos en mi memoria.

El fin de semana siguiente a la conversación de Pepa con Juan hicimos la excursión al Arenal de la Punta del Rayo, al otro lado de la bahía, para ver los restos del «Castillo de Linares», un antiguo carguero varado hacía quince años que estaban a punto de desguazar. Para conseguir el permiso de nuestros padres nos olvidamos de las bicicletas y cogimos el transbordador que unía Salera con Villamarina. Marcos hizo un montón de fotos con su flamante Werlisa que luego revelamos a escote. La única imagen que conservo de los Once más Roni es de aquel día. Sonrientes, morenos, felices, despreocupados. ¡Imposible olvidarlo! Al regreso, Pepa mantuvo una larga conversación con Hidalgo en la que hicieron definitivamente las paces.

Otro plan de un día, a mediados de la semana siguiente, fue la visita que hicimos a la granja de Carmen. Como para llegar a Castrovás desde Salera hay que cruzar por el desfiladero del río Arroyo —demasiado estrecho, demasiadas curvas, demasiado tráfico—, nuestros padres nos llevaron y recogieron en coche. Llegamos temprano, con tiempo para bañarnos en la playa roja, lo que requirió de un buen aclarado posterior a manguera para quitarnos el tinte rojo parduzco del mineral de hierro. Luego tocó comer. Un buen guiso de pueblo y la primera sidra dulce sin alcohol, con su manzana variedad castroverina temprana, que solía bajarse del árbol a primeros de septiembre, pero que doña Graciela, la madre de Carmen, había adelantado

con el fin de prepararnos unas botellas. Todo un lujo. Y para rematar el día, Carmen nos puso a todos a ordeñar una vaca al estilo tradicional. El resultado se podría resumir en muchas risas, poca leche y ampollas en las manos. Cuando ella nos hizo su demostración prorrumpimos en aplausos. A continuación, enfundada en un mono verde, nos enseñó el sistema de ordeño automático, bajo la atenta y embelesada mirada de su madre.

Pero el mejor plan de la quincena fue la noche que pasamos en la playa del Galeón, al otro lado de la península. Aquello requirió de mucha logística: tiendas de campaña, sacos de dormir, lámparas de camping gas, comida tipo barbacoa... Y aquí nuestros padres rompieron el molde. Solo nos dejarían pasar una noche fuera de casa si nos acompañaba un adulto. Se ofrecieron varios padres. ¡Horror! Al final conseguimos que uno de los hermanos mayores de José Manuel se viniera. Un mal menor. Aunque nos puso la condición de que lo haría acompañado de su novia. A la postre fue un buen trato, pues ellos se dedicaron a lo suyo, alejados de nosotros, y tuvimos la sensación de estar solos.

La idea era llegar el sábado 16 por la mañana y aprovechar para bucear. Luego pasaríamos la tarde con juegos y risas y con la puesta del sol celebraríamos una boda ibicenca, al estilo de algunos famosos de aquella época. Toni y Marián iban a casarse vestidos de blanco, con antorchas, coronas florales y demás parafernalia. Juan oficiaría el enlace. Propusieron que Pepa y yo hiciéramos lo mismo, pero ella se negó en redondo, cosa con la que estuve de acuerdo.

El jueves, dos días antes del plan, llegaron a Salera los tíos de Pepa, Hermelinda y Gustavo, y sus primas Ángela y Emilia. Su idea era pasar una semana entera, así que su visita solo traía cosas buenas. Por un lado, Pepa podría relajarse de los cuidados de Anita, pues se pasaría todo el tiempo con la pequeña Emilia bajo la vigilancia de su tía. Por otro, sabía que Pepa echaba de menos a Ángela y, por lo que me había dicho, quería preguntarle sobre su tío.

Llegamos a la playa a eso de las diez de la mañana. El día acompañaba y solo había un pequeño grupo de chavales del instituto que parecía haber tenido la misma idea que nosotros, pero la noche anterior. Esta vez hicieron de taxistas los padres de José Manuel y Marcos que, con toda la buena voluntad, quisieron ayudarnos a montar las tiendas, a lo que nos negamos. Después de dejar el campamento organizado, tocó zambullirse y bucear entre los restos de

los naufragios, bajo la dirección de Toni, que era el que tenía mayor experiencia y estaba mejor equipado. Nos lanzamos al agua todos, a excepción de Marián —preocupada por los preparativos de la boda— y de Ángela, que no se decidía a bucear por más que le explicábamos que no era complicado. En realidad creo que por aquella época no sabía nadar, pero le daba vergüenza admitirlo. Total, que se quedó ayudando a la novia. El mar estaba calmado y la luz del sol penetraba sin impedimento alguno hasta el lecho marino. Nos dirigimos hacia el bajío donde supuestamente se había hundido el famoso galeón que daba nombre a la playa, como a unos cincuenta metros en línea recta desde la costa. Poco a poco comenzaron a surgir bultos en el fondo arenoso que se correspondían con restos de diferentes barcos encallados con el paso de los siglos, según nos había aleccionado Toni otras veces. Por supuesto, del galeón del siglo xvii, nada. Sin más, Toni comenzó a subir y bajar los tres-cuatro metros que nos separaban de los pecios y tratamos de imitarlo. De vez en cuando algún congrio escondido nos daba pequeños sustos, aunque en general éramos nosotros los que amedrentábamos a los habitantes del lugar con nuestras idas y venidas. Tuvimos a mano varias langostas y centollas, pero ni las tocamos. Nuestra intención era disfrutar, nada más. Fuimos regresando a la playa de acuerdo a la sensación de frío y cansancio de cada uno. Las primeras, Pepa y Elvi. Luego, las demás chicas. Nosotros salimos todos a la vez pasadas un par de horas. Estábamos exhaustos pero contentos, sabedores de haber vivido una de esas experiencias únicas entre amigos, una perla de las que se guardan para toda la vida. Después de comer me quedé dormido sobre la toalla, agotado del buceo matinal. Al rato noté que me zarandeaban.

—Menudo susto que nos hemos pegado —me contó Pepa una vez que abrí los ojos.

—¿Entonces?

—Fuimos Elvi, Ángela y yo a hacer un pis por detrás de la loma...

—Donde siempre... —los chicos sabíamos qué lugar usaban ellas para hacer sus necesidades, así evitábamos meter la pata con una visita inoportuna.

—Eso. Y de la que volvíamos nos chocamos de frente con Gelo. Bueno, lo hizo Ángela. Dio un grito que bien creíamos que nos habríais oído.

—Pues no sé. Ya ves que yo estaba sopa. ¿Y luego?

—Gelo se disculpó medio entre dientes y desapareció. Tranquilizamos a Ángela, pero, como no lo conoce, aún sigue temblando.

—Qué raro que Gelo ande por aquí —reflexioné—. Supongo que Juan le habrá contado que íbamos a venir.

—Fue Elvi a preguntarle y negó haberle dicho nada, pero vete tú a saber.

—Vaya. Pues es un poco incordio.

—Yo... qué quieres que te diga, con este calor y enfundado en ese abrigo a mí me inspira inquietud tenerlo cerca merodeando.

—Bueno, olvidémonos de él por ahora y trata de calmar a tu prima, ¿vale?

La boda ibicenca fue todo un éxito. Las chicas se pasaron media tarde preparando el pasillo nupcial, que consistía en antorchas —en realidad velones de cera— situadas a ambos lados hasta llegar a una pequeña roca que afloraba poco más que una cuarta en medio de la playa y desde donde Juan officiaría el desposorio. Las chicas iban todas con ropa blanca y llevaban una pequeña corona de flores en la cabeza. Los chicos, a lo sumo, nos habíamos agenciado unas camisetas y camisas claras para no desentonar demasiado. Seguramente fuera un signo de inmadurez por nuestra parte, pero aquello nos parecía excesivo y un poco ridículo. No obstante, salvo por un detalle, nadie pudo poner tacha a nuestra actitud durante la ceremonia. Comenzó a ocultarse el sol. Los novios desfilaron entre nosotros mientras las chicas les lanzaban pétalos de flores. Elvi había seleccionado el *Hallelujah* de Leonard Cohen como marcha nupcial y lo hizo sonar a todo trapo en el radiocasete de Marcos. Una vez que llegaron a la roca donde los esperaba Juan, también vestido de blanco impoluto, todos nos reagrupamos.

Nuestro amigo comenzó leyendo un poema. Lo siento, no recuerdo cuál, signo inequívoco de la atención que le presté. Luego vinieron los votos. A continuación la proclamación.

—Vamos a unir a este hombre y esta mujer en santo matrimonio. Si alguien tiene algún motivo para impedir la celebración de la boda que hable ahora o calle para siempre.

Y, entonces, alguien se tiró un pedo. Sonoro, prolongado, apestoso.

—Eso... ¿Qué quiere decir?... ¿Que sí o que no? —soltó Juan todo serio.

Los chicos nos tirábamos por el suelo muertos de risa tapándonos las narices mientras las chicas intentaban mantener la compostura.

—¿Quién ha sido? —preguntó Toni enfadado—. Sois unos guarros...

Pero al decir esto miró a Marián a los ojos y los dos rompieron a reír. No recuerdo escena igual en mi vida. Cuando nos calmamos, Juan se había ido.

Lo vimos al borde de la carretera, cerca de unos matorrales, gesticulando. Estaba hablando con Gelo. Aunque no lo oíamos y había ya poca luz, al ver a aquel pobre hombre retirándose con la cabeza agachada todos sospechamos que lo habría reñido por estar allí. Yo sentí pena porque intuí que Gelo estaba obrando con buenas intenciones y, también, porque seguramente Juan habría sentido el impulso de hacer aquello presionado por el susto que su amigo había dado a las chicas. Nuestro cura particular llegó con los ojos humedecidos, pero consiguió finalizar la ceremonia sin echar una sola lágrima.

Luego llegó el festín: parrillada de carnes y chorizos bajo el control de José Manuel e Hidalgo. Tras la cena, Toni fue a la tienda de campaña de los chicos y salió con una botella de Licor 43 y otra de anís de guindas.

—¡Venga, esto hay que celebrarlo!

Entonces la pandilla se dividió entre los que bebieron y los que no lo hicieron. Entre los que se levantaron al día siguiente con un dolor de cabeza descomunal y los que no.

A eso de las once de la mañana llegaron los padres de José Manuel y Marcos a recogernos. Ya estaba todo empaquetado y la zona limpia. Primero dejamos a Carmen en Castrovás. Luego a Ángela y Pepa en la Finca. Los demás continuamos en dirección a Salera. Los Once (más Roni, más Ángela) habíamos salido reforzados con aquellas experiencias de agosto. Éramos más pandilla y estábamos más unidos que nunca. Lo necesitaríamos porque se avecinaban terribles acontecimientos que marcarían nuestras vidas para siempre.

13. Dimas

Domingo, 17 de agosto

(Pepa)

—¡Qué bien lo hemos pasado!, ¿eh, primita? —le dije a Ángela, abrazándola por los hombros mientras caminábamos los trescientos metros que había entre el portillón de acceso a la Finca y la casa.

—Tienes unos amigos geniales, Pepa, y me alegra que te hayas decidido con Corso. ¿Qué planes tenemos para mañana?

—No sé, podríamos ir a pasear por el acantilado, en la senda del Faro.

—¿Y a Corso e Hidalgo les apetecerá acompañarnos? —preguntó, tratando de poner voz de inocente despreocupación. Yo me reí.

—Vaya, vaya... así que Hidalgo.

—No seas mala, Pepa.

—No te preocupes, telefono a Corso, seguro que por la tarde se va a casa de Hidalgo a escuchar música, y que lo hablen entre ellos.

Fue entonces cuando Ángela se detuvo en seco. Estaríamos como a cincuenta metros del porche de casa, justo después de haber rebasado el portalón de la nave de maquinaria agrícola. No dijo nada, solo miraba fijamente hacia un punto a su izquierda. Busqué en esa dirección.

—¿De quién es? —le pregunté al ver un Renault 12 familiar de color crema aparcado en el lugar exacto hacia donde ella dirigía su atención.

La cara de Ángela había demudado. Apenas le salían las palabras.

—Del tío Dimas.

Creo que en las Olimpiadas —en los cien metros lisos— se considera salida nula cuando el tiempo de reacción de un atleta es menor a una décima de segundo porque se interpreta que el deportista ha salido intuitivamente antes

del disparo. Estoy segura de que yo tardé menos en reaccionar. Que en realidad no llegué a oír entera la frase de Ángela. Que a mitad de la palabra «tío» ya estaba corriendo como una posesa hacia la casa dejando la mochila tirada al lado de mi prima, que apenas había comenzado a correr cuando desaparecí por la puerta. Al llegar al recibidor, jadeando por el *sprint*, traté de localizar algún sonido que me pudiera orientar. «En la cocina. Sin duda hay gente hablando en la cocina». Corrí por el pasillo y tropecé con una de las sillas que flanqueaban el reloj de pie, cayéndome al suelo. Me levanté de inmediato y seguí adelante. El ruido que había hecho hizo que la conversación de la cocina cesase, esperando ver quién aparecía por la puerta.

—¡Pero si es mi sobrina favorita! —me recibió una voz cuyo sonido oíé al instante.

El análisis de la situación y lo que hice a continuación no me llevaron ni cinco segundos, muchísimo menos que explicarlo. Allí estaba mi padre, de pie, apoyado contra la encimera, al lado del frigorífico. A su lado mamá, cogida a su brazo, como protegiéndose de algún temor indefinido. Sentada en una silla, mi tía Hermelinda, echada hacia delante, con los brazos cruzados apretándose el estómago. Ni rastro de su marido Gustavo. En la mesa de la cocina, un servicio de café con cuatro tazas ya vacías. Roni, bajo la mesa, con la cabeza levantada mirándome, en alerta. Y al fondo, en el punto más alejado de la entrada por la que yo había aparecido, estaba él. Mi tío Dimas. Arrellanado en una silla de enea, con Anita y Emilia sentadas sobre sus piernas abiertas, cada una a un lado, mientras él las sujetaba por la cintura. Nada se interponía entre él y yo.

—Hola, Pepa —saludó mi padre—. ¡Mira qué visita más inesperada!

Definitivamente, mi padre vivía en un universo paralelo. Demasiado ocupado con su negocio, ajeno a lo que ocurría en su propia casa. Sentí cómo, por fin, detrás de mí llegaba Ángela.

—¿Es que no os dais cuenta? —grité mientras avanzaba en dirección a Dimas.

Me quedé paralizada a un metro de él, que no había dejado de mirarme ni por un instante y mantenía un gesto expectante, casi burlón. Aunque quería, no conseguía dar un paso más. Como si algo de pronto me hubiera anclado al suelo. Roni se levantó inquieto.

—¿Qué haces tú aquí? —le espeté cerrando los puños hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos.

—Visitaros. ¿No es estupendo?

De nuevo su voz me enervó. Aquel tonillo de superioridad, de persona que cree tenerlo todo controlado, pudo conmigo. Pero tenía que moverme para solucionar lo que a nadie parecía importarle. Y saqué fuerzas del único sitio que siempre me las proporcionaba. Mi hermana. Miré a Anita. Estaba callada y asustada, seguramente más por mi escena que por otra cosa. Con mis ojos clavados en los suyos conseguí el arrojo necesario para dar un paso adelante y, alargando mis brazos, cogí a las dos pequeñas y con un fuerte tirón se las arrebaté a mi tío del regazo. Las niñas medio se fueron al suelo, pero no llegaron a caerse porque Ángela ya estaba a mi lado para socorrerme. Él no movió ni un músculo ni dejó de sonreír. Ni de mirarme. Me corrijo, durante una fracción de segundo lanzó una mirada hacia donde estaban mis padres y luego volvió su atención hacia mí. No dijo nada. Como si esperara aquella reacción por mi parte. Solo pude oír a mi padre riñéndome por lo que estaba haciendo. Pero yo ya no era yo. Acababa de entrar en una especie de túnel donde los sonidos y la voz de papá llegaban amortiguados, donde todo parecía discurrir a cámara lenta.

Al tirar de las niñas hacia atrás, y por el efecto de la acción-reacción de las fuerzas dinámicas, ¡maldito Isaac Newton!, mi cuerpo se había echado hacia delante abalanzándose contra mi tío, tal que a duras penas pude evitar chocarme con él. No nos tocamos, pero ocurrió algo peor. Percibí su olor. Ni bueno ni malo. Su olor. Mezcolanza infame de hombre, *aftershave* y sudor. Y lo recordé todo.

Durante aquel verano había creído que iba a pasar algo. Lo que no me imaginaba era que, en realidad, ya había ocurrido. Y en aquel túnel angustioso, carente de sonidos y ralentizado, solo tuve ojos para comprobar que Ángela se llevaba corriendo a las pequeñas hacia el pasillo. Comenzó a dolerme el pecho como si mil puñales se clavaran en él. Como si una manada de elefantes se posase en él. Como si un inmenso torno me aplastara el esternón hasta hacerlo tocar con la columna. Trataba de coger aire, necesitaba aire. «Respirar, quiero respirar, necesito hacerlo, controla la respiración, Pepa, como te enseñaron», pensé. Pero no podía. No supe hacerlo. Roni comenzó a ladrar asustado. Vi cómo mis padres y Hermelinda venían hacia mí en el

momento en que perdía el equilibrio y me caía al suelo. Lo último que recuerdo es a mi tío, impassible, con una sonrisa aún mayor, como diciéndome con los ojos «he ganado, niña tonta». Luego, perdí el conocimiento.

Desperté pasadas un par de horas en una habitación de la planta de Cardiología del Hospital General de Villamarina. A mi derecha un monitor me controlaba las constantes mediante varios electrodos pegados al pecho. A mi izquierda dos sueros colgados de un portasuero me suministraban líquidos, tal vez medicinas, a través de una vía. Estaba sola. Busqué el timbre de alerta. «¡Eh, que me he despertado!». Pero no me sentí con fuerzas para alcanzarlo. Me dolía la cabeza por detrás y pensé que aquella almohada era durísima. Como si estuviera echada sobre una roca picuda en la playa. Cerré los ojos por un instante. Volví a quedarme dormida. No sé por cuánto tiempo.

El sonido de una conversación a media voz volvió a despertarme. Allí estaban mis padres hablando con el médico.

—Doctor Granda —susurré.

—¡Hola, Pepa! —respondió él girándose.

Mi madre se acercó de inmediato a la cabecera y me llenó de besos regalándome montones de «cariño», «todo va bien» y algún «lo siento». Me dejé querer. Mi padre, por el otro lado, me cogió la mano y la apretó con fuerza. El médico se sentó a los pies de la cama y se me quedó mirando.

—Bueno, Pepa, menudo susto nos has pegado a todos. Pero tengo muy buenas noticias, se lo iba a comentar a tus padres justo ahora.

Los tres, cogidos de la mano, nos quedamos en silencio listos para escuchar.

—No has tenido un infarto, ni siquiera una angina de pecho.

Me sentí aliviada, aunque iba todo tan rápido que no había tenido tiempo para relacionar el nuevo ingreso con mi enfermedad.

—Entonces, ¿qué fue? —preguntó mi padre.

—Una crisis de ansiedad. Hiperventiló.

—Pero yo lo que notaba es que me faltaba el aire —respondí, pues mi impresión era que me había ocurrido todo lo contrario.

—Eso suele pasar. Crees que te falta el aire y, en consecuencia, te lanzas a respirar aceleradamente —me explicó.

—Me duele mucho la cabeza...

—Lógico —me tranquilizó el doctor Granda—. Te han puesto cinco grapas. Por lo visto, cuando te desmayaste te diste en la nuca contra el borde de una

mesa. Creo que alguno de esos sueros tiene analgésicos, pero les diré a las enfermeras que te pongan algo más fuerte.

—¿Podré llevarme a la niña a casa? —preguntó entonces mi madre.

—Prefiero tenerla un día en observación. Ahora lo que importa es que Pepa descanse. Mañana, con calma, me cuentan lo que ocurrió.

Y con esto se levantó y, acercándose a mí, me acarició la mejilla. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Pepa, voy a llevar a tu madre a casa —me explicó papá—. Después vuelvo para quedarme a pasar la noche contigo, ¿vale?

Asentí con un gesto. Mi madre me dio un beso, el enésimo desde que me había despertado, y secándose las lágrimas se fue hacia el pasillo. Mi padre se quedó un instante más conmigo. Y yo me decidí a preguntarle.

—¿Está...?

—No. Ya no está. Lo eché de casa. No sé qué demonios ocurre, ya hablaremos, pero estate tranquila. Ni está ni estará cuando vuelvas.

—Cuida de Anita —le supliqué.

—Hablaré muy seriamente con tus tíos y con mamá. No te preocupes. Vuelvo en un par de horas —se despidió besándome la frente.

Me quedé sola de nuevo. Más tranquila. Parecía que el instinto de protección de mi padre se había activado por fin. Al poco entró una enfermera y cargó con una jeringuilla alguna medicina en la llave de tres vías.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Las diez de la noche.

Quise recordar la escena de la cocina, pero la medicación hizo efecto muy rápido. Caí en un sueño profundo. Desperté sobresaltada. Estaba sentada en el sillón de reposo y eso me tranquilizó. Me gustaba aquel sillón porque, entre otras cosas, el peso de mi propia cabeza no comprimía la herida de la nuca. Además, era blandito y sentía el cuerpo relajado. Ya me habían retirado los sueros y el monitor. Seguía con la bata de hospital, que me gustaba muy poco por eso de sentirme medio desnuda. Miré por un momento mi pulsera de identificación y, a continuación, la tirita que cubría el punto de punción del suero en mi mano. Nuevamente me dejé vencer por el sueño.

Me despertó una fuerte presión simultánea en ambas muñecas que me anclaba a los reposabrazos del sillón. Al abrir los ojos lo vi. Dimas me sujetaba y se sonreía. «He ganado, niña tonta». Traté de gritar, pero de mi garganta no salió ningún sonido. Intenté escabullirme. Imposible. Demasiada

firmeza para una adolescente de cuarenta kilos. Cerré los ojos en un intento de negar aquella realidad aterradora y moví la cabeza de un lado a otro, con lo que reapareció de inmediato el dolor de la herida. Mis brazos seguían atrapados, pero, cuando me atreví a mirar de nuevo, Dimas ya no estaba. Quien lo hacía en su lugar era mi padre que con gesto serio me advertía: «Él te espera en casa». «¡No, no!» quise gritar, sin resultado. Y de pronto ya no era papá, sino el doctor Granda enfadado. «Ya hablaremos de todo esto». Concentré todas mis energías en la laringe y por fin conseguí que saliera un susurrante «dejadme en paz». Pero quien me sujetaba ahora lo hacía con más violencia si cabe y el dolor de cabeza era cada vez más insoportable. «Yo te protegeré», afirmó Gelo mientras soltaba una de las manos y la acercaba a mi cuello. Y entonces lo conseguí. Grité con todas mis fuerzas y entendí que el sonido de mi voz se había oído alto y claro. Me desperté.

Estaba acostada en la cama. Los sueros y el monitor puestos. Traté de mover los brazos, pero los tenía atados a los lados de la cama con rollo de venda blanca. La enfermera entró a la carrera, detrás de ella una auxiliar.

—María José, María José, cálmate, cielo.

—Pobre niña, si está llorando.

—Tiene las manos amoratadas de tanto tirar de las ataduras, quítaselas.

De dos hábiles cortes la auxiliar me liberó de las vendas y la enfermera me levantó un poco, abrazándome, tratando de consolarme.

—Ha sido un mal sueño, bonita, ya pasó todo. Tuvimos que atarte porque durmiendo te habías echado las manos a las grapas y sangrabas.

Según decía esto vi aparecer a mi padre por el umbral de la puerta.

—¡Papá! —grité, extendiendo mis brazos hacia él.

—No te preocupes, cariño, ya estoy aquí.

Mientras él me calmaba, la enfermera le explicó lo que acababa de ocurrir y luego se retiró.

La noche discurrió sin más sobresaltos, y mi cerebro siguió procesando todos los acontecimientos y recuerdos que llevaban escondidos tanto tiempo. A la mañana siguiente me hicieron un chequeo general y el doctor Granda me adelantó que estaba todo tan bien que esa misma tarde me daría el alta. Me quitaron los sueros y el monitor y —esta vez de verdad— me pasaron al sillón blandito, con la condición de que tenía que dar paseos por el pasillo de la planta para poder irme a casa. Mamá, que había sustituido a papá después del desayuno, me sacó religiosamente cada media hora a caminar un rato. A eso de

las dos de la tarde y después de comer —comida sin sal típica que devoré como si fuera el más delicioso de los manjares—, le dije a mamá que bajara a la cafetería a tomar algo hasta la hora de marcharnos.

Con mis padres aún no había hablado sobre la escena de la cocina. Tuve la impresión de que el doctor Granda les había aconsejado no hacerlo por el momento para no generarme más ansiedad. Y yo estaba agradecida pues, aunque lo tenía claro en mi cabeza, necesitaba ordenar bien mis recuerdos antes de contar nada.

Quizás por el cansancio o porque la medicación aún seguía haciendo efecto, no tardé en amodorrarme en el sillón. Algo me despertó. Pero esta vez no fue una fuerte presión sobre las muñecas. Demasiado fácil. Rápidamente hubiese sabido que se estaba repitiendo el sueño de antes. Fue el olor. El mismo que lo había desatado todo hacía veinticuatro horas. La misma mezcolanza infame de humanidad, loción de afeitado y transpiración de Dimas. Abrí los ojos aterrada. Él estaba allí. Sentado en la silla de acompañantes. Su rostro a escasos centímetros del mío. Y estaba segura de que era real. No soñaba.

—Hola, sobrinita, no quería marcharme sin despedirme de ti —me susurró.

Esta vez no traté de gritar porque simplemente me resultaba imposible. Procuré concentrarme en la respiración (respiraaaa, inspiraaaa), pues por nada del mundo quería perder el conocimiento, allí sola con él. Instintivamente busqué una vía de escape.

—No, por ahí no. La puerta está cerrada —se burló con sus ojos clavados en mí—. Salvo que te gusten las ventanas... —con un gesto de la cabeza apuntó hacia el ventanal—. Aunque desde una cuarta planta no es muy buena idea...

Intenté levantarme, pero entonces me sujetó por los brazos.

—Quieta, quieta, ¿a dónde vas?

Hablaba tan bajo que casi ni lo oía. Estaba claro que tenía una gran capacidad de autocontrol. Hasta que lo perdía.

—¡Déjame!, ¡vete!, ¡déjame! —acerté a responder mientras trataba de localizar con la vista el timbre de alarma. Inalcanzable. Estaba a su merced.

—Cálmate, solo quiero hablar.

Entonces, no sé por qué y nunca lo sabré, me tranquilicé. Como si su lengua mentirosa hubiera dicho una verdad por primera vez en su vida. «Solo quiero hablar». Dejé de revolverme y me quedé mirándolo fijamente a la cara.

—Hablar... ¿de qué?

—Muy fácil. No sé qué crees que recuerdas o qué crees que viste, pero todo

eso es mentira, solo está en tu cabecita.

Vomitó aquella frase con su cara a menos de diez centímetros de la mía. Y se acercó más. Yo giré la cabeza hacia un lado tratando de evitarlo.

—Mientes...

—No, no lo hago. En realidad, todos te ocultan la verdad —continuó—, pero lo que te pasó en el corazón tiene que ver con que estás loca, como tu madre...

—Eso no es cierto —me defendí.

—Sí que lo es. Pregunta... Pregunta por ahí... Y si sigues así acabarás encerrada, igual que lo estuvo ella.

Entonces me besó en la mejilla impregnándome la piel con su nauseabundo olor. Y la puerta de la habitación se abrió.

—¿Va todo bien? —preguntó una voz conocida.

—Por supuesto, enfermera —respondió Dimas, que se levantó de un salto—, solo estaba saludando a mi sobrina favorita.

—Pues tiene que salir, aún no son horas de visita.

—Ya me voy. Adiós, Pepa... y recuerda... —se giró hacia mí mientras se dirigía a la puerta y acompañó su despedida con un gesto como si estuviera atornillándose el dedo índice en la sien.

Al apartarse pude ver definitivamente a la recién llegada.

—¡Andrea! —grité corriendo hacia ella y abrazándome a su cintura.

Rompí a llorar.

—Pepa, cariño, el doctor Granda me contó lo que te pasó. No veía el momento de terminar la consulta para venir a verte.

Seguí cogida a ella un buen rato hasta que se fueron las lágrimas y volvió el hipo. Ella continuó abrazándome con fuerza y acariciándome la cabeza hasta que dio con la herida.

—Tengo cinco grapas —expliqué.

—Lo sé. Menudo trasto estás hecha.

—Si te contara.

—Cuando quieras.

—Vale.

Entonces, para asegurarse de que la había entendido y de que aquello que me acababa de decir no era pura cortesía, me separó de ella y se agachó hasta poner sus ojos a la altura de los míos.

—Pepa, va en serio. Cuenta conmigo para lo que quieras y cuando quieras.

—Lo haré.

Volvió a ponerse en pie y me abrazó de nuevo.

—Si tengo una niña, querré que sea como tú.

—¿Un trasto?

—No. Qué va. O, bueno, eso también. Como tú... fuerte y valiente —añadió a media voz y noté que sus palabras temblaban por la emoción.

—Andrea...

—¿Sí, cariño?

—¿Crees que estoy loca?

—¡Qué tontería! Pues claro que no.

—Es que...

Entonces volvió a mirarme a los ojos sin dejarme continuar la frase.

—Pepa, eres una de las personas más maduras y más cuerdas que conozco.

—Gracias—le susurré.

En ese momento entró mi madre en la habitación. Luego, regresamos a casa.

14. El pacto

Jueves, 21 de agosto

(Corso)

Me enteré de que Pepa estaba ingresada el domingo a media tarde estando en casa de Hidalgo. Fue Elvi la que nos lo contó. Ella, a su vez, lo sabía por Carmen, gracias a su padre. Una información que se movía lentamente entre la gente interesada a través de una interminable y exasperante cadena de llamadas telefónicas propia de aquella época.

—Corso, no te asustes, ¿vale? Pepa está en el hospital, se desmayó en casa.

Súbitamente sentí una flojera en las piernas que me obligó a apoyarme contra la pared.

—Pero... ¿Y cómo está? —acerté a balbucear.

—Solo sé que despertó hace un rato.

—Es temprano, podría coger el transbordador o el autobús de línea...

—No, espera. Hay padres moviéndose para conseguir más información. Lo que haya que hacer lo hacemos juntos. ¿De acuerdo?

—Vale —respondí sin demasiada convicción.

—Quedamos a las ocho en los bancos de piedra.

Nunca antes había tenido una sensación de pérdida tan súbita e inesperada, tan devastadora. Lo primero que hice fue ir al baño y vomitar. Mientras echaba hasta los hígados, sentí cómo Rosa subía las escaleras a la carrera. Por lo visto, alguien de la pandilla le había contado lo que pasaba. A nosotros nos tocó llamar a Marcos y a Toni. Y poco a poco los Once fuimos tomando conciencia de que algo malo le había pasado a uno de los nuestros.

Las horas que siguieron se me hicieron interminables y, tras la reunión de la pandilla, decidimos acercarnos en bicicleta a la Finca. Nos pareció buena

señal ver el 1500 del padre de Pepa aparcado delante de la casa. Elvi entró sin llamar. Al poco salió sonriente, acompañada de Ángela.

—Buenas noticias, chicos —y según decía esto bajó del porche y me abrazó por un momento—. Don Jorge me ha dicho que está bien. No fue nada del corazón. Solo un desmayo. Ha venido a traer a doña Jacinta y él regresa a pasar la noche con Pepa.

Todos empezamos a abrazarnos y a felicitarnos. Empezamos el regreso a Salera por el camino agrícola, ya casi sin luz. Nuestros rostros eran el reflejo de la paz que nos había generado la noticia de que todo iba a quedar en un susto. Pero aquella noche no pude dormir y solo conseguí conciliar el sueño al despuntar el alba. Cuando me levanté, mamá me esperaba en la cocina con el desayuno preparado.

—¿Qué tal, Corso? ¿Más tranquilo? —preguntó sentándose a mi lado.

Me gustaba oír a mi madre llamarme por mi apodo, casi nunca lo hacía.

—Sí, mamá. La verdad es que menudo susto.

—Así es el amor, cielo. Se nos encoge el corazón por todo. Por lo bueno y por lo malo.

—Un sinvivir.

—Buena definición. Sí, un sinvivir... Corso..., he oído algo.

—Sobre Pepa...

—Sí, sobre Pepa —hizo una pausa, sabedora de que eso provocaría que la mirase a la cara. Así era mi madre, me conocía demasiado bien—. Que ayer cuando se puso mala estaba un tío suyo en la casa y que fue él quien la alteró.

—Pero ¿cómo sabes...?

—Me telefoneó la madre de Carmen. Bueno, no importa. La cuestión es si tú tienes idea de lo que está pasando y si hay algo que podamos hacer. Ya sabes que a Pepa y Anita las quiero un montón.

—Sé que es un tío que apenas ve, que por lo visto hace un tiempo estuvo en la cárcel y su madre no quería que viniese a visitarlos.

—Ah... Ya entiendo, un lío de hermanos y Pepa en medio.

—Algo así.

Mi madre se me quedó mirando pensativa, luego me cogió la cabeza con las dos manos y me estampó un sonoro beso en la frente.

—Mi niño enamorado.

—¡Ay, mamá! —protesté poniéndome rojo como un tomate.

—¿No es verdad?

—Sí que lo es.

—Pues eso. ¡Ah! Se me olvidaba. Llamó Elvi.

—¿Llamó Elvi?, ¿por qué no me despertaste? —protesté.

—Tranquilo, no es urgente. A Pepa le dan el alta después de comer.

Aquella tarde estuvimos apostados en la entrada de la Finca más de dos horas. Un empleado nos había tenido vigilados sin dejarnos atravesar el portillón de barrotes del acceso principal. Vimos cómo se acercaba el 1500 de don Jorge procedente del Cruce. Pepa iba atrás, recostada en el regazo de su madre. Atravesaron la entrada sin detenerse, pero como a unos veinticinco metros de donde estábamos el coche frenó. Estuvo así un buen rato, seguramente un tiempo utilizado en negociaciones entre padres e hija. Luego vimos salir a Pepa y venir hacia nosotros. Abrazos, besos. Lo esperable.

—Cuenta, cuenta —le pidió Juan.

—Nada, un susto. En un par de días me recupero y nos vemos, ¿vale?

—Vale, vale, bien, estupendo...

—Ahora tengo que irme o mi padre me mata. Corso, ¿me acompañas?

—Sí, claro.

De inmediato me cogió de la mano. Creí que querría recorrer aquellos metros hasta el coche en silencio, disfrutando del momento, pero no fue así.

—Esta tarde en el hospital, cuando estaba sola, vino mi tío a verme.

—¡Vaya!

—No se lo he contado a mis padres porque se marchó enseguida. Así que tú tampoco se lo puedes decir a nadie.

—De acuerdo.

—Mañana por la tarde quiero hablar contigo y con Elvi, hoy estoy muy cansada. ¿Podrás venir sobre las cuatro?

—Pues claro.

Veinticuatro horas después, en la intimidad de su habitación, Pepa nos lo contó todo a Elvi y a mí. Fue una revelación dolorosa que aún hoy en día sigue impactándome y me deja vencido y lleno de rabia. Había exprimido sus recuerdos al máximo hasta recomponer su historia en una versión verosímil, creíble, fiable, donde no cabía ningún tipo de duda. Quedaban todavía flecos, pero lo que había pasado estaba allí. Su mayor miedo era hablarlo con sus padres y, por lo que fuera, decidió —nosotros la apoyamos— que quería decírselo primero a la pandilla. «Tal vez entre todos podáis ayudarme». Convocamos al grupo para el jueves, dos días después, en el altillo de la

antigua fábrica de conservas. Un lugar que usábamos de vez en cuando donde nadie nos molestaría. En el grupo reinaba la algarabía y costó hacer que todos se sentasen en los sofás que habíamos dispuesto formando un rombo. En un determinado momento se hizo el silencio y todos dirigieron, expectantes, la atención hacia Pepa. Ella cerró los ojos por un instante como tomando fuerzas. Luego nos barrió con la mirada y comenzó.

—Mi tío Dimas abusó de mí.

Cómo olvidar aquellas palabras exactas cuyos ecos siguieron resonando en la sala durante todo el tiempo que seguimos allí. Entremezcladas con el resto de confidencias y conversaciones que se produjeron. Obstinadas y recalcitrantes a irse de aquel cuarto, presidiéndolo todo. «Abusó de mí». Tres palabras que aplastaron en una fracción de segundo, sin piedad, como una apisonadora, nuestra infancia, nuestra inocencia, nuestro mundo feliz y perfecto donde los adultos protegían a los niños. «Abusó de mí». Tres palabras que arrasaron con todo. Que nos hicieron mejores y peores a la vez. Que nos mostraron que las cosas horribles eran posibles. Que en una misma persona cabía todo y no cabía nada. Vacío y lleno. Amor y odio. Bondad y mal. «Abusó de mí». Tres palabras que nos convirtieron en adultos al instante, con sus incoherencias, mediocridades, mezquindades y vilezas. Pepa las había dicho sin que le temblara la voz, mirándonos a los ojos para comprobar que entendíamos lo que estaba diciendo y que iba en serio.

—Lo hizo el verano pasado, en Torrentera, al poco de llegar de vacaciones. Ese día tuve los infartos.

Estaba sentada en el centro de uno de los sofás. Elvi a un lado, yo al otro. Con nuestros brazos pasando por su espalda, acogiéndola, protegiéndola, apoyándola. Éramos los únicos que ya lo sabíamos, sin que eso significase que sus palabras fueran a doler menos. Todo lo contrario, porque la fortaleza de Pepa, la aceptación de lo ocurrido como algo que ella no podía modificar y con lo que tendría que vivir el resto de su vida, no dejaba de sorprendernos, de admirarnos.

Todos lo entendieron a la primera e instintivamente se buscaron los unos a los otros. Nos buscamos. Nadie se quedó sin estar conectado a alguien. Luego las chicas —Rosa, Marián, Carmen— se abalanzaron hacia Pepa llenándola de besos. Juan fue el primero en comenzar a llorar. Lo hacía en silencio, solo roto por algún suspiro. Y todos fuimos contagiándonos. Vaciándonos de lágrimas hasta que parecía que no pudiese haber más, pero las hubo. Pepa nos

dejó llorar. Sabía que nos haría bien. Como le había hecho bien a ella aquellos días. A continuación, se puso de pie y nos apaciguó. Uno a uno fue acercándose a los chicos. A Juan el primero, después a José Manuel, Hidalgo, Marcos y Toni. Les dio un beso en la mejilla que ellos aceptaron en silencio, agradecidos, con los ojos bajados, como cuando se va a comulgar con el firme convencimiento de que se recibe algo único y sagrado. Porque aquel beso tenía algo de eso. Luego hizo lo mismo con las chicas y completó el círculo con Elvi y conmigo. Lo inverosímil se había hecho realidad. La víctima consolándonos a todos. Y entonces la verdad dolió menos porque comprendimos que, al fin y al cabo, saber lo ocurrido no tenía ni punto de comparación con haberlo sufrido. Que sus palabras nos habían convertido en adultos al instante, pero que ella lo había hecho a costa de sacrificar la inocencia de su carne y de su alma.

Pepa se sentó. Nadie hablaba. Volvió a barrernos con la mirada y comprendimos que aquella confesión no había hecho nada más que empezar. Ya sin lágrimas ni suspiros concentramos toda nuestra atención en ella.

—Quiero contaros lo que pasó —continuó—. Sois los primeros en saberlo. Necesito vuestros consejos porque he de hablarlo con mis padres y porque tengo que proteger a Anita. Y no sé cómo hacer ni lo uno ni lo otro.

Asentimos en silencio.

«Ocurrió el verano pasado, al tercer día de estar en Torrentera. Yo llevaba todo ese tiempo preocupada por Luna, la madre de Roni, que ya estaba viejecita y apenas podía moverse. La habíamos colocado en un gran cesto con mantas en la cocina de la casa de mis abuelos, que es donde íbamos a quedarnos durante las vacaciones. Anita y yo pasábamos la mayor parte del tiempo con ella, dándole los últimos mimos y tratando de que comiera y bebiera. La pobre estaba tan malita que dejamos a Roni con mi tía Hermelinda para que no viese morir a su madre.

»Aquel día, como a las seis y media de la mañana, me levanté al oír el ruido de la puerta de la calle cerrándose de golpe. Me asomé a la ventana y descubrí que Dimas llevaba a la perra medio a rastras tirando de ella por una cuerda atada al collar camino al campo de las huertas. Abrí la ventana y le grité, pero él o no me oyó o no quiso hacerme caso. Sin pensármelo dos veces me vestí y salí tras él.

»El campo de las huertas es una finca comunal como a doscientos metros de la casa de mis abuelos donde varios vecinos cultivan hortalizas y verduras de temporada, aunque en aquel momento estaba en barbecho con la tierra recién arada. Cuando llegué no había rastro ni de mi tío ni de Luna, por lo que sospeché que se habían adentrado en el encinar cercano. Pero al pasar al lado del pozo oí unos ladridos lastimeros que venían de su interior. La rejilla que hacía las veces de tapa estaba en el suelo. Me asomé. No podía ver nada, pero al llamar a la perra: «¡Luna, Luna!», esta me respondió ladrando. Dimas la había tirado al pozo, que debía estar medio seco. No podía creérmelo. Si esa era su forma de ayudarla a morir, mal íbamos. Aquello era lo más cruel que había visto en mi vida. Con lágrimas en los ojos, y sin dejar de decirle cosas para tranquilizarla, busqué la cuerda y el cubo con el que se extraía el agua. La verdad es que no sé para qué, pero algo tenía que hacer. El pobre animal estaba cada vez más excitado, posiblemente anduviera dando saltos y arañando las paredes. Yo simplemente oía el chapoteo consecuente.

»En un momento determinado levanté la cabeza y vi a mi tío saliendo del encinar. Venía cargado con una enorme piedra. Traté de no imaginarme para qué la quería, pero era imposible no sumar dos y dos. Le había fallado el plan de acabar con ella tirándola y ahora quería rematar su vileza.

»No le tenía miedo, a pesar de su uno ochenta de altura y sus cien kilos de peso, y sin pensármelo dos veces corrí hacia él con la intención de pararlo. “¿Qué haces?”, le dije al llegar a su altura y lo empujé con todas mis fuerzas. “Eh, quieta, tranquila, estoy haciéndole un favor a la perra”, me respondió. “Asesino, eres un asesino”, le repliqué con lágrimas en los ojos, tratando de golpearlo de nuevo. “¡Ya basta! No seas infantil”, gritó. “¡No lo soy!”. Entonces soltó la piedra y, cogiéndome de una mano, tiró de mí hasta el brocal del pozo. Luna no dejaba de gemir. Yo me negué a mirar hacia abajo, pero él me cogió la cabeza y me obligó. “Lo hecho, hecho está, y ahora no vamos a dejarla ahí”, me dijo. “¡Pero no puedes matarla a pedradas!”. “¡Puedo hacer lo que quiera!”. “¡La perra no es tuya!”. “¡Tampoco es tuya!”. “¡Pero yo no quiero matarla!”, le rebatí. “¡Basta, niña tonta!”. Estaba muy enfadado, pero yo lo estaba más. Súbitamente noté que aflojaba sus manos y me escabullí. “¡Voy a decírselo a papá!”, le dije mientras me alejaba.

»Nunca sabré si ahorrándome aquella última frase todo habría sido distinto. El caso es que esas palabras tuvieron un efecto inmediato y Dimas se puso a correr detrás de mí. Me alcanzó al poco, cuando aún no había salido de las

huertas. “¡No vas a decirle nada al estirado de tu papaíto!”, me gritó interponiéndose en el camino. “Sí que lo voy a hacer, cerdo”. Y entonces ocurrió. Sin mediar más levantó su pie y me dio una patada en el pecho, a la altura del esternón. Caí al suelo proyectada hacia atrás. No podía respirar. Trataba de hacerlo, pero el golpe había bloqueado mi capacidad para tomar aire. Creí que me habría roto los huesos, las costillas. Tenía que huir. Comencé a arrastrarme por la tierra, pero estaba tan aturdida que en vez de salir de las huertas me dirigí hacia el centro, hacia el pozo. Apenas conseguí avanzar unos metros. Sentí cómo venía por detrás y me ponía un pie en la espalda. “Quieta”, murmuró, y, cogiéndome de la parte de atrás del vestido, me llevó en volandas hasta el brocal del pozo. Y allí lo hizo.

»Perdí el conocimiento. Lo siguiente que recuerdo es verlo tirar algo al fondo del pozo y un rato más tarde lanzar la piedra que había traído del bosque. Los ladridos de Luna cesaron».

Pepa se detuvo para tomar aire. Yo levanté la cabeza. Los chicos ya no estaban en los sofás, sino sentados en el suelo, y se habían ido acercando en silencio, de tal forma que casi no quedaba espacio entre unos y otros. Un amasijo de cuerpos, brazos y piernas, manos entrelazadas, lágrimas silenciosas y rostros derrotados.

—Vas muy bien, cielo —la animó Elvi—. Sigue.

«Debía de haber pasado como media hora cuando me desperté. Estaba tumbada, boca arriba, cuan larga era. Me dolía el pecho y me dolía el vientre. Mucho. Mucho... Pero lo peor es que él seguía allí. Vigilándome, esperando a que me espabilara. En cuanto lo detectó, se agachó poniéndose a horcajadas sobre mí. “Tranquilita, Pepa”, me dijo, “no quería hacerlo, pero es que me hartaste, así que lo mejor es que lo olvidemos, ¿eh?”. No respondí. No quería verlo. Cerré los ojos. Entonces se acercó más y giré la cabeza instintivamente para evitarlo. Su olor corporal me inundó, penetró en mí con cada bocanada de aire, comencé a tener arcadas y me oriné encima. Sin ninguna contemplación, me levantó de un tirón y volvió a ponerme contra el murete haciendo que la mitad de mi cuerpo quedase colgando en el vacío. “Vamos a olvidarlo”, repitió en un tono suave con sus labios pegados a mi oído y su olor atravesando mis poros. “No te vas a salir con la tuya”, le prometí. Temí que fuera a perder la paciencia de nuevo y que me tirara al pozo, pero se controló. “Ten algo claro. Si le dices a alguien lo que ha pasado seguirás los pasos de la perra, de hecho, para que veas que voy en serio tus bragas ya están allí abajo”.

Entonces, en aquella postura al borde del abismo, comencé a vomitar. Vómitos en seco, pues no tenía nada en el estómago. Y él se rio en señal de triunfo. Quería aterrorizarme y lo había conseguido. Pero aún debía parecerle poco. “Pensándolo mejor. Si se te ocurre insinuar ni lo más mínimo, esté donde esté, regresaré, cogeré a tu hermanita y la tiraré dentro, y a ti detrás”. Y sin más explicaciones me puso en el suelo. Se arrodilló delante de mí y sacó un mugriento pañuelo del bolsillo del pantalón. Me revisó la cara, escupió en el trapo y me limpió las mejillas. “Ahora ya te puedes ir, te duchas y a desayunar”.

»Salí en dirección a casa, con las piernas que me fallaban a cada dos pasos. No me volví para mirar. Ya dentro, oí ruidos en la cocina y pensé que mamá andaría con los preparativos del desayuno. Aún no serían ni las siete y media. Todo aquello había ocurrido en menos de una hora. Y nadie se había enterado. Me fui directamente a la habitación, busqué ropa limpia, entré al baño, me desvestí y me duché. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en el hospital, con la mente en blanco, sin ningún recuerdo de aquellas horas previas. Luego vino todo lo de mi diagnóstico y que era normal olvidar cosas cuando se sufre un ataque cardíaco. Imaginaos que hasta me olvidé de Luna. Pregunté por ella cuando ya habían pasado varias semanas. Mis padres se quedaron con la boca abierta. “¿Por dónde anda Luna?”. Me respondieron con una mentira piadosa. “Al final se murió, cielo, mientras estabas ingresada”».

Pepa volvió a detenerse en el relato.

—Necesito un poco de agua.

Al instante cuatro manos le ofrecieron otros tantos bidones de bici. Y después de que ella bebiera, Juan, espontáneo como ninguno, hizo algo que todos queríamos haber hecho en aquel instante y que él convirtió en un acto colectivo, porque habló en nombre de todos. Se levantó, se fue hacia Pepa, le dio un sentido beso en la frente y le dijo: «Te queremos». Y por fin la muchacha meseteña de espíritu dulce y recio a la vez, capaz de sobrevivir a lo impensable, comenzó a llorar. Y todos lo hicimos.

—Pepa, ¿entonces lo que pasó en el cuarto de baño... no lo sabes con exactitud? —preguntó Elvi.

—No, no lo sé. Mi madre cuenta que oyó un ruido y me encontró desmayada en el aseo, con mi tío tratando de reanimarme. Por lo visto llevaba el pantalón y la camiseta puestos, pero lo último que recuerdo es haberme metido en la ducha.

—Así que se supone que te duchaste, te vestiste y luego tuviste el infarto...
—sugirió Carmen.

—Sí, eso parece. Pero el único que conoce esos detalles con seguridad es mi tío Dimas, pues cuando mamá llegó él ya estaba allí, haciéndome el masaje cardíaco. Y comprenderéis que por lo pronto no entra en mis planes preguntarle.

Por un instante todos esbozamos una sonrisa y hubo un par de risas nerviosas con la pequeña broma de Pepa.

—A lo mejor podemos preguntarle nosotros —explotó José Manuel, desafiante.

Rápidamente se extendió un rumor aprobatorio que Pepa cortó de raíz.

—Gracias, José Manuel, pero en ningún caso debéis enfrentaros a él. Eso tienen que hacerlo mis padres. No es esa la ayuda que necesito.

—Entonces dínos qué hacer y lo haremos —concluyó Hidalgo tras cruzar una mirada conmigo.

Todos asentimos. Por espacio de media hora fuimos aportando ideas a Pepa sobre cómo abordar el tema en casa. Su principal preocupación era saber iniciar la conversación, y al final se quedó con varias sugerencias a las que seguiría dando vueltas.

—Y está el tema de Anita —recordó Marcos.

—Yo eso lo tengo claro —respondió Toni.

—Pues venga, cuenta —lo apremió Rosa.

—Hay que apostarse en la portilla de la Finca y vigilar que ese... ¿puedo?

—Pepa asintió con el cabeza— malnacido...

—Se dice cabrón, Toni —corrigió Juan. Todos nos reímos.

—Vale, pues así vigilamos que ese cabrón no aparezca. Pero no en la misma portilla, claro, que tu padre nos echaría, sino desde la loma del Cerro.

—Buen sitio —aprobó José Manuel—. Se ve toda la carretera desde el Cruce hasta tu casa. Pediré los prismáticos a mi hermano...

—Instalamos una tienda de campaña y hacemos turnos —propuso Hidalgo.

—Vosotros y nosotras —advirtió Elvi.

—Faltaría más —corroboraron Carmen, Rosa y Marián.

Pepa se quedó pensativa unos instantes y luego aceptó la oferta de la pandilla.

—Vale. Pero con una condición. Acampáis solo hasta que se lo cuente a mis padres... —parecía que estaba haciendo algún tipo de cálculo—. Dos días,

haréis guardia dos días. El sábado hablaré con ellos porque papá pasa siempre la sobremesa de la comida en casa. Es un buen momento.

—Vale, de acuerdo, perfecto, está bien...

—Entonces firmemos el pacto —propuso Carmen mientras sacaba de la mochila su navajita curva de injertar.

—¿Qué quieres hacer con eso, Carmen? —preguntó Pepa.

—Ahora me diréis que no veis cómo sellan los pactos en las películas —respondió ella con sorna.

Entonces Hidalgo se adelantó a todos y extendió una mano ofreciéndosela.

—¿Dónde hay que firmar?

—En la palma, en el moflete del dedo gordo que es donde mejor se sangra y mejor se corta la sangría... —explicó Carmen—, tengo tiritas...

Todos reímos. Tras los cortes fuimos frotando las manos los unos con los otros hasta que la sangre de los Once quedó entremezclada en nuestras palmas. Cuando terminamos de hacerlo, José Manuel dio un paso adelante.

—Somos los Once y nos protegemos unos a otros. Este es un pacto secreto que afecta al pasado, al presente y al futuro.

Ninguno se atrevió a añadir nada porque sobraban las palabras. Acababa de ocurrir algo mágico. La amistad, ese sentimiento etéreo y tan difícil de definir, se había hecho tangible gracias a aquel minúsculo corte en la palma. Nos lavamos la sangre de las manos antes de irnos, pero el dolor del tajo duró días, un recordatorio fundamental para lo que tendría que venir. El paso del tiempo lo borra todo y la pequeña cicatriz desapareció con los años, pero en ocasiones me sorprende a mí mismo frotándome el «moflete del dedo gordo», como decía Carmen. Siempre he pensado que se trata de un tic que adquirí aquellos días plagados de nerviosismo en los que me rascaba el corte de la mano sin parar, pues yo siempre he sido de los que no dejan curar las cosas como es debido. El caso es que siempre que lo hago recuerdo aquellas palabras de José Manuel.

Salimos de la nave de la conservera cargados de optimismo y confiados en nuestras propias fuerzas. Y, en nuestra ingenuidad, nos sentíamos preparados para cualquier cosa. No éramos más que niños.

15. El collar de Luna

Sábado, 23 de agosto y días siguientes

(Pepa)

—¿Sí, dígame? —me respondió una voz amiga al otro lado de la línea.

—Hola, Andrea, soy Pepa.

—¡Pepa! ¿Qué tal, guapa? ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Andrea, si te pregunto una cosa, ¿tendrás que decírselo a mis padres?

—No, supongo que no.

—¿Como el secreto de confesión?

Andrea se rio.

—Bueno, más bien como el secreto médico-paciente. Soy tu enfermera, así que puedes contarme lo que quieras, sí.

—¿Tú sabes de alguien que por un susto haya tenido un infarto?

—¡Vaya, Pepa, menuda pregunta! —era evidente que la había sorprendido—. He oído decir a los médicos que es posible, pero bastante difícil. Eso de que vas al cine, te den un susto y tengas un infarto..., como que no. ¿Por qué lo dices?

Me di cuenta de que tenía que ser un poco más concreta.

—Y si no es solo un susto... si alguien abusa de ti... ¿Te puede dar un infarto?

—Dios mío, Pepa, cariño. ¿Es eso lo que pasó el sábado?

—No, no... —le aseguré—. Fue hace un año.

—¿Papá? —aventuró, imaginando que el culpable estaría muy próximo a mí.

—No, papá no fue... Pero lo conoces...

Andrea se quedó pensativa. Noté cómo había comenzado a llorar al otro lado del teléfono. Yo también lo hice.

—Lo siento, no quería ponerte triste —me disculpé.

—Ni se te ocurra decir eso... Es muy bueno que me lo cuentes... Fue tu tío, ¿verdad? El que me encontré el otro día en la habitación.

—Sí.

—¿Y tus padres no saben nada?

—Nada. Pero voy a contárselo mañana.

—Yo te ayudo...

—No, de verdad, solo quería saber si era posible enfermarse por eso, pero no hace falta que vengas.

—Igual no hace falta, pero lo voy a hacer.

—Mi plan es decírselo después de comer.

—Pues nos vemos en tu casa.

—Pero no sabes dónde vivo...

—Sí lo sé. Paso muchas veces por delante para ir a las playas de atrás. Porcinería La Cruzada, ¿verdad?

—Eso es —reí. Me hacía gracia que ella me tuviera tan bien localizada.

Y así fue como aquel viernes, un día después del pacto de los Once, y uno antes de revelar mi desgracia a los míos, encontré una aliada inesperada.

Andrea llegó como a eso de las cuatro de la tarde. Sola, en su propio coche. Yo llevaba nerviosa todo el día, ensayando mentalmente qué contar. Dándole vueltas a si ser prolija o escueta. Como fuera, me imaginaba que aquello iba a ser muy pero que muy complicado.

—Mamá, es Andrea la enfermera de Cardiología —anuncié viéndola desde la ventana del salón de la tele.

Mis padres estaban sentados en uno de los sofás. De inmediato se levantaron a recibirla. «¡Bienvenida!». «¡Qué sorpresa!». «La verdad es que venía a hablar con ustedes». «Pero, pase, pase. Pepa va bien, ya la ve». «De Pepa quería hablarles, podríamos decir que de alguna manera ella me ha pedido que venga». Ellos me miraron intrigados y yo, en silencio, asentí con la cabeza. Nos sentamos. Andrea y yo juntas, en el sofá que había enfrente del de mis padres.

—No piensen que estoy metiéndome donde no me llaman. Pepa me telefoneó ayer y me dijo una cosa que deben conocer. Pero, antes de nada, no la riñan.

No es que no se fie de ustedes, ya saben, a esta edad a veces cuesta encontrar la forma de hablar con los padres.

Ellos estaban atónitos. Mi madre no hacía más que mirar para mí con gesto interrogativo y yo a duras penas podía levantar la vista del suelo. Entonces Andrea me cogió por los hombros y me apretó contra ella.

—Venga, Pepa. Es el momento.

Por primera vez en mi vida entendí el dicho de «te comió la lengua el gato», porque no la sentía en mi boca. No me obedecía.

—Pepa, seguro que no es tan malo —me animó mi padre, echándose hacia delante sin intuir la tormenta que iba a desatarse a renglón seguido.

—Sí que lo es, papá —alegué en voz baja. Pero volví a callarme. Y entonces algo en mi interior se rebeló y vi claro qué y cómo contárselo. Directa, sin tapujos, sin circunloquios—. El día que tuve los infartos, por la mañana temprano antes de que os levantarais, el tío Dimas abusó de mí.

Ya estaba dicho. Y no quedaba más por decir.

—¡Dios mío! —exclamó mi padre mientras mamá se tapaba la cara con las dos manos y comenzaba a llorar.

El tono de papá no albergaba lugar a la duda: me creía. Se levantó y vino hacia mí. Se arrodilló y me abrazó con todas sus fuerzas. «Mi niña». A continuación susurró un «gracias» dirigido a Andrea, que se levantó dispuesta a irse. Mi madre seguía llorando y yo me solté para ir con ella. La abracé y de inmediato empezó a darme besos. «Lo siento, lo siento», repetía sin parar.

—Yo ya me voy. Lo que podía hacer ya está hecho —dijo Andrea dándole la mano a mi padre a modo de despedida.

—La acompaño hasta la puerta.

Cuando Andrea creyó que no la oía lanzó una advertencia a papá.

—Lo que le ha pasado a Pepa es muy grave y tengo la obligación de informar.

—No se preocupe que esto voy a arreglarlo.

—Tiene hasta el lunes.

Seguí abrazada a mi madre durante mucho tiempo. Papá se sentó a nuestro lado en silencio. Luego se decidió a preguntarme.

—¿Y por qué no nos lo dijiste entonces, cielo? Hubiéramos vuelto a meter en la cárcel a ese hijo de puta.

—No me acordaba. Te lo juro, papá. Todo volvió a mis pensamientos el sábado cuando me lo encontré en casa.

—¿Y tú, Jacinta?

—¿Mamá? —pregunté sorprendida. No entendía la insinuación de mi padre.

—Todo lo que dije sobre aquel día es cierto, créeme, Jorge.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —añadió papá que guardó silencio por un momento sin apartar los ojos de ella.

Entonces mi madre rompió a llorar de nuevo.

—Pero nada que me hiciera pensar en esto...

—Está bien, dejémoslo por ahora —mi padre le hizo un gesto del tipo «continuaremos cuando la niña no esté presente»—, pero necesito contar contigo. No vamos a quedarnos de brazos cruzados ni por un minuto... ¿Estás de acuerdo?

Mamá asintió. En las horas siguientes papá puso en marcha el plan que había ido elaborando según se producía aquella conversación. A la vez me iba haciendo preguntas sobre cómo había sucedido todo. A cada respuesta mía introducía comentarios que mostraban a las claras que aquello lo estaba destrozando por dentro. «El muy cabrón me contó que se había encontrado a la Luna muerta y que la había ido a enterrar a la vega del río». «Encima, tratándolo como un héroe por salvarte la vida, voy a matarlo». «No me extraña que tu madre no quisiera verlo...», pero al llegar a esa reflexión ralentizó sus palabras, aflorando su sospecha de que mamá sabía algo.

Lo primero que hizo fue hablar con don Aurelio, el padre de Carmencita, más por la amistad que se tenían que por el hecho de ser el sargento de la Policía Local. No sé qué le dijo, pero en veinte minutos lo teníamos en casa. Papá salió a recibirlo a pie de coche y yo me quedé en el porche a esperarlos. Entonces los vio.

—¿Esos de ahí afuera no son los amigos de la Pepa?

—Ni te cuento —respondió don Aurelio—. De hecho, me he traído a Carmen desde Castrovás y se ha bajado en el portillón para quedarse con ellos. Sé que llevan unos días revolucionados.

Y mi padre relacionó algo que había observado las dos noches anteriores.

—¿No serán los tontos que llevan acampados en la loma del Cerro desde hace dos días...? —de pronto se interrumpió y sumó dos más dos, dándose cuenta de lo que pasaba—. Rectifico, tontos no... esos chicos son increíbles.

Justo al cruzar el umbral de la casa, al llegar a mi altura, papá me miró con complicidad. Mamá preparó un café y en el ínterin llegó doña Berta para

hacerse cargo de Anita que acababa de despertar de la siesta. Don Aurelio nos explicó los pasos a seguir.

—Con tu cuñado viviendo en otra provincia este asunto corresponde a la Guardia Civil. He hablado con Fulgencio, el comandante del puesto de Villamarina que, entre otras cosas, es primo carnal de Graciela. Os espera el lunes temprano en el cuartel. Me ha dicho que va a mover un par de cosillas.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Aurelio.

—Pepa es como una hija para mí. Ahora me explico el lío que se trae Carmencita con su mochila, haciéndola y deshaciéndola. La he visto probar a meter cosas tan inverosímiles como veneno de rata, una hoz..., hasta que le dije que se lo iba a confiscar todo.

Mi padre no entendía lo que le decía don Aurelio, pues no conocía la historia de la mochila de Carmen. Durante la cena se lo conté y en medio de aquel calvario se rio un buen rato.

Aprovechando que el sargento se iba, le pregunté a papá si podía salir un minuto a despedir a mis amigos. Para mi sorpresa me dijo que no, que le iba a pedir a Aurelio que los mandase acercarse hasta la casa. Cinco minutos después tenía a mi gente a pie de porche.

—Chicas, chicos —comenzó papá que me tenía abrazada por el hombro—, sois un incordio...

Todos quedaron sin aliento, menos yo, pues sabía bien qué iba a decirles. Me alegró que fuera a abordar el tema de aquella forma.

—Pero don... —trató de justificarse Corso, que se calló de inmediato al verme negar enérgicamente con la cabeza.

—Sí. Lo sois. Un maravilloso incordio —continuó mi padre—. Y os puedo asegurar que Pepa es muy afortunada al teneros como amigos.

Todos se relajaron y pude oír risas nerviosas entre ellos.

—¿De quién fue la idea de acampar allí arriba?

—De todos, don Jorge —respondió José Manuel.

—¿Y vuestros padres...?

—Sabes lo de acampar, pero no el porqué —explicó Hidalgo.

—Tenemos un pacto —añadió Juan.

Mi padre sonrió.

—Don Jorge...

—Sí, Carmen...

—¿Nos deja que le demos un abrazo a Pepa?

—Por supuesto.

Entonces bajé los dos peldaños que me separaban de ellos y me fundí en un único y prolongado abrazo, porque nos fuimos apiñando hasta ser todos uno. Estuvimos así un buen rato, diciéndonos cosas por lo bajini, hasta que mi padre reclamó nuestra atención.

—Chicas, chicos, esto va a solucionarse. Así que os quiero a cada uno en vuestras casas y que desmontéis el tinglado de la loma del Cerro. ¿Vale?

—Por supuesto, don Jorge —aceptó Marcos y todos asentimos.

Me despedí de ellos, consciente de que iba a estar unos días sin verlos. Aquella noche, sorprendentemente, dormí bien y el domingo discurrió con cierta normalidad, centrándome en Anita, que tenía la mosca detrás de la oreja, pero que no se atrevía a preguntar nada. En cambio, según se acercaba la noche comencé a ponerme nerviosa, muy nerviosa, hasta el punto de que, para ir a la cama, y después de mucho tiempo sin tomarla, mamá me dio la pastilla para dormir. Y descansé a pierna suelta. ¡Bendita farmacología! Luego llegó el lunes y mi declaración.

Nos recibió un cabo que de inmediato nos condujo al despacho del comandante del puesto. Este, tras saludarnos, nos llevó a una pequeña sala donde nos esperaban otros dos guardias civiles y una chica joven que parecía estar algo desubicada.

—Cardoso, Méndez, buenos días —saludó el comandante—. Aquí está María José Maldonado con sus padres, Jorge y Jacinta. Tratadlos muy bien, son como de la familia —estaba claro que los padres de Carmen habían hablado largo y tendido con él—. Y esta señorita es Sonia Gómez, ¿correcto?

—Sí, señor.

—Solicité a la Diputación que nos enviase a alguien de Protección de Menores —nos explicó—. Sonia es asistente social y nos va a ayudar mucho, ¿verdad?

—Eso espero —respondió ella tragando saliva.

—Jorge, no deje de pasar por mi despacho antes de irse —se despidió el comandante.

Una vez que salió por la puerta, Sonia saludó a mis padres y me dio un beso.

—Hola, María José, todo va a ir bien.

—Gracias. Y mejor Pepa.

—¡Pepa!, sí claro, es precioso. Pepa.

—Señorita Gómez, cuando quiera...

Habían dispuesto tres sillas frente al sargento Cardoso que sería el encargado de tomarme declaración. Sonia se quedó sentada en un segundo plano. El agente Méndez, a un lado, sería el que transcribiría todo a máquina. El tono fue correcto y en ocasiones cordial. Cuando quedó todo dicho y registrado, Méndez leyó las anotaciones para ver si estábamos conformes. Después vino la pregunta complicada del sargento.

—María José, lo que cuentas tiene muchos visos de ser verdad. Que conste que yo me inclino a creerte. Pero hay un problema. Esto sería muy verosímil si hubiese ocurrido ayer o hace quince días. Pero no recordar nada y que, de pronto, un año después te haya venido todo a la memoria complica las cosas un poco. ¿Me entiendes?

Comencé a llorar. No podía ni responder. Entonces mi padre intervino:

—Sí, claro que comprende esa dificultad, es una niña lista. No sé muy bien a qué viene poner en duda lo que dice.

—Es mi obligación, créame. Siempre tratamos de que el denunciante se repiense lo que ha dicho. Tenga en cuenta que está acusando a un familiar que ya ha estado en la cárcel...

—La niña dice la verdad —interrumpió mi madre.

No fue lo que dijo, sino la forma de hacerlo. Como quien posee la certeza absoluta sobre algo. Todos miramos hacia ella y mi padre estiró el brazo con el que me rodeaba hasta tocar su hombro en un gesto cariñoso. Estaba claro que era algo que los dos ya habían hablado. Al sargento tampoco se le escapó la rotundidad de mamá y dejó de presionarme.

—Esto es solo la denuncia y se basa en la declaración de la víctima. El resto vendrá en investigaciones posteriores y en los requerimientos que el juzgado considere. No obstante, si ustedes quisieran añadir algo...

Mi padre miró a mamá y ella asintió con la cabeza.

—Sí, queremos añadir algo más.

Entonces Sonia, que había permanecido callada todo aquel tiempo, intervino:

—Sargento, ya que Pepa, María José, ha terminado, ¿le parece oportuno que salgamos y así pueden hablar ustedes con más libertad?

Cardoso asintió. Me levanté y acepté la mano que me ofrecía la asistente social. Nos sentamos en un banco que había al lado de la puerta justo nada más salir de la sala.

—Lo has hecho muy bien —me animó.

—Sí, pero me asusté al final.

—Es normal. A mí me hubiera pasado lo mismo. ¿Tienes sed? Hablar tanto reseca la garganta.

—Un poco.

—¿Sabes lo que pienso? Enfrente del cuartel hay un mesón, voy a pedirles que me pongan una infusión de tila y te la traigo. Así calmas la sed y templas los nervios, ¿qué te parece?

—Nunca he probado la tila... —le respondí dudando.

—Bien azucarada está muy buena. No te muevas de aquí.

Nuestra propia conversación había ahogado la que se estaba produciendo entre mis padres y el sargento Cardoso y que llegaba con nitidez, pues la puerta no se había cerrado del todo.

—Roja. Inconfundible. No había duda —decía mamá.

—Y también en su vestido —quiso confirmar el sargento.

—Eso es. Pero lo del vestido fue más tarde, pasados unos días.

—Explíquemelo para así dejarlo ordenado en el atestado.

—De acuerdo. Cuando llegué al cuarto de baño me encontré a mi hermano haciéndole el boca a boca a Pepa, o eso me dijo el muy canalla. Pepa estaba vestida y con el pelo mojado, por lo que deduje que acababa de levantarse y se había duchado. Me fijé que Dimas tenía sus botas de cuero llenas de la tierra roja de las huertas. Bueno, con lo que estaba aconteciendo, mi hija muriéndose, no son cosas que pensé en el momento, había otras prioridades, las almacené y las reflexioné con el paso de los días. No sé si entiende lo que quiero decir.

—Sí, lo entiendo. Es decir, que su hermano tenía manchadas las botas con tierra del lugar donde su hija relata la violación.

—Eso es.

—¿Y no hay ningún otro sitio en su pueblo... —el sargento se detuvo como si estuviera repasando algo— en Torrentera con ese tipo de tierra?

—Sí, hay alguno más, pero no donde le dijo a mi marido que había estado aquella mañana. ¿Por qué iba a mentirnos si no tenía nada que ocultar?

—Doña Jacinta, hay algo que no me cuadra. ¿O es que hay cosas que usted no sabía?

—Hasta ayer no me enteré de que la versión de mi hermano era que había enterrado a la perra en la vega del río. Y allí no hay tierra roja.

—Y yo no sabía lo de las botas con tierra de las huertas —añadió mi padre

—. El muy hijo de puta jugó con nosotros.

—Pero podía tener las botas manchadas de días anteriores —insistió el sargento impertérrito a los comentarios de mis padres.

—Imposible. Era tierra fresca, sin duda. Y mi madre le limpiaba las botas cada noche. Buena es ella. Y además está el vestido de Pepa.

—Ah, sí, el vestido... Continúe.

—Como al segundo día de Pepa en la UCI, me decidí a entrar en el cuarto de baño para limpiar y poner orden. Al recoger el cubo de la basura vi una bolsa de plástico depositada en su interior. Al abrirla descubrí el precioso vestido amarillo que había llevado puesto el día anterior al infarto. Pepa lo había metido en la bolsa con la clara intención de deshacerse de él, pero no le dio tiempo. Estaba completamente embadurnado de tierra roja y en la parte trasera había un gran cerco, húmedo al tacto, que desprendía un inconfundible olor a orina —mi madre se calló de pronto y me dio la impresión de que estaba llorando—. Pero yo no comencé a atar cabos hasta pasadas semanas. La imagen de aquellas botas manchadas de tierra me hostigaba día tras día, pero que Pepa no recordara lo que había pasado me aliviaba y me convencía de que no podía ser más que una coincidencia, que no había ocurrido nada malo. De todos modos, dentro de mí creció una prevención hacia mi hermano que...

Debió volver a llorar porque oí a mi padre consolarla. El sargento Cardoso cuchicheó algo y el ruido del teclado de la máquina de escribir inundó la habitación. Después llegó Sonia con la tila y percatándose de la rendija que había en la puerta la cerró discretamente. No me dijo nada.

Regresamos a casa. Sonia concertó con mis padres una visita, como parte del «protocolo de atención a las víctimas», según nos contó.

Víctima. Uso esta palabra aquí, pero la verdad es que pocas veces me la he aplicado a mí misma. Me genera un rechazo automático porque hace que lo ocurrido vuelva a resurgir en el preciso instante en que la pronuncio. Porque te define por una desgracia no deseada y en la que no has tenido el control de tu vida. Un calificativo que te deja a la altura de la piltrafa humana, de la miseria más miserable, etiquetándote para siempre por culpa de un acontecimiento que, en mi caso, no llegó ni a una hora. ¿A alguien le extraña que tratemos de ocultar estas situaciones con independencia de los años que hayan transcurrido? Y no es por vergüenza, sino porque una desea que se la identifique por sus logros, por lo que es y ha hecho en la vida. Incluso por ser la más gorda o la más fea. Nunca por ser víctima de algo.

En los días siguientes pasaron más cosas. Fuimos a ratificar la denuncia y al poco tiempo un juez decretó orden de detención contra Dimas. Cuando la Guardia Civil se presentó en su domicilio —la casa de mis abuelos en Torrentera—, él no estaba. Entonces el mandato, al ser reincidente, se transformó en orden de búsqueda y captura. Las informaciones decían que había huido hacia el sur.

Tuve que ir a los juzgados y un forense muy amable me exploró. «No hay duda, la niña no es virgen», podría resumirse su informe. «Y poco más por el tiempo transcurrido».

Mi casa se inundó de conversaciones entre mis padres en las que contaban más cosas de las que yo debería oír. Así me enteré de que el delito por el que había estado preso mi tío había terminado con su exnovia en una silla de ruedas de por vida. Cuando supe aquello pensé en lo cerca que estuve de correr la misma suerte cuando me asomé al borde del pozo. Y por un momento, hay que ser tonta, me consideré afortunada.

La mañana del jueves, tres días después de mi declaración en el cuartel, mi padre recibió una llamada.

—Sin ninguna duda, es lo que más necesita, distraerse. Y te agradezco que puedas hacerlo, Anselmo.

Una llamada del padre de Corso no era algo que me esperase.

—Pepa —dijo tras colgar—, no me habías dicho nada del plan del fin de semana en las cabañas del Mirador.

—Se me había olvidado. Y total, no quiero ir.

—Pero vas a hacerlo. Estaremos bien. Necesitas desconectar un poco de la angustia que se vive en casa y, además, el padre de Corso y su hermano Sergio van a estar allí todo el tiempo. Seguro que otros padres y nosotros mismos os haremos una visita.

—Pero...

—Tienes razón, cariño, pero... no se hable más.

Mi padre lo tenía claro y no seguí insistiendo. Tendría que plantear la posibilidad de llevarme a Anita. Aunque para ser sincera, estaría más segura con él que conmigo. De lo que no parecía haber duda es que, si no todos, la mayor parte de padres y madres se habían aliado para protegernos, como en un pacto a su manera. Pensar en esto me produjo un gran alivio.

Aquel mismo día, después de comer, mis padres recibieron una nueva visita de don Aurelio. Había decidido pasarse por casa de regreso a Castrovás una

vez finalizado su turno. Cuando se fue, papá vino a buscarme a la parte posterior de la casa. Yo estaba con Anita, que chapoteaba en su pequeña piscina jugando a mojar a Roni.

—Pepa, ven un momento.

Al llegar a su altura abrió los brazos y me estrechó con fuerza.

—Perdóname, perdónanos —pude percibir mucha emoción en su voz, como pocas veces en mi vida—. La Guardia Civil ha bajado al pozo de las huertas, que estaba seco, y en el fango han hallado los restos de un perro con el cráneo aplastado. Localizaron también un collar. Era el de Luna.

Me quedé abrazada a él un buen rato y lloré.

Tardé tiempo en comprender en toda su extensión aquella petición de perdón. No sé si lo hice unos días después, unos meses después o unos años después. Sí recuerdo que al principio pensé que se trataba de una excusa genérica tipo «no supimos protegerte, no lo vimos venir, todo ha pasado». Y tal vez algo de eso hubiera. Pero ahora sé que había más. A pesar de todo, mi confesión coherente y sólida, la mentira de mi tío sobre dónde había enterrado a la perra, sus botas manchadas, mi vestido sucio y orinado, el forense, mi infarto. A pesar de todo, como ocurre con infinidad de casos de abusos a niños, mis padres aún albergaban algún resquicio de duda. Tal vez un uno por ciento, o un uno por mil. Pero la posibilidad de que yo pudiese haberme inventado todo o parte de aquella historia los atormentaba. Papá, por ese sentido de la vergüenza muy propia de los adultos, evitó contarme que entre el lodo también había aparecido la prenda interior que mi tío había lanzado al fondo anticipando lo que me pasaría a mí si me chivaba. Como fuera, aquel abrazo de mi padre fue el mejor que me dispensó, el que más recuerdo, el mejor recibido, el que más me consoló.

16. Fin de semana en el Mirador

Viernes, 29 de agosto

(Corso)

—Todo solucionado —afirmó mi padre con una mirada cómplice—. Respira tranquilo, hijo. Jorge está de acuerdo y podrás ver a Pepa el fin de semana.

Llevábamos diseñando la aventura del Mirador todo el mes de agosto. Luego vino la revelación de Pepa y el plan había quedado en punto muerto. Pero las alentadoras palabras de su padre cuando nos pidió que abandonásemos la vigilancia desde el Cerro hicieron que nos lo repensásemos y, por seis votos a favor y cuatro en contra, decidimos continuar con él. Ni que decir tiene que los seis votos eran de los chicos y los cuatro de Elvi, Carmen, Marián y Rosa. Pepa no opinó porque llevaba todos aquellos días sin salir de casa y no tenía sentido molestarla ni importunar. No es que los chicos careciéramos de sensibilidad hacia lo que estaba pasando. Cuidado. La teníamos y mucha. Era una cuestión de puntos de vista. Nosotros creíamos que lo mejor que nos podía ocurrir a todos, incluida Pepa, era distraernos. Ellas pensaban que no estaba el horno para bollos. Como si hacer cosas divertidas fuera una frivolidad o una falta de compañerismo. El caso es que irnos a pasar el de fin de semana al Mirador quedó aprobado y no hubo más que discutir.

El Mirador es una frondosa colina de pinos y laureles situada al sur de la península de Bauprés que solo es accesible desde la carretera que va de Salera a Castrovás, es decir, recorriendo el peligroso desfiladero del Arroyo. Para internarse en la colina hay que cruzar al otro lado del río utilizando un puente de piedra de estilo romano, con tres ojos y tajamar, desde el que nace una pista forestal que asciende hasta la cima. Nos alojaríamos en un claro del bosque, en una de las cabañas de madera que pertenecía a los abuelos de Toni.

El plan comenzaba el viernes después de comer y concluía el domingo tras el desayuno. Eso significaba pasar dos noches fuera de casa y lo convertía en la excursión estrella del verano.

Los primeros en llegar al puente romano fuimos Marcos, mi padre, Sergio y yo. Lo hicimos en nuestro destartalado Citroën Dos Caballos. Detrás de nosotros llegó Carmen, que venía con su madre directamente desde Castrovás. Un poco más tarde lo hizo el padre de Toni con los demás chicos. Nos habíamos reunido en el diminuto aparcamiento que había a la entrada antes de cruzar el puente. Como a eso de las cuatro y media, y al ver que las chicas se atrasaban, papá decidió que subiéramos a las cabañas dejando a Sergio y José Manuel de vigilantes. Al atravesar el puente romano, todos, sin excepción, nos quedamos admirando las impetuosas aguas del Arroyo chocando contra el puente y las rocas que afloraban del lecho.

—Si te caes ahí no lo cuentas —soltó Marcos.

—Pues ya sabes lo que hay que hacer —rio Toni.

—No caerse... ya te digo.

Las chicas llegaron a las cabañas como una hora después, acompañadas por los padres de Elvi y Pepa que se quedaron un rato de cháchara con el mío, posiblemente ultimando algunas cosas. En un plis plas los Once nos reunimos en un círculo informal y, para sorpresa mía, Pepa tomó la palabra.

—Consigna para estos días —todos asentimos—. Nada de llantinas ni mimitos tontos... Bueno, a Marián y a Toni les dejo..., me refiero... en fin... ya me lie... respecto a mí... bien... como sois muy listos me entendéis, ¿verdad?

Volvimos a asentir.

—Pero saludarnos y abrazarnos en plan «hey, ¿qué pasa, colega?», ¿sí podemos o no? —preguntó Juan, tratando de imitar el tono de Danny Zuko (John Travolta) en *Grease*.

—Sí, en ese plan podemos —respondió Pepa riéndose.

—Vale.

—Pues venga, ¿a qué esperáis? Marchando unos cuantos «heyquépasacolega» —nos animó Elvi.

Y así, entre risas y abrazos, y con Roni danzando alrededor, comenzó el fin de semana más esperado.

Las tres cabañas estaban situadas a medio camino entre el puente y la cima del Mirador, formando una «u» en cuyo espacio central se ubicaba la hoguera. La del abuelo de Toni era la mejor cuidada, pero el lugar no dejaba de ser un sitio de paso, sin electricidad ni agua corriente. Lo primero que hicimos fue distribuirnos dentro y fuera de la cabaña. El interior estaba dividido en una sala común y dos habitaciones con literas; una grande, que usaron las chicas, y otra pequeña para mi padre y Sergio. Nosotros dormiríamos al raso, cerca de la hoguera, que era lo que de verdad nos apetecía, o en la sala común si enfriaba por la noche. Y es que las previsiones meteorológicas no eran demasiado halagüeñas.

Nos tomamos la tarde con calma, paseando por la colina, en mil y una conversaciones. Nuestros pasos acabaron llevándonos a la cima y nos sentamos en la pasarela de madera que habían instalado un par de años antes y que hacía las veces de balcón a la bahía y a la península de Bauprés. Durante un buen rato nadie se movió, nadie habló. Un silencio solo interrumpido por una bandada de inquietos cuervos con sus grajeos vespertinos. Yo me había sentado al lado de Pepa y ella se apoyó en mi hombro. Momento feliz. Luego comenzó el concierto de tripas y su principal director, Marcos, ya no pudo más y se levantó.

—Chicos, chicas, todo esto está muy bien, el paisaje es muy bonito, pero yo me muero de hambre.

Pepa me miró y no dijo nada. Sencillamente dejamos que los demás se fueran yendo. Pasaron diez minutos. Luego ella, antes de levantarse, me rozó la mejilla con sus labios.

—Por ahora, así —me dijo.

—Es perfecto —le respondí.

—¡Vamos, Roni! —espabiló Pepa al perro que estaba amodorrado a nuestro lado.

Bajamos cogidos de la mano con toda la tranquilidad del mundo. El cielo había comenzado a encapotarse y muy a lo lejos oímos un par de truenos. Cuando llegamos al claro, la fogata ya estaba prendida pero no había nadie fuera. Dentro de la cabaña se veían luces danzando, aunque aún no había anochecido.

—Esos estaban locos por usar las linternas —comenté a Pepa.

—Ah, pues yo también quiero —rio soltándose de mi mano y corriendo hacia la puerta.

Ya se estaba organizando la pitanza. Cada uno ponía las cosas que había traído. Y había de todo. Una norma era no hacer trabajar a nuestras madres, así que o bien se llevaban cosas listas para comer —latas, embutido, queso— o bien platos que hubiéramos cocinado nosotros mismos. Bueno, esto último era algo que solo hacían las chicas. Nosotros, un cero a la izquierda. Así que no era de extrañar que estuviéramos expectantes con lo que habían preparado ellas porque sería la única forma de no acabar cenando bocadillos.

—Hemos cocinado juntas Rosa, Elvi y yo —explicó Marián, apuntando a una cesta de mimbre que había visto transportar a José Manuel cuando llegó acompañándolas.

Elvi se sonreía, dejándola disfrutar del momento.

—Sois geniales —dijo mi padre.

—Por eso llegamos un poco tarde —continuó Marián—. Había que dejar enfriar... bueno... no me enrolló. Hidalgo, Corso, acercarnos la cesta.

La cena fue memorable. Filetes rusos empanados, ensaladilla, tortilla de patata con chorizo y la sorpresa de las sorpresas: chipirones rellenos de jamón que se calentaron en un minuto en el camping gas. «Dos para cada uno, así que disfrutadlos». Y de postre tarta de limón, *banoffee pie* y la María Luisa que nos volvía locos. Cuando nos quisimos dar cuenta ya eran más de las diez e Hidalgo propuso salir a la fogata con la guitarra y hacer un poco de todo: cantar, contar chistes, narrar historias. «Pero prohibidas las de miedo», advirtió Rosa.

Resulta sorprendente, a pesar de los años transcurridos, el nivel de detalle con el que uno es capaz de recordar una escena tan aparentemente intrascendente, incluso de lo más sosa y vulgar. Una escena, la de un grupo de adolescentes alrededor de una hoguera, repetida millones de veces en miles de lugares del mundo, pero que para mí fue única porque era la nuestra, en aquel momento y en aquel lugar. A lo largo de mi vida he revivido muchas veces ese par de horas de fogata, canciones y risas. Y cada vez que lo hago me siento transportado y lo visualizo todo con la nitidez de quien visiona una antigua película de Super-8, en blanco y negro, con el sonido quitado.

Sí. Recuerdo a los Once alrededor del fuego. Y a mi padre y mi hermano conversando en el porche de la cabaña como marco de fondo. Papá tratando de convencer a Sergio de que la mili había que hacerla y de que no entendía esa locura de la objeción, que en aquel momento no tenía más consideración

que la de un delito ni otro destino que la cárcel. Veo a Carmen mientras enfoca con su linterna el mástil de la guitarra de Hidalgo para que acierte a poner los dedos en los trastes. Y sus labios moviéndose, posiblemente cantando *Ven aquí, amada salerina* o *De colores* o *Gracias a la vida*. Y las miradas cómplices que se intercambian los dos cada vez que Hidalgo no da con el acorde preciso. Miradas sinceras de amigos que lo darían todo el uno por el otro. También me resulta sencillo atisbar a Rosa, Marián y Elvi, sentadas en la hierba y cogidas del hombro, muertas de risa, cantando y balanceándose con suavidad al ritmo de la música de Hidalgo. Y sus hermosas caras sonrientes, tenuemente iluminadas por la hoguera cuyos reflejos culebrea en sus rostros. Y al otro lado del círculo de fuego, a Toni, Marcos, Juan y José Manuel que, por imitación, también se han cogido de los hombros y cantan a pleno pulmón, lanzándose miradas divertidas entre ellos y retadoras para con las chicas, como quien dice: «A ver quién canta más alto, aunque no mejor». Y a Pepa a mi lado, con su cabeza recostada contra mí, que se levanta y se va donde ellas y, abrazándolas desde atrás, se une al canto. Y yo haciendo lo mismo, pero con ellos. Y de nuevo Pepa que, tras cuchichearles algo a las chicas, se viene hacia nosotros y coge a José Manuel por la mano y comienzan a bailar. Y a Elvi que hace lo mismo con Toni, y Marián con Marcos, y Rosa con Juan, y Carmen que, dejando la linterna apoyada en la hierba al lado de Hidalgo, viene hacia mí y, ofreciéndome su mano, me invita al baile. Sí, creo que es *Gracias a la vida* porque, aunque unos mejor y otros peor, vamos moviéndonos por la hierba al ritmo de seis octavas, bailando en círculos, susurrando la letra que ya no cantamos, sino que tarareamos porque se nos han acabado las estrofas conocidas. Y cambiamos de pareja y luego otra vez y otra más. Sí. Ahora estoy seguro de que es esa canción porque merecería la pena que fuera esa y no otra, aunque sigo sin oírla. Y, de pronto, en mi cerebro de adulto, donde persiste la escena en movimiento, nace el sonido. Pero ya no es Hidalgo y su guitarra, ni son nuestros tarareos, sino la dulce voz de Violeta Parra con su charango la que nos acompaña.

En aquel momento el baile no me pareció lo mejor de la noche y, en cambio, hoy en día es mi recuerdo más querido. Porque estábamos todos y por un momento fuimos felices. Desconectados de cualquier problema. Alejados de

los monstruos que acechaban nuestras vidas y que ya nos habían soltado duros zarpazos y marcado con profundas heridas.

Al poco nos fuimos a la cama. Ellas dentro y nosotros afuera. Nos instalamos con los sacos alrededor de la hoguera y estuvimos de bromas y tonterías un buen rato. Las linternas del interior se apagaron. Luego fue llegando el sueño. Ninguno oyó nada hasta que los tuvimos encima. Debía de haber pasado un buen rato, pues en la fogata apenas quedaban unos rescoldos. Nos atacaron a la vez, soltando alaridos y zarandeándonos sin compasión. Cuando abrimos los ojos nuestros gritos desaforados retumbaron en toda la colina. Fantasmas. Sobre cada uno de nosotros había una figura de pie cubierta con una sábana blanca llena de manchas de sangre y dos orificios para los ojos. Hacían algo con las manos que a mí por lo menos me pareció amenazador. Justo antes de poder reaccionar, y aún con el grito en nuestras gargantas, comenzaron a lanzarnos cosas que para nuestra sorpresa cayeron suavemente sobre nosotros. «¿Pétalos de flores?», pensé. «Estoy soñando, seguro». Pero no era así.

Muertas de risa Elvi, Marián, Rosa, Carmen y Pepa se quitaron las sábanas de encima y se abrazaron triunfantes. Roni no paraba de ladrar encantado con la juerga.

—¡Chicos! No veáis las caras que habéis puesto —se burló Carmen.

—¡Uuuuuuu! —completó Elvi imitando el sonido televisivo de los fantasmas.

—¿Y os extraña? —protestó Juan, que era el único que no se había quedado sin habla, aunque por el temblor de su voz debía tener el corazón a mil por hora.

—¡Brujas, que sois unas brujas! —rio José Manuel, entonándose y aceptando la broma.

—¡Brujas no!, ¡fantaaaaasmas! —corrigió Rosa.

—¡Y de las buenas! —añadió Marián.

—Ya veréis, ya veréis... —amenazó Hidalgo de broma según nos íbamos levantando todos.

—Que aún queda mucho fin de semana... —completó Toni.

—Oye, pero sustos no —advirtió Pepa poniendo cara seria, al igual que el resto de las chicas —, que estoy malita del corazón.

Durante medio segundo se hizo un silencio respetuoso por la enferma y a continuación ellas rompieron a reír y nosotros detrás.

—¡Dramáticos! ¡Dramáticos! ¡Dramáticos! —empezaron a corear, enlazadas por los codos.

—¿Y lo de las flores? —pregunté yo.

—Tuvimos un cómplice —respondió Marián a la vez que hacía un gesto con la cabeza apuntando hacia donde estaba Marcos. No en su saco de dormir, sino en el dintel de la puerta de la cabaña. Por detrás veíamos a mi padre y mi hermano disfrutando de la escena.

—¡Maaaarcos! —grité corriendo hacia a él. Los demás detrás de mí—. ¡Te vamos a matar!

—Fue un favor —se justificó mientras trataba de escabullirse hacia la parte trasera del edificio—. ¡Alguien tenía que hacerse con los ramos de flores viejas de la iglesia...! ¡Y avisarlas cuando estuvierais dormidos...!

En un momento lo alcanzamos entre todos. Pero, en vez de darle una buena retahíla de collejas, hicimos un corrillo cogidos por los hombros y empezamos a cantar el «hobé, hobé, hobé, ningún equipo mejor que el de Salera». Tardamos un buen rato en rebajar la excitación de aquel momento y tuvimos que reconocerles a las chicas que nos habían marcado un golazo. Daba gusto que ellas tuvieran también aquel punto de humor y broma que parecía estar reservado solo a nosotros.

Luego papá nos llamó al orden, recordándonos que al día siguiente había aún mucho que disfrutar. Y nos fuimos a la cama. Esta vez ya no hubo tantas bromas ni chistes alrededor de la extinta fogata. Las linternas de la cabaña volvieron a apagarse y nos dormimos.

Un par de horas más tarde sentí cómo alguien se movía a mi lado. Abrí los ojos. Pepa estiraba su saco de dormir al lado del mío y se metía en él dándome la espalda y arrimándose a mí. Pasé un brazo por debajo de su cabeza.

—Hace frío —me susurró.

—En un momento se va.

—Curso...

—Dime.

—Nunca me dejes.

—Nunca.

—Te quiero.

—Te quiero.

Luego nos quedamos dormidos.

El amanecer y las primeras gotas de lluvia nos sorprendieron de la misma postura y no hubo más remedio que entrar en la cabaña a guarecerse.

17. El puente romano

Sábado, 30 de agosto

(Pepa)

Todo comenzó muy temprano, como a eso de las siete de la mañana. Más o menos en el momento en que Corso y yo tuvimos que salir de nuestros sacos de dormir y echar a correr hacia la cabaña para resguardarnos de la lluvia. Dimas acababa de regresar a Salera.

Al ser sábado, doña Teresa no trabajaba, pero había decidido ir a la biblioteca temprano para poner en orden algunas cosas. Justo a punto de entrar en el edificio observó cómo un individuo alto, fuerte y desaliñado salía de un vehículo y la abordaba invadiendo burdamente su espacio vital. El extraño, que no era otro que mi tío, se detuvo ante ella y doña Teresa instintivamente dio un paso atrás. A aquellas horas no había un alma en la calle.

—Perdone, no quería avasallar —se disculpó él—, solo hacerle una pregunta.

—¡Uy, qué susto! —respondió doña Teresa aceptando la disculpa—. Es que venía metida en mis pensamientos. Dígame, en qué puedo ayudarle...

—Necesito comprar unas cosas y quería saber a qué hora abren las ferreterías en este pueblo.

A doña Teresa aquel «en este pueblo» le sonó a insulto y estuvo a punto de decirle que no tenía ni idea, pero pudo más su amabilidad salerina.

—En general, a las diez de la mañana, pero creo que Claudio abre media hora antes los sábados.

—¿Y queda muy lejos?

—No, qué va. Mire ¿ve la calle que baja hacia el puerto? —doña Teresa apuntó con el dedo en dirección al otro lado del parque—. Pues la tercera

bocacalle a la izquierda.

Dimas puso mala cara y sin dar las gracias se giró y encaminó sus pasos hacia donde le había indicado. Justo en ese momento comenzó a llover. La bibliotecaria subió los peldaños de la Casa de la Cultura con un escalofrío encima. Antes de entrar no pudo evitar darse la vuelta y solo se quedó tranquila cuando lo divisó como a mitad del parque, alejándose bajo la lluvia. Respiró aliviada. No obstante, en cuanto entró volvió a cerrar con llave. Aquella sensación de angustia no la abandonó en toda la mañana.

Dimas decidió entrar en la Cafetería Paco, que quedaba en la esquina del parque, al inicio de la calle del Alba, con la intención de desayunar y hacer tiempo. El local abría a las cinco de la mañana, pues era punto habitual de reunión de los pescadores antes de embarcarse para la faena. En aquel momento estaba vacío.

—¡Un madrugador! —lo recibió don Francisco, el dueño, observando la mojadura que traía el nuevo cliente.

—¡Qué remedio! Muchas cosas que hacer y las ferreterías cerradas —volvió a quejarse.

—Pues le queda un buen rato.

—Lo sé, lo sé, hasta las nueve y media...

—¿Qué le pongo?

—Un café con leche y unos bollos.

—¡Marchando!

—Me han recomendado la ferretería de un tal Claudio..., pero tendrá artículos del campo, ¿verdad?... Como este es un pueblo marinero...

—Hombre, depende de lo que esté buscando. Si es algo raro mejor la agropecuaria a las afueras, pero los sábados cierra.

—Nada, una hoceta o un tajamatas.

—Sí, eso seguro que sí.

Al servirle el café, don Francisco, por esas cosas que tienen los baristas, que no siempre miden hasta dónde debe llegar una conversación, le hizo una broma.

—¿No lo querrá para rebanarle el cuello a alguien?

Según decía esto se arrepintió. Dimas lo miró como si, efectivamente, una vez comprado el utensilio fuera a regresar a la cafetería a probar el filo con él.

—Tal vez.

—Era una broma, hombre, tranquilo. ¡Venga, al segundo café invito yo!

—Lo acepto, pero alégrelo con unas gotas de coñac... o mejor póngame un sol y sombra que me voy a una mesa.

Al poco comenzaron a llegar nuevos clientes y don Francisco se olvidó de que lo tenía sentado al fondo. Solo volvió a pensar en el forastero cuando las campanas de la iglesia dieron la media de las nueve y miró hacia donde debería estar Dimas, que había desaparecido. Estuvo a punto de soltar un impropio pensando que se había marchado sin pagar, pero enseguida distinguió un billete grande en la mesa, suficiente para saldar cuatro consumiciones como aquella.

La ferretería ya estaba abierta y de hecho había un par de clientes. La primera en atender a mi tío fue Adela, la hija pequeña de don Claudio.

—Buenos días, señor, ¿qué es lo que quiere?

—Necesito una hoceta, ¿tenéis?

—Uy, sí, pero papá no me deja coger las cosas de cortar. Espere un momento que lo aviso.

Adela susurró algo a su padre y este asintió.

—Cariño, acaba tú con doña Lina que yo atiendo al señor.

Don Claudio se dirigió a mi tío, que miraba fascinado una colección de hachas de la marca Robusta expuestas en un gran panel, ordenadas por tamaño.

—Me dice la niña que quiere una hoceta...

—No, me lo he pensado mejor —cortó Dimas.

—Usted dirá.

—Quiero un hacha... Esa —y señaló el panel expositor.

Don Claudio se giró tratando de averiguar a cuál se refería.

—La más grande —añadió mi tío para que no hubiera duda.

—Se la bajo ahora mismo.

—Sí, porque tengo prisa.

Entonces el ferretero se dio cuenta de que alguien los observaba desde el interior de la trastienda, a oscuras.

—¡Ah!, Gelo, sácame la escalera de tres peldaños que la dejé ahí antes.

Gelo obedeció sin decir una palabra. Don Claudio, sopesando el hacha con las dos manos, comenzó a dar detalles que por lo visto a mi tío no le interesaban lo más mínimo.

—Hoja de 155 milímetros, pesa dos kilos, hay que manejarla con...

—Sí, sí —gruñó Dimas—, manejarla como me dé la santísima gana. Venga, cóbreme.

Don Claudio no pudo por menos que sentir la misma sensación de fatalidad que habían percibido doña Teresa y don Francisco. Aquellas palabras habían sonado aterradoras y tuvo que apoyarse en el mostrador para mantenerse en pie. De hecho, fue Gelo el que recogió el dinero. Cuando devolvió el cambio a Dimas los dos se sostuvieron la mirada durante un instante. Afuera seguía lloviendo. Justo antes de salir por la puerta Gelo lo interpeló.

—¡Dimas!

Por lo visto, Gelo lo había identificado. Quizás supiera quién era desde el primer instante, cuando lo observaba en la oscuridad, o tal vez fue una corazonada de último momento. El caso es que mi tío se lo confirmó dándose la vuelta de inmediato. Pero no dijo nada. La frialdad de su rostro se transformó en una sonrisa burlona y sin más salió de la ferretería.

Mamá y doña Berta conversaban en la cocina planificando la mañana del sábado. Fue entonces cuando oyeron un golpe sordo —más tarde se sabría que mi tío había forzado el portillón empujándolo con su vehículo— y a continuación el ruido de un coche llegando a toda velocidad y frenando en seco por detrás de la casa. Mi madre lo vio a través de los visillos.

—¡Dios mío, es Dimas!

A aquellas alturas doña Berta ya sabía perfectamente de quién se trataba.

—¿Qué hacemos?

—Sube arriba con la niña y enciértrate. Voy a llamar a Jorge.

Pero no hubo tiempo. Mi tío les cortó el paso obligándolas a retroceder hacia la cocina donde mamá trataba de telefonar a papá.

—¿Qué haces aquí? —le espetó mi madre.

—Ajustar cuentas —respondió amenazante, blandiendo el hacha.

—Estás loco. Ajustar cuentas... ¿tú? —replicó ella incrédula.

—Queréis que vuelva a la cárcel, pero no lo vais a conseguir, zorras.

—Allí es donde te mereces estar, hijo de puta.

Entonces mi madre se abalanzó sobre él, que la repelió tirándola al suelo de un puñetazo. Mamá comenzó a sangrar por una ceja, pero se puso en pie de inmediato y se abrazó a Berta, protegiendo a Anita entre las dos.

—Y según tú, ¿qué vas a hacer, cobarde? ¿Violarnos? ¿Matarnos a hachazos? ¿Tirarnos luego por ahí? —le gritó mamá, manteniendo un temple que Berta siempre recordaría con admiración.

Él se acercó a las tres. A escasos centímetros. Olía a alcohol.

—Haré lo que me dé la gana. Como siempre. ¿O tú tampoco te acuerdas?

—Y así has pagado.

—¿Tú crees? —replicó él dirigiendo la vista hacia mi hermana.

—¡Ni se te ocurra mirarla! —lo increpó mi madre.

—También tendrás que pasar por encima de mí —añadió Berta.

—Sin ningún problema..., y luego me encargo de la Pepa, esa puta mentirosa. Por cierto, ¿dónde está?

—Lejos —respondió mamá.

—Ya. Y yo me lo creo...

A papá no lo oyeron llegar, solo su voz.

—¡Apártate de ellas!

Acababa de entrar en casa sin imaginarse la escena que lo estaba esperando. Mi tío se dio la vuelta.

—El que faltaba. Únete a la fiesta.

—He dicho que te apartes de ellas.

—¿O qué?

—Puedes darte por muerto.

—Pero antes me llevo a mi sobrinita por delante —lo retó mi tío, tratando de coger a Anita sin conseguir desasirla de Berta. Al fallarle la estrategia se situó detrás de ellas, sujetando a mamá por el cuello.

—¿Va todo bien, patrón?

Raúl, el capataz, apareció como de la nada por detrás de papá. Lo seguían Juanma y Tomás, dos empleados de su cuadrilla que lo habían ido a buscar después de ver la escena del portillón. Venían provistos de un palo largo en una mano y de un pique de matanza en la otra.

—¡Uy, qué miedo! Cuatro contra uno —los desafió mi tío.

—No, mejor tú contra dos mujeres y una niña —replicó Raúl.

—Vale, vale. Dejémoslo en empate. Nos veremos...

Y diciendo esto empujó a las tres contra mi padre y salió a la carrera por la puerta trasera de la cocina en dirección a su coche.

—¡Que no se escape! —ordenó Raúl a los empleados.

—¡No, Raúl, déjalo ir! —los detuvo papá—. Cuatro quizás pudiésemos con él, pero es demasiado peligroso. Comprabad solo que se va. Voy a llamar a la Guardia Civil... que pongan controles... lo que sea.

Al poco Juanma y Tomás estaban de regreso.

—Al llegar al Cruce giró hacia Villamarina.

Fue entonces cuando papá pensó en mí. Siempre lamentaré que lo hiciera.

—¡Dios mío, Pepa...! Tenemos que ir a recogerla.

—Pero él se ha ido en la otra dirección —señaló mamá.

—No importa, la quiero a mi lado. Os quiero a todas a mi lado.

—Entonces te acompaño —mi padre la miró, preocupado por la herida—. No es nada. Solo es sangre.

Y sin más los dos se subieron al 1500 poniendo rumbo al Mirador.

Nosotros habíamos tenido un inicio de mañana muy relajado. Los trece reunidos en la cabaña, desayunando en silencio la leche que don Anselmo iba calentando de litro en litro en el pequeño camping gas. Luego cada uno la acompañaba con pan o galletas, a su gusto. El tiempo había enfriado y no paraba de llover. Ocasionalmente sonaba un trueno que Roni coreaba con un ladrido sostenido. Todos lo reñíamos, pero el pobre no hacía ni caso. Perros y tormenta combinan mal.

Sobre las doce, Carmen, Juan, Corso y yo bajamos hasta el puente romano para recoger las empanadas que nos traía la madre de Carmencita recién hechas de la panadería de Castrovás. Hacía un rato que había dejado de llover, pero el cielo amenazaba con finalizar la tregua en cualquier momento.

—Hola, chicos, ¿lo estáis pasando bien? —nos preguntó doña Graciela nada más vernos, mientras le daba un buen achuchón a su hija, que era de las pocas en la pandilla que aún disfrutaba con aquellas muestras de afecto.

—Sí, muy bien —le respondí.

Juan y Carmen se hicieron cargo de las barras de pan. Corso y yo de las empanadas, calentitas y olorosas. En realidad, era Corso el que cargaba con ellas mientras yo trataba de mantener a raya a Roni en sus intentos de asalto.

—Sed buenos —se despidió doña Graciela, bajando la ventanilla con el Land Rover ya en marcha.

Carmen y Juan ya estaban entre los primeros árboles y no la oyeron por culpa del Arroyo, que ejercía de pantalla sonora infranqueable entre un lado y otro. Corso y yo nos giramos y agitamos la mano mientras la veíamos alejarse.

Desde la cima del puente romano se veía como un kilómetro de la carretera del desfiladero que viene desde Salera. No había tráfico. Comenzó a llover. Fue entonces cuando apareció el 1500 de mi padre. Por un momento sentí alegría, pero por la excesiva velocidad a la que venía me di cuenta de que algo iba mal. Detrás, como a unos cincuenta metros, un segundo automóvil parecía estar atosigándolos. Lo reconocí al instante. El Renault de mi tío.

Papá llegó al pequeño parking del puente y se detuvo. Mamá lo acompañaba.

Busqué a Anita con la mirada por si estaba en el asiento de atrás, pero no logré verla. Pensé que la habrían mandado agacharse. Y entonces llegó el coche de Dimas. Que no se detuvo, sino todo lo contrario. Acelerando al máximo embistió al 1500, que por la fuerza del impacto se desplazó con violencia hacia delante y se precipitó al río, diez metros más abajo. Grité y salí corriendo hacia allí. Corso me siguió tras tirar las empanadas al suelo. Sé que eso no es posible porque se produjo en décimas de segundo, pero siempre he creído ver a mi madre mirándome y moviendo los labios como si tratase de decirme algo mientras el automóvil caía.

Al llegar a la altura del Renault vi a Dimas inconsciente y sangrando por la cabeza. El coche de mis padres había quedado boca abajo en el centro del cauce. Estaba prácticamente hundido. Recuerdo a Corso gritándome un «no, no, Pepa, no lo hagas». Sin pensármelo dos veces me deslicé por una gran losa inclinada que, desde el arranque del puente, descendía hasta el río. Justo antes de tocar el agua me levanté y me impulsé hacia una roca en pleno cauce que sobresalía del agua lo justo para que pudiera mantenerme en pie sin ser arrastrada. Tenía la trasera del coche al alcance de la mano, pero la turbulencia del Arroyo no me dejaba ver en su interior. Lloraba y gritaba. La lluvia arreciaba en aquel momento y levanté la cabeza buscando ayuda. Roni iba adelante y atrás, ladrando como un loco. Aterrorizada miré a Corso, que corrió hacia el otro lado del puente y descendió como pudo hasta la otra orilla.

—¡No veo nada! —me gritó.

—¡Se van a ahogar! ¡Dios mío! —supliqué.

En ese instante algo en el límite de mi campo visual me hizo girar la cabeza. Roni resbalaba por la misma losa que había utilizado yo. Me parecía increíble haber podido bajar por allí. Pero el pobre no tuvo tan buena suerte y se fue al agua. Afortunadamente hizo un movimiento que me permitió engancharlo del collar y subirlo a mi roca. Nos habíamos quedado en una situación realmente comprometida.

—¡Pepa, por Dios, no te muevas! ¡Voy a pedir ayuda!

Corso intentó subir por el terraplén, pero se resbaló varias veces. Estaría como a media distancia de lograr su objetivo cuando Dimas apareció asomándose por el petril del puente. Llevaba el hacha en la mano. En su rostro completamente ensangrentado pude ver una rabia infinita que no se había calmado matando a los míos. Parecía estar pensando qué hacer. Yo,

instintivamente, impulsé a Roni hacia los bajos del 1500. Entonces mi tío desapareció. Lo siguiente que vi fue una larga cuerda de grueso esparto caer desde la altura. Dimas la había sacado del maletero y, bajando una ventanilla, la había atado a una de las portezuelas del automóvil. Aún llevaba el hacha en la mano, pero sopesó la situación y lo dejó en el suelo. Luego, sin más, se deslizó por la losa ayudándose de la soga. Una vez que llegó al punto que consideró más adecuado para sus propósitos se detuvo. Roni ladraba y gruñía sin descanso, mostrándole los colmillos dispuesto a abalanzarse sobre él, cosa que hubiera hecho si no fuera porque yo me interponía en su trayectoria.

—¡Venga, dame la mano o te ahogará! —gritó mi tío estirando su brazo hacia mí.

Y entonces, cuando mis dedos estaban a punto de tocar los suyos, lo miré a los ojos, que sonreían como solo le había visto hacer a él, y lo entendí todo.

En esta vida hay personas esencialmente buenas, muchas, seguro que la mayoría, y según las circunstancias que les depare la vida seguirán siéndolo o no. Pero también hay personas malas por naturaleza. La maldad existe y quien nace con ella dentro llevará siempre esa inclinación para hacer daño a los demás. Y lo hará. Y eso no es una disculpa para justificar sus actos, sino algo que o tienes claro o pagarás las consecuencias. Este determinismo, para el que acepto críticas de lo más feroces —y que asumo pueda ser una equivocación—, es algo que a mi edad y por mi profesión tengo claro, pero aquel día, con catorce años, aún no formaba parte de mi esquema de pensamiento. En consecuencia, y por un instante, había creído que mi tío, arrepentido, bajaba a rescatarme. Pero no era así.

Retiré la mano y me aparté todo lo que pude. Al comprender que lo había calado, y sin decir nada más, se balanceó con la cuerda y trató de golpearme con los pies para de esta manera tirarme al río. Pero falló su primer intento. Retrocedí y de un salto me subí al coche con Roni. El vehículo se movió hundiéndose un poco más, solo unos centímetros, pero suficiente como para que en cualquier momento el río pudiera arrastrarnos a todos. El agua comenzó a pasar por encima inundando mi calzado.

—¡No, no!, ¿por qué? —le gritaba llorando—. ¡Ayúdame a sacarlos!

—Ya están muertos —sentenció, preparándose para el siguiente asalto—. Y tú vas a ir detrás de ellos.

Miré hacia donde estaba Corso y lo vi a punto de alcanzar el borde del puente. Entonces mi tío se percató de él.

—Y ese es muy probable que te siga.

Sonidos que se entremezclan. El río. La lluvia. Nuestras voces. Los ladridos desafiantes de Roni, que se ha situado entre Dimas y yo. Corso que grita «¡basta, basta!». Una sirena que se acerca.

—Vienen al rescate, pero ya no estaré aquí y tú tampoco.

—¡Eh, tú, déjala en paz! —oí decir a alguien a grito pelado.

Miré hacia arriba y vi a Juan inclinado hacia nosotros, cerca de la cuerda de esparto. No tengo muy claro que mi tío lo hubiese oído, el caso es que ni se giró. Juan se agachó a recoger el hacha que Dimas había dejado en el suelo. Y lo levantó tratando de cortar la soga. Corso venía corriendo del otro extremo del puente. «¡No, Juan, no!». Y, cuando nuestro amigo iba a asestar el golpe, una mano fuerte, mano de adulto, lo detuvo. Juan miró hacia atrás.

—¡Gelo!

—¡Aparta!

En el mismo instante en que Dimas se lanzaba por segunda vez contra mí, el certero hachazo de Gelo cortó limpiamente la soga y mi tío, con cara de no entender lo que estaba pasando, se cayó al agua en pleno vuelo hacia mi pecho. Y se perdió entre los remolinos y la corriente del Arroyo.

En menos de un minuto aquello se llenó de gente. La primera en llegar fue doña Graciela, que había dado la vuelta en cuanto pudo, pues había visto por el retrovisor lo que en un principio creyó que era un accidente al lado del puente. Apareció justo tras caerse mi tío, por lo que tenía que haber visto parte de la escena final. Luego llegó el coche de la Policía Local con don Aurelio. Detrás, una de las furgonetas de la porcinería con Raúl, Juanma y Tomás. Cinco minutos más tarde lo hicieron el resto de los Once y el padre de Corso y Sergio, que habían bajado en una carrera frenética tras ser alertados por Carmen, que en su vida había corrido tan rápido aquel kilómetro de monte cuesta arriba que nos separaba de la cabaña. Corso y Juan, aún preocupados por mí y hechos un manojo de nervios, no se estaban quietos. «Tranquila, Pepa, ya bajamos», me decía don Anselmo. Entre todos los adultos, y aprovechando el extremo de la cuerda que seguía atada al Renault, hicieron una cadena humana hasta llegar a Roni y a mí y nos subieron a tierra firme.

No dejaba de llorar. No había nadie que no estuviera haciéndolo. Me abracé por un momento con Elvi, Carmen y las demás chicas. Después lo hice con Corso y me quedé así. Doña Graciela se acercó y nos cubrió con la manta que siempre llevaba en el coche. Me asomaba al puente a cada instante, solo para

constatar los inútiles esfuerzos que hacían los adultos intentando rescatar a los míos. Por sus gestos parecía que no había nada que hacer. En un determinado momento doña Graciela se percató de la escena y, cogiéndonos a Corso y a mí, nos subió al asiento trasero del Land Rover. Ella se sentó a nuestro lado.

—Lo siento, cielo, lo siento —trató de consolarme mientras me acariciaba la cabeza—. Esto es muy duro, no hay nada peor, pero entre todos os cuidaremos. Me solté de Corso y me abracé a ella.

—Mamá, papá, Anita... —acerté a decir— ¿Qué va a ser de mí?

Entonces doña Graciela fue consciente de que yo creía que mi hermana estaba también en el coche. Me apretó con todas sus fuerzas.

—Ana está bien. Me ha dicho Raúl que está en Salera con Berta.

Aquella noticia era buena. La mejor dentro de la tragedia, pero no había consuelo para mí. Permanecí cogida a ella mucho tiempo. La pandilla fue arremolinándose en torno al todoterreno y doña Graciela nos dio permiso para bajar. En silencio, los Once nos abrazamos, rompiendo la regla que yo misma les había impuesto no hacía ni veinticuatro horas. Allí, haciendo piña con mis amigos, vi cómo los adultos —que ya habían subido del río— hablaban algo entre ellos. A continuación, Sergio desató la soga de la ventanilla del Renault y se la entregó a don Aurelio, que la embarulló entre las manos y la metió en el maletero del coche patrulla. Un minuto después apareció un todoterreno de la Guardia Civil del cuartelillo de Salera para hacerse cargo de la situación. De Gelo y del hacha, ni rastro.

No recuerdo muy bien lo que sucedió en las horas siguientes, solo a retazos. Doña Graciela llevándome de regreso a la Finca. Don Ernesto dándome una pastilla después de examinarme. Yo quedándome dormida en mi cama. Ruidos y conversaciones por la casa... El siguiente recuerdo coherente que tengo es despertarme avanzada la tarde y bajar al salón donde Sonia conversaba con Berta y las madres y padres de la pandilla. Y Anita llegando de la cocina, con Elvi detrás, subiéndose a mi cuello e inundándome de besos. Luego llegó nuestro traslado a Villamarina para pasar la noche. La primera sin mamá ni papá. La primera del resto de nuestras vidas.

Nunca he hablado abiertamente sobre lo que supuso para mí la pérdida de mis padres. Ni siquiera con Corso. Al principio las cosas se sucedieron muy deprisa, demasiado deprisa para una adolescente de catorce años. Y eran tantas las decisiones que había que tomar, y tantas las cosas por hacer, que mi mente las utilizó como excusa, como perfecta coraza, para evitar que el dolor

se apoderara de mí. Sí, creo que esta es una buena explicación. Y honesta. Viví aquellos primeros meses tan aturdida, tan noqueada por la pérdida, que tardé en dejar paso a la aplastante realidad de mi orfandad. Y cuando lo hice, me rompí en mil pedazos. Pero solo permití que mi tía Hermelinda lo supiera y me ayudara. Necesité apoyo psicológico durante años. Luego, el tiempo hizo lo demás. Nunca me he considerado una víctima, pero siempre me he identificado como huérfana. A pesar de los años transcurridos. Así es como viví, y sigo viviendo, su ausencia.

18. Consecuencias

Otoño de 1980

(Curso)

Se suele decir que es muy difícil rehacerse de una experiencia traumática. Algo así como que después de un suceso al estilo del que nos tocó vivir, lo habitual sea que las relaciones entre quienes lo sufrieron avancen indefectiblemente hacia el deterioro. Como si rompiendo los lazos fuera más fácil distanciarse de lo ocurrido. No estoy de acuerdo. Depende. En nuestro caso la gente de la pandilla hemos seguido manteniendo el contacto, con los altibajos propios de una relación de amistad que se ha venido prolongando durante más de cuarenta años.

Aquel mismo sábado fatídico la Guardia Civil contactó con Sonia y la Junta de Protección de Menores se hizo cargo de Pepa y Ana. Ingresaron en el centro de acogida La Rosaleda, regentado por las religiosas de la Fundación Buen Hogar. Anita pasó allí dos noches. Pepa lo hizo los tres años y cinco meses siguientes. De nada sirvió que las madres y padres de los Once se hubieran ofrecido para alojarlas en cualquiera de las nueve casas que pusieron a su disposición. Incluso Berta se prestó a cuidarlas en la Finca, pero no hubo forma. Aquella tarde, mientras Pepa descansaba, Sonia tuvo el detalle de hablar con la pandilla.

—Ya se lo he dicho a vuestros padres. Desde mañana mismo podréis ir a visitarlas.

—Pero a donde van..., eso... ¿Qué es? ¿Como una cárcel? —preguntó Rosa asustada.

—No, ¡qué va! Pepa y Ana no han hecho nada malo. Estaos tranquilos. Es todo lo contrario. Ellas pueden salir, pero como en cualquier casa hay normas.

Imaginaos que es parecido a un hotel donde deben esperar a que se resuelvan asuntos de los mayores.

—¿Y su familia de Torrentera puede llevárselas? —intervino Elvi preocupada.

—Veremos. He hablado con su tía y llegan mañana, primero para el funeral y luego para hablar con nosotros, los de Protección.

A los padres de Pepa los sacaron del vehículo a última hora de la tarde. A su tío Dimas se le dio por ahogado. Su cuerpo no llegó a aparecer, a pesar de que se le buscó por el cauce del río durante varios días. Ni siquiera en la desembocadura del Arroyo, en la playa de la bahía, que es donde acaban los cadáveres de todos los animales que se despeñan accidentalmente en el río. Nunca nos lo confirmó nadie, pero Pepa y yo siempre creímos en el rumor de que unas personas —algunos dicen que gente de la porcinería— habían sacado su cuerpo del agua y se habían deshecho de él. Lo mismo que desaparecieron la soga y el hacha, que nunca se citaron en informe alguno.

Policialmente el caso se cerró casi antes de abrirse. No hubo investigaciones posteriores que realizar o que quedaran pendientes. Doña Graciela fue considerada el único testigo presencial y su versión se dio por buena. Se calificó como un desgraciado percance en el que el conductor del segundo vehículo, al tratar de rescatar a los accidentados, se fue al agua y se ahogó. Punto final. En la prensa apenas apareció una breve reseña en la sección de sucesos.

La autopsia estableció que don Jorge había fallecido ahogado, pero tenía tal cantidad de fracturas que difícilmente hubiera podido sobrevivir. Doña Jacinta fue más «afortunada». Se había desnucado en la caída. Pepa nunca tuvo la más mínima posibilidad de salvarlos y eso la alivió en su dolor.

Los abuelos, Hermelinda, su esposo y las dos primas de Pepa llegaron a la hora de comer del día siguiente, domingo. Fue el momento de contarle a Anita la verdad. Lo hicieron entre todos y con la ayuda de Sonia. ¿Cómo se lo tomó la pequeña? Pregunta equivocada. La correcta sería: ¿y quién sabe cómo gestiona una mente de siete años algo tan demoledor como la muerte de los padres? Fuera como fuera, Ana disfrutó del privilegio de su corta edad. De hecho, ya adulta, siempre ha reconocido que no tiene recuerdos de aquel día. Aunque parezca increíble. Es más, durante los primeros años de orfandad, Pepa afrontó con tesón la tarea de que su hermana no se olvidase de Jacinta y

Jorge, recordando escenas con ellos, manteniendo la casa llena de fotos de los cuatro.

El funeral se celebró de lunes. La misa fue multitudinaria. Muchos factores jugaron a favor de que no cupiese un alfiler en la iglesia parroquial a pesar de que los Maldonado solo llevaban tres años en el pueblo. Por un lado, don Jorge, con la buena vista comercial que lo caracterizaba, se había vinculado a muchas actividades del pueblo —al equipo de fútbol, al de remo, a las fiestas patronales—, convirtiéndose en una persona conocida y apreciada. Y, por otro lado, estábamos los Once y nuestros padres, movilizándolo a todo el mundo para la ocasión. Ni que decir tiene que el morbo derivado de una muerte tan trágica también ayudó.

Los enterraron en Salera. Los abuelos de Pepa plantearon trasladarlos a Torrentera, pero todo se resolvió muy fácil. Don Jorge había comprado un panteón para la familia el año anterior. Que su padre hubiera sido así de previsor fue un alivio para Pepa. Me lo dijo unos meses más tarde en una visita que hicimos al cementerio. «¿Puedes imaginarte que aparezca el cadáver de Dimas y los insensatos de mis abuelos lo entierren al lado de mis padres?». Yo le dije que sí, que hubiera sido lo peor de lo peor. Y Pepa no hubiera andado muy desencaminada. Ella siempre culpó a sus abuelos por no haber sabido controlar a aquel monstruo.

Al no haber testamento Pepa y Ana se convirtieron en herederas de las propiedades de sus padres, en dueñas de la Finca y de la porcinería. Pero, como eran menores de edad, la gestión se delegó en el Consejo de Familia, siendo en la práctica su tía la que se hizo cargo de todo. Hermelinda organizó las cosas para llevárselas de inmediato a Torrentera, pero Pepa se negó en redondo. Ante el juez de menores declaró que prefería quedarse en el centro de acogida antes que regresar al pueblo donde le habían ocurrido las peores cosas imaginables. Sonia apoyó a Pepa que, además, consiguió del doctor Granda un informe aconsejando que la niña permaneciera alejada de aquel lugar, dada la «clara relación entre sus infartos y los abusos sufridos». Eso fue definitivo y el juez autorizó que Pepa viviera en La Rosaleda hasta la mayoría de edad o hasta que ella decidiera, *motu proprio*, irse con su tía. Y aquí Pepa tuvo el único atisbo de egoísmo que le he visto en mi vida. Le planteó a Sonia que «quizás lo mejor sería que Anita se quedase también en La Rosaleda, para así estar juntas». En su descargo debo decir que entendí de inmediato que el

centro de acogida no era lo mejor para una niña de siete años. En aquello Sonia estuvo muy bien.

Pero para egoísmo el mío. Estaba feliz con la decisión de Pepa e incluso, sintiéndome el ombligo del mundo, llegué a pensar por un instante que igual lo hacía por mí y por los amigos de Salera. Me equivocaba. Pepa sufría y mucho. Imposible imaginar la agonía vivida sopesando en la balanza las cosas buenas y malas de su decisión y el dolor que sintió al renunciar a su hermana. Aún me sigue angustiando el terror que debía experimentar imaginándose en Torrentera, cerca de sus abuelos, del campo de las huertas, del pozo. Rememorando lo que había pasado. Nunca más pisó aquel pueblo. Pero Pepa es fuerte. La persona más fuerte que he conocido. Y supo aguantar aquellos años, los más difíciles de su vida, y esperar pacientemente el reencuentro definitivo con su hermana. Y se resarcó cuando llegó el momento.

A mediados de septiembre ya estaba todo perfectamente organizado. Anita en Torrentera en casa de sus tíos y Pepa en La Rosaleda, escolarizada en un instituto de secundaria de Villamarina. Un fin de semana al mes Hermelinda subía con Ana y se quedaban en la Finca, que Berta mantenía abierta y en orden. Era el momento en que la tía de Pepa aprovechaba para revisar la situación de la porcinería con los capataces. Poco a poco, Pepa comenzó a tomar conciencia de lo mucho que le debía a su tía y del ingente trabajo que le esperaba cuando cumplierse los dieciocho. «Si es que quieres seguir cuidando gorrinos», le decía Hermelinda entre bromas, porque sabía que Pepa no era ninguna entusiasta.

El resto de fines de semana Pepa los pasaba en casa de Elvi o de Carmen. Es decir, estábamos juntos desde el viernes por la tarde hasta el domingo a mediodía. Recuerdo muy bien la escena, centenares de veces repetida, de acompañarla en el transbordador de regreso a su nuevo hogar. Cogidos de la mano, recostada en mi hombro, sin hablar, con el alma dolida porque estaríamos los cinco días siguientes sin vernos.

A finales de octubre llegaron las lápidas para la tumba de sus padres y Hermelinda apalabró con don Amado un responso en el cementerio. Estaban los tíos, las primas y Ana. También Sonia, Berta, algunos empleados de la Finca, los Once y varios padres. Fue un acto más modesto que el funeral, pero mejor. Porque Pepa estaba más entera y se convirtió en la protagonista, dirigiendo unas palabras a los asistentes. Unas palabras que no llegué a oír por un motivo que lo justifica de sobra. Al leer la inscripción comencé a llorar

como un desconsolado y mi madre tuvo que sacarme del cementerio. Solo Pepa entendió el motivo y nunca hasta este momento se lo he explicado a nadie. Ella había pedido que una única lápida cubriese las dos tumbas y había encargado labrar un breve epitafio. «Para siempre». Como aquella conversación nuestra en el Cordal.

Bueno, dejaría por decir algo muy importante si no mencionase que hubo una persona más en el responso. Gelo. Había pasado a mi lado cuando mamá trataba de consolarme, pero no lo identifiqué. Iba de traje. Se había bañado, cortado el pelo y afeitado. Cuando volví a entrar lo reconocí por un gesto muy peculiar que solía hacer con una mano, como si chascara los dedos. Se había quedado atrás, al lado de Juan y su madre. Estaba muy nervioso. Al acabar el acto, Pepa se acercó de inmediato a él, le dio un beso, lo cogió del brazo y se lo llevó aparte. Estuvieron hablando no más de un par de minutos, suficientes sin duda para decirle que le debía la vida. Aquella tarde hubo más lágrimas que las mías. Y como parte del milagro y seguramente por las buenas artes de Juanito y Marga, Gelo no volvió nunca más a sus harapos y desaliños, aunque pocas veces tuvo tan buena presencia como ese día.

En noviembre Pepa estaba pasando por los peores momentos desde la muerte de sus padres. La veía abatida, desanimada, siempre al borde de las lágrimas. Me sentía incapaz de consolarla y su sufrimiento lo convertí en el mío. Tardamos tiempo en remontar y yo lo hice cuando ella empezó a mejorar. Por aquella época le pidió a Carmen que se llevara a Rodolfo y las demás ocas a Castrovás. «Dan demasiadas preocupaciones a Berta y así amplías tus horizontes ganaderos», dijo en serio y en broma. Carmen y su madre estuvieron encantadas. En menos de una semana varios empleados de la Finca construyeron un recinto para las ocas en la granja de doña Graciela y luego las trasladaron.

Yo me había hecho cargo de Roni desde el primer momento. Por razones evidentes no podía llevármelo al piso en Salera, pero nos veíamos a diario y pasábamos juntos la práctica totalidad de mi tiempo libre. De lunes a viernes solía venir a buscarme al portal y me acompañaba al instituto. Otras veces me esperaba a la salida y ya no nos separábamos hasta última hora de la tarde en la que me escapaba en bici a dejarlo en la Finca. Y allí se quedaba, obediente, sin tratar de seguirme. Era un pacto implícito. Siempre creí que fue el perro más listo que he conocido. Cuando llegaba Pepa era el animal más feliz del mundo, y si lo hacía Anita, no digamos. El día del traslado de las ocas Carmen

me comentó, con toda la buena intención, si no prefería que Roni se fuera con ella a Castrovás. «Ni hablar», le contesté, «Roni es lo único que me ayuda a sobrellevar la ausencia de Pepa». Igual no se lo dije con estas palabras exactas, pero en esencia era la verdad. Estoy seguro de que aquello era mutuo y que, en reciprocidad, yo era el mejor sucedáneo de Pepa para él. Cuando Pepa regresó definitivamente a la Finca, Roni ya era un perro geriátrico, pero aún vivió cinco años más, proporcionándonos momentos perrunos inigualables que todavía viven en nuestro corazón.

Cuando llegaron las Navidades de aquel primer curso en el instituto recuerdo que alguien de los Once comentó que «no habíamos vuelto a organizar un plan juntos desde lo de agosto». Y era cierto. Por supuesto, los chicos seguíamos quedando en casa de Hidalgo y las chicas en la de Elvi, pero los bancos de piedra tardaron tiempo en vernos reunidos. Fue un trimestre raro. Cargado de situaciones relacionadas con Pepa, pero también con alguno de nosotros. En noviembre diagnosticaron a Hidalgo de una diabetes mellitus que lo obligaría a pincharse insulina durante toda su vida. Justo antes de Nochebuena, Toni y Marián nos anunciaron que habían cortado, pero de buen rollo. «Algo tendré que decir yo, los provocó Juan, que para eso os casé».

Luego llegó 1981 y los Once, Pepa incluida, fuimos retomando poco a poco nuestras actividades, nuestra vida de pandilla, aunque nada volvió a ser lo mismo. Tal vez porque habíamos dejado de ser aquellos niños inocentes que conquistaron el islote del Cormorán preparándose para vivir el mejor verano de sus vidas.

Y así pasaron tres años más. Y un buen día de finales de enero de 1984 compré una cartulina y dos rotuladores gordos, uno negro y otro rojo, e hice un cartel. Luego, acompañado de Roni, crucé temprano a Villamarina en el primer transbordador de la mañana, el que sale a las cuatro y media, y esperé pacientemente en el patio de La Rosaleda a que Pepa se despertase y se asomase a la ventana. Me miró, yo la miré y a continuación desplegué la cartulina. «Hoy es el día». Y las muchachas de las habitaciones próximas rompieron a aplaudir.

19. Lagartijas, 1 - Monstruos, 0

Sábado, 4 de mayo de 2019

(Pepa)

Hoy por fin volvemos a vernos todos, y no sé Corso, pero yo estoy un poco nerviosa. Hacía tiempo. Y es que va para quince años que no conseguíamos reunirnos, pues ni siquiera llegamos a coincidir cuando falleció José Manuel.

Llevamos planificando la reunión desde antes de Navidad. Hidalgo y Elvi, todo hay que decirlo, han sido los principales promotores. De inmediato vimos que el fin de semana del Día de la Madre iba a ser la mejor oportunidad, pues los que aún las conservan tienen la buena costumbre de agasajarlas con una visita y unas flores. Siempre con la duda de que a Juan o a Rosa —que andan fuera del país la mayor parte del tiempo— le surgiese un imprevisto y la ilusión de vernos se fuera al traste. Pero no ha sido así. De hecho, hablamos por teléfono con ellos y ya están en España. Llegaron ayer en avión, cada uno desde sus respectivos lugares de residencia. No es que vivan juntos ni estén juntos, simplemente coincidieron.

La idea nació a raíz de darles la noticia de que íbamos a publicar el libro. Todos lo conocen porque fueron nuestros primeros lectores, y de todos recibimos el *nihil obstat*. Era lo menos que debíamos hacer. De hecho, creo que para más de uno ha sido una liberación ver aquellos sucesos por escrito. Fue curioso, pero en dos conversaciones distintas —cuando acabaron sus respectivas lecturas— Hidalgo y Elvi nos plantearon lo mismo. «Veámonos todos y hagamos algo especial». Como si el libro hubiera despertado en ellos el deseo del reencuentro. Pronto surgió la posibilidad de volver al Mirador y, de alguna forma, concluir aquel fin de semana que nos interrumpió la tragedia de mis padres, la tragedia de todos. La propuesta de hacerlo allí venía de

Hidalgo, y Corso me lo planteó con la mayor suavidad del mundo, como temiendo hacerme daño, pero yo no tuve el menor problema. «Sí, venga, adelante». El Mirador no era Torrentera y, aunque tampoco había vuelto a él, no había nada allí que me pudiera hacer sentir tan mal como para no querer regresar. Había un motivo más para elegir el Mirador. Toni había terminado de rehabilitar la cabaña de su abuelo —algo que siempre quiso hacer— y nos planteó poner una pequeña placa conmemorativa en recuerdo de los Once. «Mal vamos si ya andamos de homenajes», reí cuando nos llamó desde Perú para decírnoslo. Evidentemente acepté. Lo que sí quedó descartado fue hacer noche, pues el cuerpo de la mayor parte de nosotros ya no está ni para literas ni para sacos de dormir. Simplemente subiríamos al final de la mañana y regresaríamos al ocaso.

Además de los diez supervivientes de la pandilla, también va a venir Ana. No formaba parte de los Once, pero aquel verano estuvo tan en todo lo nuestro que cuando Elvi me dijo: «Y que se venga Anita» —ella siempre ha seguido llamándola así—, me pareció lógico invitarla, y mi hermana aceptó sin darle más vueltas. Seríamos, por tanto, once de nuevo, aunque un poco distintos. Y sin Roni. Mi pobre, querido y fiel Roni.

Ana tiene ahora cuarenta y cinco años. Aquella diferencia abismal de edades de 1980 hace tiempo que ha desaparecido, aunque me costó mucho que dejara de verme como su madre y volver a ser simplemente su hermana. El día que Corso vino a buscarme con el cartel y con Roni —el día que salí del centro de menores—, Ana estaba en la Finca esperándonos. La había traído Hermelinda. Nunca más volvimos a separarnos. Berta se vino a vivir definitivamente con nosotras y conté con el apoyo permanente de Sonia y de mi tía. Cuando llegó el momento, Ana siguió mis pasos y estudió Derecho en la Facultad de Villamarina. Aunque solo ella ejerce como abogada. Sigue viviendo en la Finca. Nunca quiso dejarla. Pero ya no criamos cerdos. Vendimos los animales, desmontamos las naves y nos quedamos con la casa. A ella le trae buenos recuerdos, en especial los que ocurrieron después de volver a vivir juntas, que enterraron los malos, de los que apenas guarda memoria porque la pillaron demasiado pequeña.

Corso y yo hemos dormido hoy allí. Jorge, su marido, es encantador. Abogado como ella. Tienen un niño, Sixto, pero hoy no está. Hemos ocupado

la habitación que Ana y yo compartíamos de niñas. Está cambiada, pero sus paredes hablan.

Quedamos con Toni y Elvi a eso de las once en Salera para luego subir los cinco al Mirador, antes que los demás, y organizar un poco las cosas. Hidalgo lo hará en cuanto pueda porque hoy tiene la farmacia abierta hasta la hora de comer. Nos encontramos con Toni en el restaurante que ahora regenta su hermana Sandra, aquel bellezón amor platónico de los chicos de Salera de nuestra época, que sigue conservándose soberbiamente. Lo que más me llama la atención es que se ha dejado el pelo al natural, con el miedo que le tengo yo a las canas, de tal modo que las de ella engalanan su melena y la hacen tremendamente interesante a pesar de sus sesenta años. Creo que cuando vuelva a casa me lo replantearé.

Toni sigue en forma y está moreno. No me extraña. Nunca ha dejado de hacer deporte al aire libre. Estudió Historia del Arte y de ahí saltó a la arqueología submarina, que es a lo que se dedica. Sabe que yo soy una de sus mayores fans, así que siempre me está enviando los artículos que publica y que leo embelesada. Toni no se casó. Como suele decir: «Lo mío es un amor en cada puerto». Creo que, a pesar de la fama de voluble que tenía de crío, siguió enamorado de Marián muchísimo tiempo.

Charlamos animadamente durante un buen rato en la terraza del bar, mirando hacia el puerto, que sigue como siempre. Al poco llega Elvi, mi mejor amiga. Antes y ahora. Con ella nunca perdí el contacto.

Elvi es la abuela de la pandilla. Solo un nieto, «por ahora». Se casó a los diecinueve con Ramón, un muchacho de la capital que veraneaba en Salera y que le sacaba cinco años. Ramón es arquitecto y heredó el estudio de su padre, que es donde también trabaja Corso. Elvi quería ser madre. No llegó a las locas cifras que siempre se había imaginado, pero acabó con tres niños y una niña, y hace ocho años, conmovida por un reportaje que revolvió de nuevo su espíritu maternal, se lanzó a la adopción internacional y se trajo a Meimei, una niña china espabilada y dicharachera procedente de un orfanato de Guanxi.

Vamos en el monovolumen híbrido de Elvi rumbo al Mirador y de camino recogemos a Ana, que se había quedado en la Finca ultimando unas cosas. Ya estamos los cinco. La carretera del desfiladero sigue como siempre. Y el Arroyo tan agreste como lo recordaba. Al salir de una curva veo a lo lejos el puente romano y se me encoge el corazón. Siempre me ocurre, a pesar de la

infinidad de veces que he pasado por aquí camino de la casa de Carmen. Corso se da cuenta y me aprieta la mano. Yo lo miro y le sonrío. Ahora que lo pienso, sí que va a ser la primera vez que lo pise desde aquello. Al llegar al pequeño parking hay una sorpresa esperándonos. Carmen ya está allí. Ha venido en taxi acompañada de su madre, que quería darnos dos besos. Doña Graciela está viejecita. Cómo quiero a esa mujer. ¡Ay, cuántas madres tuve después de la muerte de la mía! ¡Y cuánta suerte!

Carmen, nuestra pequeña Carmencita, dejó el instituto en segundo y se pasó a formación profesional para hacer Gestión y Desarrollo de Explotaciones Agrarias. Con veintipocos años tomó las riendas del negocio y modernizó la granja. Y la amplió, creando una de las queserías más reconocidas de la región. Se casó con Ricardo, un chico de Castrovás que conocía desde niña y con el que tuvo una hija, Lucía, que sigue sus pasos en la ganadería.

Abrazos. Es un momento especial. Elvi, Carmen y yo. No nos soltamos. Cogidas de la mano cruzamos el puente romano. Yo con la vista al frente, no quiero mirar hacia abajo. Ya está. Entramos en el sendero y entonces me giro por un momento. Vuelven algunos recuerdos olvidados, pero que hago desaparecer enseguida centrándome en la conversación con mis amigas.

Ponemos en orden algunas cosas en la cabaña. Ahora hay luz y agua corriente. En realidad, Toni ya estuvo aquí el día anterior para traer las carnes de la barbacoa y las bebidas. Mejor, así tenemos tiempo para nosotros. Decidimos subir hasta el Mirador. Me cuesta lo mío, aunque me considero en buena forma con mis cuarenta minutos de *running* dos veces a la semana. La vista sigue tan espléndida como siempre. La bahía, la península, el islote. Entonces me viene a la cabeza aquel instante cuando Corso y yo nos quedamos solos. Y lo hago realidad de nuevo. Le doy un beso en la mejilla y le repito mi frase. «Por ahora, así». Él me sonrío. Su cabeza también está en aquella escena. «Ha pasado tiempo, ¿verdad?», me dice. Bajamos con calma comentando entre todos cosas de los hijos, tema cuasimonográfico de conversación desde hace años. Al regresar a la cabaña ya ha llegado Hidalgo, que me recibe con dos besos.

Hidalgo siguió el programa vital que le había diseñado su padre. Estudió Farmacia y heredó la farmacia. Rosa no quiso saber nada de aquello. No se llevan bien. Supongo que son de esas broncas de familia que prefieren dejar en el ámbito privado. Nuestro amigo se echó novia en la facultad, Áurea, y se

casaron antes de terminar la carrera. Tuvieron dos hijos, niño y niña. Áurea falleció en el parto de la más pequeña y él no volvió a casarse. Su amistad con Corso continúa como el primer día, pero sin esa relación de dependencia donde Hidalgo hacía de hermano mayor.

Almorzamos un poco de ensaladilla rusa con embutido y recordamos anécdotas relacionadas con las comidas compartidas por los Once y la afición de las chicas por la cocina. «¿Os acordáis de las tartas?», comenta Hidalgo. «Quién no», respondemos. «¿Podéis creerlo que cuando enfermé lo que más echaba de menos eran las que preparabais en la pandilla?».

En la sobremesa aparece Marián. A su lado viene alguien y por un momento es como si viéramos a José Manuel avanzando por el claro del bosque junto a ella. Pero no es ningún espectro, sino Guillermo, el hijo pequeño de ambos, que ahora tiene catorce años y es la viva imagen de su padre.

Marián y **José Manuel** empezaron a salir en tercero de bachillerato. Luego ella estudió Enfermería y él Educación Física. El primer trabajo de Marián fue en el hospital de Villamarina, pero en cuanto pudo pidió el traslado al centro de salud de Salera. José Manuel fue el profesor de Gimnasia del instituto hasta que un cáncer de páncreas se lo llevó por delante en menos de un mes, sin darnos la más mínima oportunidad de reaccionar. Lo de ellos era un amor de los de verdad, de los que dan envidia. Marián aún no se ha recuperado del golpe. Ni lo hará. ¿Quién podría? La razón por la que viene Guillermo acompañándola es porque trae una cesta de mimbre con comida. Ninguno pregunta, pero todos nos imaginamos que trae alguno de aquellos platos que nos volvían locos a todos.

Uno a uno le vamos dando un largo y emotivo abrazo y se nos escapa alguna lagrimita. Luego, tras despedir a su hijo, entra en la cabaña con Toni, que quiere enseñarle cómo ha quedado la placa conmemorativa, pues el texto lo han decidido entre los dos. Cuando aún siguen dentro llega Marcos. A veces la vida da giros inesperados. Él es mi mejor amigo varón.

Marcos no tenía muy claro qué estudiar y se decantó por entrar en los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. Se casó con Irene y, por razones laborales, se fueron a vivir a la capital de la región, a unas pocas calles de nosotros. Los dos matrimonios somos como uña y carne desde hace veinte años. Tuvieron un niño y luego quisieron ir a por la niña, pero lo que les vino fue una hermosa pareja de gemelas tan revoltosas en sus primeros años que a

Marcos siempre le recordaban a sus propias hermanas. «Eso me pasa por quejarme tanto de pequeño».

Toni mira inquieto el reloj. Son casi las cuatro y faltan nuestros internacionales. Pero, según está verbalizando esto, los vemos aparecer. Vienen juntos. «A ver si me equivoqué y estos dos están liados», pienso por un momento. Besos, abrazos, achuchones. Hidalgo y Rosa se miran por un instante y luego se funden en un abrazo de los de verdad. Hoy al menos habrá paz.

Rosa se convirtió en una belleza. Ganó el concurso de Miss Salera nada más cumplir los dieciocho y al año siguiente el de Miss Región. Un ojeador las invitó a ella y a Sandra a probar en el mundo de la pasarela y con veintiún añitos ya estaba viviendo en Milán. A Sandra aquella experiencia no le salió bien y regresó al pueblo, pero Rosa triunfó. Cuánto nos hemos reído juntas recordando aquel primer bikini que se compró dejándonos a todas boquiabiertas. Ya apuntaba maneras. Durante años siempre estuvo presente en alguna revista de moda, cuando no en varias a la vez. Luego, porque el tiempo no pasa en balde para nadie, nos sorprendió dando un giro a su vida y se convirtió en escritora de cuentos infantiles con un éxito notable. No le hemos conocido ninguna pareja, aunque tampoco es que sea fácil seguirle el rastro. No hace mucho me dijo algo así como que «mejor estar sola si no encuentras a la persona adecuada».

Ya estamos todos. En el ambiente se respira de todo un poco. Alegría, ansiedad, expectación. Entonces Juan cuenta un chiste. Nunca cambiará. Bueno, en realidad ha cambiado y mucho.

Juan era el que peor lo tenía a priori. Por su carácter, por las dificultades económicas en casa. Pero supo aprovechar cada oportunidad que se le puso por delante. Estudió Informática y lo hizo con un expediente destacado. Cinco años después de terminar estaba trabajando en Londres, en la sede central de una multinacional. Allí conoció a Alexia, una encantadora programadora italiana, con la que tuvo a Mike, pero las cosas no les fueron bien y rompieron cuando el crío tenía cinco o seis años. Juan siempre ha sido un padrazo. Su madre aún vive. Gelo falleció como diez años después de lo del puente romano, tras una larga enfermedad y bajo los cuidados de Marga. Le dejó su casa en herencia.

Observo a mis amigos. Nos hemos sentado cerca del porche de la cabaña. Toni ha sacado unos bancos afuera. Han abierto unas cervezas. La conversación se anima. Parece que nunca hubiéramos estado separados. Eso es lo que tiene la amistad de verdad. Pasan un par de horas entre anécdotas. Nuevas y viejas. Reímos y de vez en cuando se hace un breve silencio permitiendo que algún recuerdo trascendente se abra paso entre broma y broma. Hago un repaso de todos con la mirada y me sonrío. Sí, la vida nos ha tratado bastante bien.

Ahora que lo pienso, apenas he dicho nada de Corso y de mí. Pero no hay tiempo. Toni se ha puesto en pie y va a tomar la palabra. No importa, al fin y al cabo ¿a quién le interesa conocer los detalles de una historia de amor aburrida y empalagosa con final feliz?

Todos callamos. Atentos a cada gesto de nuestro amigo.

—Cuando Marián y yo discutimos sobre qué debía poner la placa conmemorativa —aquí Toni mira para mí y me dispensa una sonrisa cómplice—, tuvimos claro que debía ser algo sencillo y permanente. Entre otras cosas acordamos no hacer referencia a que José Manuel ya no estaba entre nosotros... —Marián asiente con la cabeza. Todos estamos de acuerdo—. Lo que no sabíamos era cómo proceder. Que si una cortinilla o cosas así. Luego pensamos que lo mejor era fijarla en el porche sin más. Hidalgo, Elvi, ¿me ayudáis?

Ellos se sorprenden un poco, pero es lógico. Por un momento volvemos a ser los Once y ellos su columna vertebral.

Sujetan la placa a un lado de la puerta y Toni la fija hábilmente con un atornillador eléctrico. La madera se deja querer por los tornillos. A su lado Marián está manipulando un reproductor de cedés conectado a unos bafles que Toni ha colocado para la ocasión en las dos columnas que sustentan el porche. «Creo que esta canción le gustaba especialmente a Corso», nos dice, «bueno, creo que a todos».

Mientras nos acercamos a leer la inscripción, comienza a sonar la música. Y, sin consigna previa, vamos bajando al césped. Sabemos lo que viene a continuación, aunque no lo hubiéramos previsto ni hablado. Marián me mira y yo le hago un gesto afirmativo. Entonces invita a Corso a bailar. Y yo a Juan. Y así nos vamos emparejando. Salvo Anita, que sigue absorta leyendo la placa.

«Los Once. Hidalgo, Elvi, Marcos, Marián, Corso, José Manuel, Juan, Carmen, Pepa, Rosa y Toni»

La canción sigue y cierro los ojos. Siento que acabamos de cerrar un círculo, un episodio incompleto de nuestras vidas largo tiempo pendiente. Y siento que otro capítulo está comenzando a la vez. La felicidad existe. Aunque solo sea por breves momentos. Y este, sin duda, es uno de ellos.

Agradecimientos

A nuestros primeros lectores, Ana, Pablo, Marigel, Marisa y Mariaje, por sus ánimos, paciencia y disponibilidad. A Carmen Casal por acompañarnos en este viaje. A Mariví Díez, por su apoyo y consejos. A Marta Pereira y Óscar Fábrega, nuestros correctores, de los que tanto hemos aprendido. A Nazaret Ruiz, por hacer de guía en la complicada aventura de publicar. A Marta y Javier, por su amistad (Javi, gracias por hacernos la foto de la solapa). A nuestras amigas y amigos en Instagram (donde somos @desdelacasaroja), muchos de los cuales hace tiempo que nos pedían una historia más larga. Aquí está.